



CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

TEORÍA DE LA ELECCIÓN
RACIONAL:
¿CIENCIA O RELIGIÓN?
UNA CRÍTICA WITTGENSTEINEANA

Tesis que para optar al título de
Licenciado en Política y Administración Pública
presenta

Eduardo Alamillo Sánchez

Director de la tesis: Fernando Escalante Gonzalbo

Ciudad de México, 2017

Quien posee ciencia y arte
también tiene religión.

GOETHE

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	5
PRESENTACIÓN	8
CAPÍTULO UNO	
EL YUGO DE LA CIENCIA	12
MODERNIDAD: PROGRESO Y CONOCIMIENTO	15
EL FILÓSOFO Y SU TIEMPO	18
OBSERVACIONES SOBRE EL MÉTODO CIENTÍFICO	20
El lenguaje: dos formas de entender el mundo	23
EXPANSIÓN DEL PARADIGMA CIENTÍFICO	31
WITTGENSTEIN PARA LAS CIENCIAS SOCIALES.....	36
Alcances y límites del método científico	36
Más límites: juegos de certeza ajenos a la ciencia.....	40
CONCLUSIÓN.....	50
CAPÍTULO DOS	
LAS TRAMPAS DE LA FE	55
PREDOMINIO DE LA ECONOMÍA	57
TEORÍA DE LA ELECCIÓN RACIONAL EN UNA NUEZ	61
Supuestos de la teoría.....	62
Instrumentos analíticos.....	68
Fundamentos filosóficos del <i>rational choice</i>	70
NEOLIBERALISMO, IMPULSO DEFINITIVO	71
DESARROLLO DE LA CIENCIA POLÍTICA	74
La vocación científica.....	74
El conductismo y los nuevos institucionalismos.....	76
Surgimiento y desarrollo del <i>rational choice</i>	78
LAS TRAMPAS DE LA FE	83
CONCLUSIÓN.....	91

CAPÍTULO TRES

FICCIONES TEÓRICAS.....	95
FICCIONES TEÓRICAS: CRÍTICA EPISTEMOLÓGICA.....	97
Leyes sociales: eterno retorno.....	99
Escaso trabajo empírico: el novelista y el científico.....	102
Los instrumentos analíticos: ficciones codificadas	106
<i>Ceteris paribus</i>	109
Hipótesis: adivina, adivinador.....	109
CRÍTICA DE LOS SUPUESTOS.....	114
Hombre predador.....	114
Personajes robotizados: crítica a la noción de racionalidad.....	118
Institucionalismo insuficiente	121
Fundamentos filosóficos.....	127
REPERCUSIONES DE UNA IDEA.....	129
Consecuencias en la práctica científica	129
Políticas para predadores	138
Perspectiva teórica sin perspectiva moral.....	141
Una idea de la sociedad.....	143
<i>Homo oeconomicus</i> y principio de rendimiento.....	146
Individuo ahistórico	149
RUTAS ALTERNATIVAS	151
Los fenómenos y su circunstancia.....	152
Búsqueda de leyes vs. búsqueda de sentido	156
Interpretar para comprender.....	157
La antropología como espejo.....	160
Antropología de lo ordinario.....	162
CONCLUSIÓN.....	164
REFLEXIÓN FINAL	
TEORÍA DE LA ELECCIÓN RACIONAL: ¿CIENCIA O RELIGIÓN?	168
BIBLIOGRAFÍA.....	181

AGRADECIMIENTOS



ace algunos años, en la adolescencia, estaba con mi madre en el automóvil. Con naturalidad, ella canceló el silencio con una de las preguntas que acostumbra. “¿Cuál es tu palabra favorita?” No recuerdo mi respuesta exacta, pero sé que enuncié alguna de las palabras cuyo sonido me resultaba placentero. “La mía es *gracias*”, repuso ella. Pensé que su elección era extraña, pues fonéticamente no me parecía particularmente bella. Sin saberlo —y yo sin caer en cuenta—, mi madre me dio la primera lección wittgensteineana que recibí. Ella entendía, a diferencia mía, que el lenguaje no es sólo la inmediatez, los sonidos que identificamos con los sentidos; entendía bien que el lenguaje es, antes que todo, significados. Yo pensaba en la forma, ella en el fondo.

Hoy comprendo su respuesta y puedo dar el lugar adecuado a la palabra. Ofrecer un *gracias* es reconocer que nuestros logros, una tesis, en este caso, sólo son nuestros en tanto somos resultado de una circunstancia, producto de la historia, creación colectiva. En las circunstancias que me han tocado, he tenido la fortuna de encontrar personas maravillosas para acompañar mi trayecto. A todas ellas estoy contento de presentar, como la llama María Zambrano, la palabra luminosa de la ofrenda. Gracias, primero, siempre, a mi familia. A mis padres, Juan y Norma, porque con profundo amor y

dedicación me allegaron de cada herramienta necesaria para ser un hombre libre. A mi hermana Priscilla, por enseñarme que el mundo es más ancho que mis ideas, por elegir estar a mi lado.

Agradezco a mis maestros, mis tres mentores, quienes me formaron intelectualmente. A mi profesor Fernando Escalante, por tanta generosidad y compromiso; por la pasión en el aula, por empujarme a pensar, por reconfigurar mi mirada. A la profesora Martha Elena Venier, porque sin ella mis palabras serían meros balbuceos; más que eso, porque me hizo sentir que en el Colmex había familia. A la profesora Isabelle Rousseau, por acompañar mi desarrollo personal y académico, por la atención con que siempre escucha.

Gracias también a mis queridos hermanos colmecas, por la honestidad y la empatía. A Fer Ordaz, mi espejo, por nuestra conexión, por compartirme su inteligencia y sensibilidad, que no caben en institución alguna; a Luisen Escobar por la espontaneidad y las conversaciones apasionantes; a Carlos Molina, por la calidez y las risas; a Elena Pierard, por poner mis reflexiones donde no las pondría. Gracias también a Ramiro por su presencia.

Entre mis maestros, al profesor José Luis Méndez, por la lección de vida; al profesor Alberto Arnaut, por inspirar la convicción de seguir las pasiones propias; a la profesora Claudia Maldonado, por compartir con nosotros su entusiasmo intelectual; al profesor Carlos Matute, por hacernos pensar; al profesor Ilán Bizberg, por ser un intelectual brillante y un individuo amable; al profesor Carlos Alba, por su perspectiva de conjunto y sus comentarios agudos; al profesor Fernando Serrano, por combinar

inteligencia, cultura y sencillez; a la profesora Maricarmen Pardo, por consolidar una disciplina en nuestro país y hacernos parte de esta empresa.

Gracias a Aníbal Hernández, mi lector más entusiasta, por escuchar con paciencia las ideas de esta tesis antes de que tomaran forma; gracias, más aún, por sacarme del azul y llevarme al carmesí; a Beto Mercado, mi hermano, por tanto cariño, por los recuerdos y por las memorias que vienen; a Laura Camacho, por encontrar cada día la ocasión de hacerme un humano más completo, por hacer mi pensamiento más estructurado y mi pluma más precisa. Gracias a mis tres chinos mexicanos por enseñarme tanto. A Diana Oropeza, porque su amistad es un refugio y por regalarme su mirada diáfana; a Mariana Esquivel, por dejar que me reconozca en ella y por siempre estar dispuesta a discutir conmigo; a Jorge Nieto, por su corazón generoso y por cuestionar lo que pienso.

Esta tesis es resultado de lo que me han enseñado las personas que portan los nombres que se enlistan; por tanto, identificarán las ideas o la forma de pensar por las que resultan responsables. Así pues, dedico la palabra luminosa de la ofrenda a cada uno de ellos por las letras que mediante mi mano imprimen en el texto. Gracias.

PRESENTACIÓN



entencia Paul Feyerabend en su *Tratado contra el método* que la ciencia no es sagrada.¹ En ese ánimo está escrita la tesis que el lector tiene entre manos. El trabajo hace eco de las voces que durante siglos han afirmado que el conocimiento no es un conjunto de saberes definitivos, exactos y objetivos, sino nociones construidas, ideas que derivan de la interpretación de los hombres y de su forma de entender el mundo. Así pues, estas páginas resultan de la convicción de que es necesario preguntarse sobre el conocimiento, sobre la pertinencia de los métodos y teorías que intentan acercarse a él, pero también sobre las condiciones sociales en las que surge. Intento, pues, tomar la producción intelectual como objeto de estudio.

Indago en este texto sobre la ciencia política, me pregunto por los cimientos que la sostienen y por las razones que explican su *statu quo*. Muy particularmente guían a esta tesis las siguientes inquietudes: ¿por qué la teoría de la elección racional se ha consolidado en buena parte de la disciplina como la perspectiva con mayor legitimidad científica?; ¿de dónde viene esa legitimidad?; ¿tiene el valor epistemológico que defienden sus seguidores? Además, ¿qué consecuencias tiene para la ciencia política y para la

¹ *Tratado contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*, trad. D. Ribes, Madrid, Tecnos, 6.^a ed., 2010, p. 167 (en adelante, *Tratado contra el método*).

sociedad que predomine en politología una sola escuela de pensamiento?, ¿qué repercusiones derivan de que el monopolio recaiga en el *rational choice* y no en otra teoría?

Me acerco a estas preguntas mediante el camino que propone Ludwig Wittgenstein. Hay en su obra una ruta para pensar las ciencias en general y, con mayor utilidad aún, las disciplinas que se ocupan de los asuntos humanos. Aclaro desde ahora que este texto se distancia del uso más común que se hace de Wittgenstein en politología. Equivocadamente, numerosos académicos han intentado extraer de sus escritos y de su trayectoria intelectual elementos para elaborar teorías políticas sobre conceptos específicos, como democracia o ciudadanía.²

Este trabajo descansa más en la interpretación informada y perspicaz que del vienés han hecho pensadores como Peter Winch, Hanna Fenichel Pitkin y Ray Monk. Para ellos, la filosofía de Wittgenstein ofrece una forma original de entender las ciencias sociales y las humanidades. Se trata de una perspectiva que reconoce que la búsqueda del conocimiento es valiosa de suyo y no sólo como medio para algún fin; admite que la ciencia es *una* forma de conocimiento, pero no la única y no siempre la más útil para esclarecer el asunto que interese; invita a no perder de vista que la ciencia, como la entendemos, es un constructo cultural propio de la modernidad; denuncia el uso de un método científico —el de observación, hipótesis, comprobación— en áreas como filosofía, antropología y psicología, en las que es capaz de aclarar muy poco, casi nada;

² Para un recuento de los errores en que diversos académicos han incurrido al buscar en Wittgenstein elementos específicos para construir teorías políticas, ver John G. Gunnell, *Political Theory and Social Science: Cutting against the Grain*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2011, pp. 81 ss. Entre los textos que han estado a mi alcance destaca la torpeza con que Christopher C. Robinson investiga el ejercicio de la ciudadanía bajo distintas circunstancias políticas con base en una interpretación ligera del filósofo; el autor también discute la utilidad del pensamiento wittgensteineano para sustanciar teorías políticas de corte conservador (*Wittgenstein and Political Theory: The View from Somewhere*, Edimburgo, Universidad, 1.^a reimpr., 2011, caps. 3 y 4).

sentencia que los fenómenos sólo son en tanto se inscriben en una circunstancia particular, por lo que invita al trabajo empírico y rehúye las cavilaciones hipotéticas y las grandes generalizaciones.

Con estas ideas en mente emprendo la investigación sobre la ciencia política y el papel predominante que en buena parte de ella ejerce la teoría de la elección racional. En este afán, me allego de herramientas analíticas en el primer capítulo al recuperar la crítica de Ludwig Wittgenstein a la modernidad y su denuncia del uso extendido de un método poco útil para explorar los objetos de estudio de las disciplinas sociales y de las humanidades.

En el segundo capítulo muestro que la historia que tradicionalmente se cuenta de la ciencia política hace parecer que el predominio actual de la teoría de la elección racional resulta de un progreso paulatino en la calidad del conocimiento, en el que se ha pasado de la descripción, la prescripción y la subjetividad a la explicación, el análisis y la objetividad. Propongo que el relato, en estos términos, es falso. El lugar que ocupa el *rational choice* se explica por el desarrollo de los debates intelectuales propios de la politología, pero no únicamente. Hace falta recuperar un conjunto de procesos paralelos que configuran el fenómeno, hace falta circunstanciarlo históricamente e identificarlo como producto de la modernidad. De esta manera, empieza a revelarse que la disciplina emprendió una búsqueda de legitimidad científica que la llevó a adoptar una perspectiva con serias dificultades para dar cuenta de los fenómenos sociales, la teoría de la elección racional.

En las primeras dos partes de la tesis intento dejar claros los fundamentos del error en que incurre la ciencia política; explico las razones generales por las que es inadecuado

usar el método de observación, hipótesis, comprobación para tratar sus temas e intento desmitificar la trayectoria de la disciplina como una evolución natural hacia el estatus de ciencia. En el tercer capítulo me concentro en el análisis particular de los errores epistemológicos en que ha incurrido la teoría de la elección racional y evalúo los supuestos que la sostienen. Además, sugiero algunas repercusiones directas e indirectas que tiene este estilo de análisis en las prácticas académicas, en las políticas públicas y en el desarrollo general de nuestras sociedades. Finalmente, señalo algunas perspectivas intelectuales que han permitido a otras tradiciones acercarse con mayor precisión a la complejidad de los asuntos humanos, las cuales podrían servir como referentes para enmendar el camino.

La ciencia política dedica sus esfuerzos a explorar los fenómenos sociales, y la producción académica en este sentido es profusa; sin embargo, suele dedicarse poco al autoanálisis, a estudiarse y tomarse como objeto de estudio. Busco en este trabajo entenderla como un ámbito de interacción humana cuyo desarrollo se explica a partir del comportamiento y las voluntades de los individuos y también a partir de las estructuras de las que forma parte. La ciencia política también es un fenómeno social susceptible de indagación intelectual. ¿Cuán firme es el suelo que pisamos?

EL YUGO DE LA CIENCIA

CIENCIA Y MODERNIDAD PARA WITTGENSTEIN

Capítulo uno

A time when art is content with daubs and seeks its inspiration in the sports of animals; the time of superficial anarchy, with no feeling for Justice and the State... a time when history, life and science are no more than political economy and technical instruction; a time when genius is supposed to be a form of madness; a time with no great artists and no great philosophers; a time without originality and yet with the most foolish craving for originality.

OTTO WEININGER



Este es un tiempo a esta parte, vivimos una época seducida por la aspiración al mejoramiento gradual y permanente. En eso consiste la modernidad. Entendemos la historia como una serie de etapas que se van superando una a otra y suponemos que en esta empresa contamos con una herramienta que nos lleva hacia mejores circunstancias: la ciencia.

Así, cuando hablamos de ciencia tratamos de ideas, de una cosmovisión que se caracteriza por una forma particular de entender el conocimiento y que confiere un lugar específico a la ciencia en sus estructuras sociales y en el imaginario de los individuos y las colectividades. Por tanto, el tiempo que corre no es, como se asegura, la etapa histórica

de conocimiento exacto, puro, objetivo a la que hemos llegado en virtud de la superación de periodos de pensamiento primitivo, como el mágico y el religioso.

Ludwig Wittgenstein ofrece una base especialmente rica para adentrarse en estos temas. En primer lugar, descifra el papel que desempeña la ciencia en nuestras sociedades; lo hace en notas sueltas, en las observaciones que escribió como trasfondo de su obra estrictamente filosófica.³ En segundo lugar, hay en su trabajo una crítica directa al cientificismo, la expansión del único método que se considera científico hacia áreas en las que puede ayudar poco, como filosofía, psicología, antropología. En tercer lugar, con base en esta visión, el vienés hace una propuesta metodológica en la que marca líneas generales para explorar los fenómenos sociales. Además, su biografía intelectual ayuda a reconocer los peligros de recurrir a un método incapaz de dar cuenta de los asuntos humanos. En conjunto, Wittgenstein legó una forma de mirar las ciencias sociales, una perspectiva para tratar sus objetos de estudio y, de esta manera, abrió posibilidades para recorrer derroteros que lleven a formas indagatorias capaces de comprender los asuntos humanos.

Con estas ideas en mente, comienzo el capítulo con la crítica del filósofo a la modernidad y, particularmente, al lugar que en ella ocupa la ciencia. Posteriormente situó su figura y su obra en las circunstancias históricas, culturales, intelectuales a las que

³ Jacques Bouveresse considera que en estos textos se aloja un Wittgenstein distinto de los dos que tradicionalmente se identifican: el del *Tractatus* y el de las *Investigaciones*. Dice Bouveresse: “parece que en adelante habría un tercero —que no corresponde a una distinción entre diferentes filosofías, sino una oposición entre la filosofía en general y un universo de preguntas y respuestas y de respuestas que la trascienden” (*Wittgenstein: la modernidad, el progreso y la decadencia*, trads. J. C. González y M. M. Valdés, México, UNAM, 2006, pp. 9 s.). Desde mi punto de vista, la división en tres Wittgenstein es innecesaria, pues la faceta del filósofo como crítico de la modernidad y detractor del cientificismo está contenida, sin enunciarla, en su segunda etapa filosófica; es una de las nociones que fungen como certezas de su pensamiento en esta faceta. La distinción que hace Bouveresse, sin embargo, tiene utilidad práctica, casi pedagógica; ayuda a identificar una dimensión importante del pensamiento wittgensteineano, pues en estos textos “marginales” hace explícita su inconformidad con la actitud reverencial de nuestra civilización hacia la ciencia.

corresponden. Después detallo sus críticas más cabalmente epistemológicas al único método que goza de reconocimiento científico —el de observación, hipótesis, comprobación. Enseguida explico su denuncia del cientificismo en humanidades y ciencias sociales; finalmente, presento algunas de las ideas que han ayudado a construir una forma original y perspicaz de practicar las ciencias sociales con base en las propuestas de Wittgenstein.

Algo más. De manera colateral a sus objetivos principales —que se describen arriba—, este capítulo intenta revalorar el lugar del *Tractatus logico-philosophicus* en el *corpus* del pensamiento wittgensteineano, el único libro que publicó en vida y en el que está contenida su primera etapa filosófica, en la que consideraba el lenguaje y el mundo como sistemas exactos, objetivos, autorreferenciales. Suele considerársela una fase intelectual vigorosa y con enorme repercusión, pero esencialmente equivocada y, acaso, preliminar para lo que vendría; sin embargo, aduzco aquí, esos argumentos son sólo parcialmente ciertos. No suele repararse en que parte de la perspectiva tan celebrada del segundo Wittgenstein y muchos de los argumentos más importantes en ella esgrimidos se expresan con absoluta claridad ya en el periodo previo.

Paul Feyerabend también apunta que hay ideas importantes del segundo Wittgenstein que reconoce en el primero, por lo que los dos períodos pueden ser menos distintos de lo que tradicionalmente se piensa. La idea queda meramente esbozada, sin mayor desarrollo en *Problems of Empiricism*.⁴ En lo que sigue, intento sustanciar esta

⁴ “Wittgenstein’s *Philosophical Investigations*”, en su libro *Problems of Empiricism. Philosophical Papers*, Nueva York, Cambridge University Press, 1981, t. 2, p. 128. Anthony Kenny también se dio la tarea de identificar las continuidades entre las dos etapas intelectuales del filósofo en su estudio llamado *Wittgenstein*. Encontré este libro una vez terminado el capítulo; descubro que coincidimos en uno de los puntos de continuidad, aunque con argumentos distintos (ver A. Kenny, “The Continuity of

observación y mostrar que algunas de las aportaciones más importantes de la etapa de las *Investigaciones* están ya en la del *Tractatus*. Si alguna aportación hace el texto presente a los estudios sobre el pensamiento de Wittgenstein, es ésta.

MODERNIDAD: PROGRESO Y CONOCIMIENTO

Ludwig Wittgenstein señaló que *el progreso* es la definición misma de civilización, en lugar de ser una de sus características. No se busca la claridad *per se*, sino como un medio para alcanzarlo. Concebía así la idea de ciencia de su tiempo, la misma que permea el nuestro. Según él, esta forma de entender la ciencia y —peor aún— su veneración son sumamente perniciosas para la humanidad en general y, además, consideraba que ambas obstaculizan los afanes indagatorios, pues limitan las posibilidades de entender el mundo; en oposición a este pensamiento, estableció que la claridad y la exploración de las conexiones entre fenómenos son importantes y valiosas de suyo, no sólo como medios para el progreso.⁵

No es absurdo pensar, *e. g.*, que la era de la ciencia y la tecnología es el comienzo del fin de la humanidad, que la idea del gran progreso es una ilusión, lo mismo que la idea de que —en algún momento— se conocerá la verdad, que no hay nada bueno o deseable en el conocimiento científico y que la humanidad, buscándola, está cayendo en una trampa.⁶

Wittgenstein's Philosophy”, en *op. cit.*, Oxford, Blackwell, 2006, pp. 173-183; la observación que compartimos se detalla *infra* pp. 44 ss).

⁵ Fragmento de un borrador no publicado para el prefacio de *Observaciones filosóficas* de Ludwig Wittgenstein, *apud* Ray Monk, *How to Read Wittgenstein*, Nueva York, W. W. Norton, 2005, p. 95 (en adelante, *How to Read Wittgenstein*).

⁶ Ludwig Wittgenstein, *Culture and Value*, trad. P. Winch, San Bernardino (California), The University of Chicago, 1980, p. 56 (en adelante, *Culture and Value*). Ashis Nandy explica que el mundo desarrollado supone que le corresponde, en forma de responsabilidad y derecho, “determinar las formas y oportunidades de vida de quienes están abajo”; considera su *statu quo* el destino de todos los pueblos, y lo “mejor que una sociedad subdesarrollada puede hacer es pagar el costo del desarrollo en el menor tiempo posible”. “Por desafortunado e inevitable que sea, los sectores más débiles de una sociedad pagan un costo desproporcionadamente alto” (“Cultura, voz y desarrollo. Manual para desprevenidos”, en su libro *Imágenes del Estado. Cultura, Violencia y Desarrollo*, trad. G. Cuevas, México, FCE, 2011, pp. 79 s.). Sobre la exigencia sacrificial que la humanidad se impone frente al Progreso, en tanto herederos de la historia y constructores del Futuro, ver Rafael Sánchez Ferlosio, *Mientras no cambien los dioses, nada ha cambiado*, Madrid, Alianza, 2.^a reimpr., 1987. Salvo indicación contraria, las traducciones son mías.

El pensador decidió combatir esta disposición desde su trinchera, la filosofía. Era consciente, no obstante, de que cambiar el paradigma era sumamente complicado precisamente porque se trata de un paradigma: una noción que se ha construido como legítima; consideraba también, sin embargo, que oponerse a él era suficientemente importante, porque derrotarlo permitiría una comprensión mucho más genuina de los fenómenos. “Estamos combatiendo una tendencia, pero esta tendencia morirá, otras la desplazarán, y entonces dejará de entenderse la forma en la que la combatimos. La gente no entenderá por qué necesitaba decirse todo esto”.⁷ En el prefacio de sus *Observaciones filosóficas* escribe:

Este libro fue escrito para hombres que estén en simpatía con su espíritu. Este espíritu es diferente del que conforma la vasta corriente de la civilización europea y americana, en la cual estamos todos inmersos. Éste se expresa en el progreso, en la construcción de estructuras cada vez más amplias y complicadas; aquél en la persecución de la claridad y la transparencia. El primero trata de atrapar el mundo en su periferia, en su variedad; el segundo en su centro, en su esencia.⁸

Como dice Ashis Nandy, el desarrollo necesita una forma de conocimiento coherente con sus propósitos y su esencia, la cual le dicta desplazar los saberes irreverentes o que le son ajenos.⁹ Así, la ciencia se yergue como el único camino para conocer el mundo como *realmente* es. No se ve razón para dudar de ella, porque la cubre un halo de legitimidad que la exenta de cuestionamientos, como a la religión. En este sentido, apunta Wittgenstein que las personas en nuestro tiempo “se aferran a las leyes de

⁷ *Culture and Value*, p. 43.

⁸ Ludwig Wittgenstein, trad. A. Tomasini Bassols, México, UNAM, 1.^a reimpr., 2008 (en adelante, *Observaciones filosóficas*). James “Jeans ha escrito un libro titulado *El universo misterioso*, y lo detesto y lo llamo equívoco... encierra una clase de idolatría, el ídolo es la Ciencia y el Científico”. “En cierto sentido estoy haciendo propaganda en favor de un estilo de pensamiento, en oposición a otro. Honestamente, estoy disgustado con el otro” (Ludwig Wittgenstein, “Clases sobre estética”, en su libro *Estética, psicoanálisis y religión*, trad. E. Rabossi, Buenos Aires, Sudamericana, 1976, III, §§36 s. (en adelante, *Estética, psicoanálisis y religión*)).

⁹ Art. cit., pp. 89 s.

la naturaleza como algo intocable, al igual que los antiguos a Dios y al destino”.¹⁰ Lo divino es un conjunto de certezas inamovible. La ciencia, paradójicamente, ha adquirido esta naturaleza; es paradójico, porque, por definición, debe ser el ámbito de la vida que no cesa los cuestionamientos: no debería frenar sus preguntas sobre todo lo existente, sobre sí, sobre sus cimientos, sus paradigmas.

Para echar luz sobre la crítica de Wittgenstein a la modernidad científica es útil un comentario sobre Tolstoi, por quien tenía la más alta admiración. El ruso apuntó que la importancia de las cosas recae en que sean inteligibles para cualquiera. Dice nuestro autor que esto es cierto y falso, porque las cosas no son difíciles de entender por exigir formación en asuntos abstrusos, sino porque la mayoría de la gente busca que su observación de los fenómenos confirme las ideas preconcebidas que tiene sobre ellos. Esto vuelve a lo obvio lo más difícil de comprender. Por tanto, hay que superar la dificultad de la disposición, no del intelecto.¹¹ Se trata, pues, del espíritu. Y sucede en el ejercicio científico. Se busca, *a priori*, un tipo de respuestas (normalmente una hipótesis) que corresponda con una teoría o que encaje en la explicación de un fenómeno anterior que parece similar al que ahora se intenta aclarar.

Al haber interiorizado un paradigma, erradicarlo resulta sumamente difícil. “Mira este tumor como una parte perfectamente normal de tu cuerpo... ¿Puedo decidir a voluntad tener o no tener una concepción ideal de mi cuerpo?”¹² Difícilmente. Sucede lo mismo en la ciencia. Hay un canon. Está determinado lo que ésta es y debe ser; lo hemos

¹⁰ Ludwig Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*, trad. J. Muñoz e I. Reguera, Madrid, Alianza, 3.ª ed., 2012, §6.372 (en adelante, *Tractatus*).

¹¹ *Culture and Value*, p. 17.

¹² *Ibid.*, p. 20.

aceptado y cuestionar es difícil; hacerlo parece no tener sentido y, sin embargo, es imperioso, precisamente, porque se trata de la actividad con que explicamos el cosmos.

EL FILÓSOFO Y SU TIEMPO

La Viena de Wittgenstein, la de *fin de siècle*, estuvo dominada por una burguesía estrictamente apegada a los valores del imperio austrohúngaro: la razón, el orden, el progreso, la perseverancia, la autosuficiencia y los estándares de las buenas maneras y el buen gusto; desde luego, opuestos siempre a lo irracional, pasional y caótico. Prevalcían la cultivación de las artes y la entrega al placer, que se regían por el refinamiento en las relaciones interpersonales, en la pintura, en la ópera, en la arquitectura, en la mesa y en el atavío.¹³

Las condiciones de nacimiento de Ludwig hacen de su figura y de su familia una de las expresiones más acabadas de la Viena de este tiempo. Su padre, Karl, fue un poderoso magnate del hierro y del acero en el imperio que tuvo bajo su propiedad el cuasimonopolio de la industria, en virtud de lo cual acumuló una de las fortunas más grandes del orbe. Los Wittgenstein se desempeñaron en el corazón de la vida intelectual de la ciudad; fueron referentes de sofisticación y cuna de prodigiosos artistas.¹⁴ En casa primaba la contemplación y ejercicio de las artes, particularmente la música. Fueron ellos mecenas de pintores como Gustav Klimt, Egon Schiele y Oskar Kokoschka. Margerete; la hija menor fue amiga cercana de Sigmund Freud, recibió terapia del psicoanalista y lo

¹³ Allan Janik y Stephen Toulmin, *Wittgenstein's Vienna*, Nueva York, Simon and Schuster, 1973, pp. 42 ss.

¹⁴ Particularmente el hijo mayor, Hans, a quien se consideraba un genio, y Paul, para quien Maurice Ravel escribió el afamado *Concierto para la mano izquierda*, pues aquél había perdido la derecha en la Primera Guerra Mundial. Muchos otros, como Josef Labor, compusieron especialmente para él. El caso de Prokófiev es curioso, pues creó para Paul Wittgenstein su *Concierto para piano n.º 4*, pero éste rechazó la pieza alegando que no la entendía.

ayudó a escapar de la persecución nazi. A las veladas musicales en su sala asistían, entre otros, Johannes Brahms —a quien conocieron por presentación de Joseph Joachim, primo de Leopoldine, la madre—, Gustav Mahler, Bruno Walter y Josef Labor.¹⁵

Viena, sin embargo, no era sólo exquisitez, vals y elevadas conversaciones en los cafés de sus plazas; también era superficialidad, nupcias arregladas para mantener o alcanzar estatus social, marcada chabacanería entre buena parte de clase dominante —los nuevos ricos, que, a falta de un estilo propio, vivían una mezcla inarmónica de estilos de épocas anteriores—, copiosa prostitución para que los hombres sosegaran el tedio que vivían en sus matrimonios mercantiles, histeria entre las mujeres —a quienes se les inculcaba la inmoralidad de la concupiscencia—, pobreza, desnutrición y sobrepoblación, la cual desembocó en profusa vagancia y hacinamiento.¹⁶

Caracterizó a los intelectuales de la *Jung Wien* percibir la decadencia de su sociedad, y se negaron a aparentar que se podía continuar como antes. Esa consciencia e incomodidad dieron origen a una disposición opuesta a la banalidad y a los adornos innecesarios; como respuesta, optaron por la funcionalidad. En la música surgió el sistema atonal de Arnold Schönberg, que la consideraba un sistema autónomo que no necesitaba remitir al mundo ni despertar sentimientos o surgir de ellos; en arquitectura la sobriedad de Adolf Loos, para quien los ornamentos eran una coraza vacía que nada significaba; Freud percibió que tras las convenciones y la moral habían algo importante que se reprimía y se negaba.¹⁷ La filosofía de Wittgenstein se inscribe en este *corpus*,¹⁸ que

¹⁵ Ray Monk, *Ludwig Wittgenstein: The Duty of Genius*, Nueva York, Penguin, 1990, pp. 4-16 (en adelante, *The Duty of Genius*); A. Janik y S. Toulmin, *op. cit.*, pp. 169-174.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 33-51.

¹⁷ *The Duty of Genius*, p. 10.

¹⁸ A. Janik y S. Toulmin, *op. cit.*, p. 196 *ss.* Cf. Kurt Wuchterl y Adolf Hübner, quienes consideran equivocado situar a Wittgenstein “de lleno, como lo hacen las interpretaciones que han ofrecido Janik y

en esencia alojaba un espíritu revolucionario enfrentado a la futilidad. Él distinguió las áreas vitales de las superfluas y, de esta manera, ofreció una nueva forma de ver el cosmos; así, abrió caminos para encararlas y comprenderlas; lo hizo, sobre todo, oponiéndose a una perspectiva, la científica, porque cayó en cuenta de que ésta era incapaz de lograr el cometido.

OBSERVACIONES SOBRE EL MÉTODO CIENTÍFICO

Nuestro pensador apuntó que una cualidad definitoria del modelo dominante de ciencia es la búsqueda de la generalidad, la universalidad; es decir, constituye un ejercicio intelectual que intenta usar la misma explicación para esclarecer un conjunto de fenómenos que considera parecidos y, con base en estas características compartidas, elabora las leyes que rigen su desarrollo. En palabras de Wittgenstein, se trata de una “tendencia a buscar rasgos comunes entre las cosas que subsumimos en una idea general”.¹⁹

Para el paradigma, la herramienta con que se descubrirán las leyes de la naturaleza es el método científico, el cual “reduce la explicación de los fenómenos naturales al

Toulmin desde el terreno de la crítica de la cultura, en la línea de los que representan el espíritu de ruptura y renovación en el cambio de siglo. Ciertamente lo que para él estaba en tela de juicio no era de ninguna manera la producción de ideas nuevas, sino el esclarecimiento de lo que ya estaba dado y se conocía desde hacía mucho tiempo” (*Ludwig Wittgenstein in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*, Rowohlt, Reinbeck, 1979, pp. 34 s., *apud* J. Bouveresse, *op. cit.*, p. 175). Estos autores pierden de vista que Janik y Toulmin no dicen que Wittgenstein busque “producir ideas nuevas”; establecen, en cambio, que el vienés ofrece una nueva perspectiva para la filosofía, cuyo ánimo es el mismo que dio vida al trabajo de los artistas e intelectuales de la *Jung Wien*. Al igual que ellos, Ludwig llamaba a concentrarse en los temas esenciales y prescindir de la futilidad, para lograr el esclarecimiento genuino de “lo que ya estaba dado y se conocía desde hace mucho tiempo”.

¹⁹ *The Blue and Brown Books*, Oxford, Blackwell, 1975, pp. 17 s. (en adelante, *Blue and Brown Books*), *apud* *How to Read Wittgenstein*, p. 70.

menor número posible de leyes naturales”.²⁰ En el mismo sentido, Isaiah Berlin aduce que esta idea de ciencia encarna una utopía y, a la vez, se alimenta de otras: para toda pregunta genuina hay *sólo una* respuesta correcta (de no haberla, la pregunta no sería válida); hay un método para llegar a esa respuesta y todas ellas son coherentes y compatibles entre sí.²¹ Se tiene la idea de que hay un conjunto de casos iguales, ya que comparten su esencia. Para intentar esclarecerlos, se estudia un caso específico (o un grupo de casos) y se concluye una causa o un conjunto de causas para que el evento sea posible. La conclusión es que toda esa categoría se explica por las mismas razones, por lo que se ha descubierto una ley.

El propio Wittgenstein fue víctima de la modernidad científica durante los primeros pasos de su carrera académica. Desde años antes de conocer al vienés, Bertrand Russell había sido uno de los defensores más férreos de lo que llamó “el método científico en filosofía”, que suponía que el progreso en la disciplina podía lograrse mediante el “razonamiento exacto” que había guiado el avance en las matemáticas y en la física. En consecuencia, era necesario allegarse de estudiantes con habilidades matemáticas, más que de versados en humanidades.²² Ludwig hizo estudios universitarios en física y dedicó un par de años a la investigación en esta área. Cuando los pensadores se conocieron, nuestro autor se convirtió en la promesa que Russell veía para la filosofía,

²⁰ *Blue and Brown Books*, pp. 17 s., *apud How to Read Wittgenstein*, p. 71. “A toda la visión moderna del mundo subyace el espejismo de que las llamadas leyes de la naturaleza son las explicaciones de los fenómenos de la naturaleza” (*Tractatus*, §6.371).

²¹ “La decadencia de las ideas utópicas”, en su libro *Árbol que crece torcido*, trad. J. Moreno Villarreal, México, Vuelta, 1992, pp. 40-42.

²² *How to Read Wittgenstein*, p. 10.

pues era la mente que podía llevarla a una etapa superior de conocimiento y darle el rigor intelectual que necesitaba.²³

Wittgenstein escribió el *Tractatus logico-philosophicus* influenciado por estas ideas; a pesar de que se distancia del pensamiento de su maestro en este libro,²⁴ es víctima de la modernidad científica en tanto tiene como uno de sus propósitos fundamentales el análisis y propuesta de un lenguaje perfecto, puro, que conforma un sistema sin contradicciones (como las matemáticas). Se consideró que, de la misma manera en que el método científico es la única manera de encontrar una ley, hay “un análisis completo, y sólo uno de la proposición”.²⁵

En este punto del trabajo resulta necesaria una aclaración. Para una lectura cuidadosa e informada de la obra de Wittgenstein resulta evidente que sus reflexiones sobre el lenguaje no son exclusivamente lingüísticas, sino filosóficas; sin embargo, algunos —como su contemporáneo George Edward Moore— han circunscrito su pensamiento a un conjunto de ideas para entender el lenguaje como un sistema cerrado, autorreferencial y que puede prescindir de los hechos, *id est*, suponen que todo el pensamiento del vienés gira en torno a la noción de lenguaje que imaginó en su primera etapa filosófica, la del *Tractatus*. Por esta razón, Moore lo catalogó como “filósofo lingüista”.

Desde una perspectiva que valora las aportaciones de Wittgenstein en su conjunto, Allan Janik y Stephen Toulmin lo consideran un filósofo *trascendental*²⁶ cuya preocupación

²³ Ver “Russell’s Protégé”, en *The Duty of Genius*, pp. 36-61.

²⁴ Su único libro publicado en vida. Ver “Russell’s Master”, en *ibid.*, pp. 62-90.

²⁵ *Tractatus*, §3.25.

²⁶ Trascendental: en “Kant, las condiciones universales y necesarias de todo conocimiento válido dentro de la conciencia, pero sin referencia necesaria a una trascendencia, a un ser más allá de la

central —planteada en forma kantiana— es la posibilidad de significación del lenguaje; argumentan que echaba mano del lenguaje como herramienta inmejorable para los cuestionamientos más profundos. El vienes indagó la relación de los pensamientos con las cosas, del lenguaje con los hechos, de los juicios con las cosas en sí, de las representaciones con lo que representan, ninguna de las cuales en un asunto meramente lingüístico. Como él explicó, “el interés en la gramática ‘no significa que yo sólo quiera hablar sobre palabras’”.²⁷

El lenguaje: dos formas de entender el mundo

Para Wittgenstein, lo lingüístico (al principio sólo parcialmente y después con absoluta plenitud) refiere siempre a la realidad. De hecho, sus estudios sobre el lenguaje siempre, desde el principio, refirieron a la realidad, a la idea de ésta que tuvo en dos momentos. El celeberrimo aforismo del *Tractatus* “los *límites de mi lenguaje* significan los límites de mi mundo”²⁸ sobrevivió la metamorfosis intelectual de nuestro filósofo, porque para él siempre fue claro que la realidad refiere al mundo. La gran diferencia entre las dos etapas —y, al mismo tiempo, su gran error y su gran acierto— fue la noción de lenguaje que tuvo en cada momento.

En el primer periodo supuso que el lenguaje y la lógica eran independientes de los sucesos, porque aquélla existe por sí misma, es decir, puede prescindir de lo que, en efecto, acontece, mientras la realidad sí depende lo que sucede, pues “el darse efectivo”

conciencia” (Ramón Xirau, *Introducción a la historia de la filosofía*, “Breve vocabulario de términos usuales”, México, UNAM, 13.^a ed., 19.^a reimpr., 2014, s. v. TRASCENDENTAL).

²⁷ Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, trad. A. García Suárez y U. Moulines, México, UNAM, 1.^a reimpr., 2003, I, §370 (en adelante, *Investigaciones*). A. Janik y S. Toulmin, *op. cit.*, pp. 221 s.

²⁸ §5.6.

de algo es una posibilidad ya considerada en la lógica. Sin embargo, lo “que pertenece a la aplicación es cosa que la lógica no puede anticipar”. No hay una sentencia definitiva de lo que es y será la realidad, pero sus *posibilidades* sí están predeterminadas; preceden a toda experiencia. “No hay orden alguno *a priori* de las cosas”, pero “en lógica tampoco puede haber sorpresas”. Debido a que todo está ya presupuesto, “cuanto puede expresarse, puede expresarse claramente”, pero no todo lo que puede expresarse, de hecho, se expresa. Sólo es posible verbalizar aquellas posibilidades que se dan efectivamente, pues las que no lo hacen son sólo posibles escenarios contemplados en el sistema lógico, pero que desconocemos, y, por tanto, no se pueden expresar. Por esa razón, “los *límites de mi lenguaje* significan los límites de mi mundo”.²⁹

Tiempo después, reconoció que “el «lenguaje» no es la unidad formal que imaginé, sino la familia de estructuras más o menos emparentadas entre sí”.³⁰ El mundo, en efecto, es un conjunto de posibilidades, pero no predeterminadas, sino construidas; dependen de los individuos y las colectividades. Para el segundo Wittgenstein, el lenguaje es depositario de la realidad, pero también una instancia que lo construye. Con él, los sujetos y los grupos transforman su circunstancia, ejercen el poder, por ejemplo, o definen las fronteras de sus relaciones, construyen identidades, adquieren y transmiten la conciencia de lo que son y lo que no. Cuando Ludwig cambió su idea sobre la naturaleza del lenguaje cambió también su entendimiento del mundo.

Cuando el agudo vienés hizo este hallazgo vital, cambiar su método de trabajo era obligatorio; no era posible seguir estudiando la consecución lógica de un aparato rígido, y concentró, entonces, la mirada sólo en los sucesos reales.

²⁹ *Ibid.*, §§4.116, 5.552, 5.557, 5.634 y 6.1251. Ver A. Janik y S. Toulmin, *op. cit.*, p. 185.

³⁰ *Investigaciones*, I, §108.

Cuanto más de cerca examinamos el lenguaje efectivo, más grande se vuelve el conflicto entre él y nuestra exigencia. (La pureza cristalina de la lógica no me era *dada como resultado*; sino que era una exigencia.) El conflicto se vuelve insoportable; la exigencia amenaza ahora convertirse en algo vacío. ¿Pero en qué se convierte ahora la lógica? Su rigor parece deshacerse... Hablamos del fenómeno espacial y temporal del lenguaje; no de una aberración inespecial e intemporal.³¹

Si el lenguaje refiere necesariamente a los acontecimientos efectivos, “no puede haber nada hipotético en nuestras consideraciones”. “No se puede adivinar cómo funciona una palabra. Hay que *examinar* su aplicación y aprender de ello”.³² Se trata de aceptar las cosas como son, no como se preferiría que fueran. Hanna Fenichel Pitkin dice que, en buena medida, la disposición de Wittgenstein ante el conocimiento y el lenguaje es la que Nietzsche propuso ante la vida en *Ecce Homo*, y que se expresa en el *amor fati*: aceptar incondicionalmente el pasado —que no puede cambiarse—, el presente y nuestros *yos*.³³

Se debe, entonces, estudiar los casos concretos, su posibilidad de significado particular, no analizar los conceptos en abstracto, porque no son posibles en abstracto. Bajo el paradigma científico, se estudia un concepto en general, por lo que se consideran irrelevantes los casos concretos, que *eo ipso* habrían mostrado lo que se necesitaba entender.³⁴ Ésta es una crítica directa al método científico, pues su procedimiento tiene como uno de sus pasos más importantes y unos de sus principios esenciales la elaboración de hipótesis y su comprobación. Y el objetivo de una investigación consiste en falsarla: aceptarla o refutarla. Es decir, antes de explorar el tema se propone una respuesta y se acota el ejercicio académico a demostrar si es o no correcta.

³¹ *Ibid.*, I, §§107 s.

³² *Ibid.*, I, §§109 y 340.

³³ Aceptarlos no porque sea imposible modificarlos, sino porque es la única base realista para el cambio efectivo y gratificante (*apud Wittgenstein and Justice. On the Significance of Ludwig Wittgenstein for Social and Political Thought*, Berkeley, University of California Press, reimpr., 1993, p. x).

³⁴ *Blue and Brown Books*, §§19-20., *apud* H. F. Pitkin, *op. cit.*, p. 92.

Empezó Wittgenstein a trabajar en un nuevo método, —en sus palabras— “una especie de fenomenología”; abandonó el plan de reparar la estructura del *Tractatus* y la idea de que *debía haber* correspondencia entre la estructura del lenguaje y el mundo.³⁵ Dice el filósofo que “el método recae, en esencia, en la transición de la pregunta por la verdad a la pregunta por el sentido”.³⁶ Es, entonces, necesario atender las particularidades de cada caso, reconocer que cada fenómeno es único. Las investigaciones deben limitarse a dar las conclusiones que permiten sus análisis y observaciones; no se debe generalizar a otros sucesos de los que poco o nada se conoce.

Encontrar leyes es, claramente, un despropósito desde esta perspectiva. “Nuestro recelo debería estar siempre alerta cuando una demostración demuestra más de lo que le permiten sus medios. A algo así habría que llamar «una demostración jactanciosa»”.³⁷ Por ello, no debemos suponer que hay algo común a todo lo que llamamos “lenguaje”, no hay algo que les sea propio a todos y cada uno de sus componentes, sino, antes bien, “están *emparentados* entre sí de muchas maneras diferentes. Y a causa de este parentesco, o de estos parentescos, los llamamos a todos «lenguaje»”.³⁸

³⁵ *The Duty of Genius*, pp. 274 y 286.

³⁶ Ludwig Wittgenstein, Manuscrito 106, 46, *apud* P. M. S. Hacker, “Wittgenstein’s Anthropological and Ethnological Approach”, en Jesús Padilla Gálvez (ed.), *Philosophical Anthropology. Wittgenstein’s Perspective*, Fráncfort, Ontos Verlag, 2010, p. 17.

³⁷ Ludwig Wittgenstein, *Observaciones sobre los fundamentos de la matemática*, trad. I. Reguera, Madrid, Alianza, 1987, II, §21 (en adelante, *Fundamentos de la matemática*).

³⁸ *Investigaciones*, I, §65. El filósofo reemplazó la noción de esencia con la de parecidos de familia: algunos tienen la misma nariz, otros las misma cejas, otros la misma forma de caminar, y estas similitudes se traslapan (*Blue and Brown Books*, pp. 17 s., *apud* en *How to Read Wittgenstein*, p. 70). Esta perspectiva se inspira en los análisis de Oswald Spengler sobre la cultura y la civilización (en *The Decline of the West*), cuyo “estudio fisionómico de la historia” busca entenderla no a partir de una serie de leyes, sino mediante analogías entre diferentes épocas. Así, el historiador no debe dedicarse a recopilar hechos y ofrecer explicaciones, sino a percibir el significado y la importancia de los eventos según relaciones morfológicas —fisionómicas. Spengler retoma los estudios de Goethe sobre las plantas y los animales, que consistían en ver conexiones entre cuerpos, en lugar de buscar regularidades matemáticas y leyes causales; la morfología permite una representación perspicua del reino vegetal. Spengler distingue, así, entre el principio de la forma y el de la ley: con el primero se desarrollan la historia, la poesía y la vida; con el segundo la física, la matemática y la muerte (*The Duty of Genius*, pp. 509 ss.; *How to Read Wittgenstein*, pp. 66 s.).

Así, una palabra aislada carece de sentido: “Todo signo parece *por sí solo* muerto. ¿Qué le da vida? —Vive en el uso”.³⁹ El significado depende de la circunstancia particular en que se enuncie o escriba. “La atmósfera es *inseparable* de la cosa. —No es, por lo tanto, una atmósfera”,⁴⁰ sino que también constituye el fenómeno: fuera de él no tiene significado. Nuestro filósofo explica que en la expresión “Weiche Wotan, weiche”, en *El oro del Rin*, Richard Wagner se refiere al significado “apártate” de la palabra *weiche* y no al de “blandos”. Descontextualizada de esta ópera, de la frase en cuestión podría suponerse —dice el vienés— que se quiere comunicar a alguien de nombre Wotan que se desean huevos blandos.⁴¹

Llama el filósofo a no ver cosas aisladas, sino articuladas; cuando se las entiende en su circunstancia, se ven sistemas, conjuntos de ambientes y características que se corresponden (o, incluso, se traslapan y contraponen) y que dan sentido a lo que se observa. Es necesario comprender, entonces, que el mundo está formado por fenómenos articulados, no aislados.⁴²

De ahí deriva el concepto *representación perspicua*, el cual es fundamental para entender el ideal de ejercicio académico que nuestro autor tenía en mente. Ver perspicuamente permite asir la expresión de los valores, los ideales, las formas de vida que están en juego, los cuales motivan a los actores y que confieren sentido a lo que se tiene enfrente; permiten ver que los fenómenos son depositarios de cosmovisiones.⁴³

³⁹ *Investigaciones*, I, §432.

⁴⁰ Ludwig Wittgenstein, *Observaciones sobre la filosofía de la psicología*, trad. L. F. Segura, México, UNAM, 2.ª ed., 2006, t. 1, §337 (en adelante, *Filosofía de la psicología*).

⁴¹ *Ibid.*, §77.

⁴² *How to Read Wittgenstein*, pp. 38 s.

⁴³ *Ibid.*, p. 39.

Como muestra el siguiente ejemplo, cada expresión, palabra o acción debe estudiarse en el sistema al que pertenece.

Mi odio nunca me permitirá trabajar para construir la nueva sociedad. Pero es la mejor arma para destruir esta otra sociedad, y por eso os he convertido a todos vosotros, mis hijos, en lo que sois: los hijos del odio. Mañana, pasado mañana, dentro de dos días, cuando estés frente al hombre al que tienes que matar, recuerda que es mi enemigo y también el tuyo. Que todo lo que dice sobre la igualdad y el proletariado es pura mentira y lo único que quiere es el poder. El poder para degradar a las personas, para dominarlas, para hacerlas que se arrastren y sientan miedo, para joderlas por el culo, que es con lo que más disfrutan los que gozan del poder. Y cuando le revientes la cabeza a ese hijo de puta, piensa que tu brazo es también el mío: yo estaré allí, apoyándote, y somos fuertes porque el odio es invencible. ¡Tómate ese trago, coño! Agarra al mundo por los cojones y ponlo de rodillas. Y métete esto en la mollera: no tengas piedad, porque nadie la tendrá contigo. Jamás. Y cuando estés jodido, no admitas la compasión: ¡nadie tiene que compadecerte!, tú eres más fuerte, tú eres invencible, ¡tú eres mi hijo, collons!⁴⁴

El texto es, sin más, terrible: una madre comunica a su hijo que está llena de odio y que lo ha formado como producto de él. No nada más: están fraguando un asesinato; ella, alimentándolo de rabia, lo envía a matar a alguien. Pongámoslo ahora en su circunstancia: 1) es una historia real; 2) la mujer que habla vivió las peores vejaciones durante el matrimonio que sostuvo con el padre del muchacho (relación que había terminado tiempo atrás): la extorsionaba constantemente con arrebatarle a sus hijos y confinarla en un manicomio, a la postre, cumpliendo ambas amenazas. Recluida, la mujer estuvo al borde de la locura, intentó suicidarse en varias ocasiones y tuvo que beber sus propios orines para no morir de sed; el marido la obligaba a ir burdeles y observar las fornicaciones más descarnadas, la drogaba para violarla o que otros lo hicieran y la golpeaba severamente cuando se negaba a algunas prácticas sexuales, como la penetración anal. 3) El hombre cuya muerte planean —y que consumaron— es León Trotski, uno de los personajes más importantes de la historia moderna, uno de los líderes de la revolución rusa y fundador de la Unión Soviética. 4) La conversación sucede en

⁴⁴ Leonardo Padura, *El hombre que amaba los perros*, México, Tusquets, 2013, p. 580.

1940, momentos en los que Stalin consolidaba su poder y buscaba legitimarse, y una vía para hacerlo era el desprestigio sistemático de Trotski, de su trabajo y su ideología, a quien señaló como el principal traidor de la revolución. Cualquier vínculo (real o supuesto) con él o sus ideales era suficiente para recibir sentencia a muerte. Además, era el apogeo de las purgas estalinistas para limpiar el partido. Ser acusado de trotskista era motivo suficiente para ser enviado al *gulag*. 5) Estaba en curso la Segunda Guerra Mundial. El panorama internacional era caótico, Francisco Franco se había hecho del poder recientemente en España, había negociaciones de guerra entre Stalin y Hitler. 6) Las palabras se pronunciaron en la Ciudad de México, donde el asilo del revolucionario se convirtió en arma de ataque contra el general Lázaro Cárdenas, quien, lo consideraba su invitado personal.

Invito a releer el extracto teniendo en mente esta información. Así, el texto se entiende, adquiere sentido; en su circunstancia, es un hecho, una narrativa, no un conjunto de palabras. Ésta es la propuesta de nuestro autor para el ejercicio científico. Como se observa, la representación perspicua es necesaria para comprender los fenómenos, lo cual resulta particularmente importante en ciencias sociales y, desde luego, la ciencia política no es excepción. Cualquier asunto político sólo puede concebirse en relación con los que lo acompañan, con los intereses en juego, con los objetivos de los actores, con el espíritu de la época.

La claridad en Wittgenstein de que las cosas sólo pueden entenderse en su circunstancia se estableció desde el *Tractatus*: “Sólo en la trama de la proposición tiene un nombre significado”.⁴⁵ Ésta tuvo que ser, de hecho, una consecuencia lógica de su

⁴⁵ *Tractatus*, §3.3.

pensamiento sobre el lenguaje: si es un conjunto de proposiciones que se siguen una de otra, que se forman consecutivamente, entonces cada proposición sólo se entiende en tanto deriva de las anteriores; sin ellas es imposible .

En su texto “Algunas observaciones sobre la forma lógica”, que pertenece a la etapa del *Tractatus*, establece que cualquier proposición es resultado de la suma de otras más elementales. Si se lleva a cabo un procedimiento analítico que se ocupe de su esencia, se caerá en cuenta que hay otras menos elaboradas que la anteceden. Si se continúa el ejercicio en cada una (cada vez más elemental) se llegará a un punto en el que no se puede proseguir, pues se habrá llegado a proposiciones atómicas, que no se componen de otras y que constituyen la base de todo el sistema del lenguaje.⁴⁶ En una carta a Russell, llegó a decir que “la lógica entera se deriva de una sola proposición primitiva”.⁴⁷

Que la lógica sea un sistema cerrado en que todas las posibilidades están dadas sólo puede deberse a que, por definición, el sistema es tautológico: “La demostración de las proposiciones lógicas consiste en que las hacemos surgir a partir de otras proposiciones lógicamente mediante la aplicación sucesiva de ciertas operaciones que a partir de las primeras generan una y otra vez tautologías (Y, ciertamente, de una tautología sólo se siguen tautologías)”.⁴⁸ Por esa razón, dice Wittgenstein que en “lógica proceso y

⁴⁶ Trad. A. Tomasini Bassols y F. Alvarez Ortega, en Ludwig Wittgenstein *et al.*, *Homenaje a Wittgenstein*, México, Universidad Iberoamericana, 1991 (Cuaderno de Filosofía n.º 15). Ver *Tractatus*, §§2.02, 2.0201, 5, 5.01 y, especialmente, 5.3. “Ambos —Russell y yo— intentamos encontrar... las proposiciones atómicas mediante el análisis lógico, pero somos culpables de no haber dado ejemplos” (*The Duty of Genius*, p. 330). Esta idea sobre las proposiciones atómicas que sostienen toda la estructura del lenguaje sirvió también para *Sobre la certeza*: hay ciertos paradigmas que no se pueden cuestionar. Llega un punto en que no es posible seguir preguntando, pues el sistema no lo permite; desvanecería. El ejercicio de la duda necesita insertarse en un sistema de certezas que lo preceden.

⁴⁷ *Apud The Duty of Genius*, p. 94.

⁴⁸ *Tractatus*, §6.126.

resultado son equivalentes”:⁴⁹ “la demostración no es sino un medio mecánico auxiliar para un más fácil reconocimiento de la tautología, cuando ésta es complicada”.⁵⁰ El resultado de cualquier operación lógica es la expresión pormenorizada o complejizada de una misma idea. La consecuencia *lógica* de esta estructura es que en este sistema no puede haber descubrimientos, sino expresiones distintas, con mayor o menor complejidad, de la misma información.

EXPANSIÓN DEL PARADIGMA CIENTÍFICO

Explica P. M. S. Hacker que recae en los positivistas lógicos de los primeros decenios del siglo XX la articulación intelectual de la idea, como hoy la conocemos, de que cualquier asunto sin importar su naturaleza es cognoscible y de que su explicación es parte de un gran *corpus* de conocimiento cuyos componentes son coherentes y compatibles entre sí. Son antecedentes de esta noción —a la que el autor denomina doctrina de unidad de la ciencia— las escuelas cartesianas y el positivismo decimonónico. Descartes impulsó esta visión, alegando que las ciencias debían unificarse bajo un método y que la metafísica debía tenerse como la raíz del conocimiento, la física como el tronco y la medicina, la mecánica y la moral como las ramas; rechazaba de esta manera la concepción aristotélica de la autonomía metodológica de las ciencias y de los estándares de explicación exclusivos para cada una.⁵¹

⁴⁹ *Ibid.*, §6.1261. Ver *ibid.*, §6.12 y *Fundamentos de la matemática*, I, apéndice 3, §§5 y 6.

⁵⁰ *Ibid.*, §6.1262.

⁵¹ “Wittgenstein and the Autonomy of Humanistic Understanding”, en su libro *Wittgenstein: Connections and Controversies*, Oxford, University Press, 2001, pp. 46 s. Llego a las citas de Hume que siguen mediante este artículo de Hacker.

Para el siglo XIX, el descubrimiento de algunas leyes de la naturaleza había ayudado a consolidar la certeza de que también era posible encontrar las *leyes del funcionamiento de la mente*. En estas circunstancias preguntaba David Hume:

¿No debemos esperar que la filosofía, si es cultivada cuidadosamente y alentada por la atención del público, pueda llevar sus investigaciones aún más lejos y descubrir, por lo menos en parte, las fuentes secretas y los principios por los que se mueve la mente humana en sus operaciones? Durante largo tiempo los astrónomos se habían contentado con demostrar, a partir de fenómenos, los movimientos, el orden y la magnitud verdaderos de los cuerpos celestiales, hasta que surgió por fin un filósofo [Newton] que, con los más felices razonamientos parece haber determinado las leyes y fuerzas por las que son gobernadas y dirigidas las revoluciones de los planetas... no hay motivo alguno para perder esperanza de un éxito semejante en nuestras investigaciones acerca de los poderes mentales y su estructura.⁵²

Como puede observarse, hay aquí una declaración muy clara de las aspiraciones a encontrar las leyes que rigen el comportamiento humano; como escribe Hacker, la regularidad nomotética parecía un prerrequisito para la comprensión en psicología tanto cuanto era en la física. Así, las leyes de la naturaleza humana se consideraban universales para las distintas latitudes y los distintos momentos históricos.⁵³ En palabras de Hume:

Es universalmente admitido que hay una gran uniformidad en las acciones de los hombres de todas las naciones y [eras], y que la naturaleza humana permanece la misma en lo que respecta a sus principios y operaciones... la historia no nos da a conocer nada nuevo o extraño. Su principal utilidad es tan sólo descubrir los principios universales y constantes de la naturaleza humana... Estas crónicas de guerras, intrigas, facciones y revoluciones son otras tantas colecciones de experiencias (*experiments*), con las que el político o el filósofo moral fijan los principios de su ciencia, de la misma manera que el físico o filósofo natural se familiariza con la naturaleza de las plantas, minerales y otros objetos externos, por los experimentos que hace de ellos.⁵⁴

El establecimiento de la doctrina de la unidad de la ciencia a partir de un método no sólo significa que buena parte de las indagaciones intelectuales echen mano de un solo entramado heurístico; representa también el monopolio de la legitimidad científica para un solo método. Que haya un tipo de saber superior no sólo define a *ese* saber;

⁵² *Investigación sobre el conocimiento humano*, trad. J. de Salas Ortueta, Madrid, Siglo XXI, 5.ª reimpr., 1988, pp. 29 s.

⁵³ P. M. S. Hacker, "Wittgenstein and the Autonomy...", pp. 47 s.

⁵⁴ D. Hume, *op. cit.*, pp. 107 s.

también al resto. Tener una forma de conocimiento como la única aceptable los desacredita a *las otras*. Condicionar la validez de las explicaciones a los criterios científicos ha llevado a que las diferentes disciplinas busquen asimilarse a la ciencia para legitimarse.

Dice nuestro autor sobre la filosofía, por ejemplo, que quienes trabajan en ella tienen el método científico siempre en la mira y, entonces, caen en la tentación de plantear preguntas bajo este esquema, lo que tiene como resultado la oscuridad total.⁵⁵ Un método particular desplaza al resto: se corona y los somete, crece a tal grado que los englute y, por fin, los eclipsa: “comparados, parecen miserables; en el mejor de los casos, estados preliminares”.⁵⁶ Sin embargo, la “filosofía no es ninguna de las ciencias naturales... La palabra ‘filosofía’ debe significar algo que está por arriba o por debajo de las ciencias naturales”,⁵⁷ no a su lado.

Éste es un problema que deriva de la veneración de nuestra civilización a la ciencia: “la gente en nuestro tiempo piensa que los científicos están para educarlos; los poetas, músicos, etc. para entretenerlos. Pensar que éstos tienen algo que enseñarles es algo que no les sucede”.⁵⁸ Desde luego, la filosofía no es la única disciplina que ha sufrido las consecuencias del predominio del saber científico; esta dificultad afecta con igual fuerza a las ciencias sociales, cuyos objetos de estudio son parte de los ámbitos que Wittgenstein considera lejanos a los alcances del paradigma.

El vienés hace extensivos sus análisis, por ejemplo, a la antropología en un texto brillante y esclarecedor: *Observaciones a La rama dorada de Frazer*. Ahí se reúnen sus anotaciones y críticas al famoso libro, que se ocupa del nacimiento de la magia y la

⁵⁵ *Blue and Brown Books*, pp. 17 s., *apud* en *How to Read Wittgenstein*, p. 69.

⁵⁶ *Culture and Value*, p. 60.

⁵⁷ *Tractatus*, §4.111.

⁵⁸ *Culture and Value*, p. 36.

religión. Aquí se muestra que “la diferencia entre la magia y la ciencia se puede expresar diciendo que en la ciencia hay *progreso*, cosa que no ocurre en la magia. La magia no tiene dirección en su desarrollo que le sea propia”.⁵⁹ Javier Sádaba invita a hacer extensivo el pensamiento a áreas del conocimiento afines: los procesos psicológicos o la estética.⁶⁰ Es pertinente incluir a las ciencias sociales, considerando desde luego a la ciencia política.

Cuando Frazer describe el evento en que un hombre quema a otro, dice que *el primitivo* es capaz de tales barbaridades “porque no ha accedido al plano de la ciencia más elemental”;⁶¹ así, entiende la evolución de la cultura y la humanidad como un proceso en que se debe superar la magia y la religión en virtud de los conocimientos científicos.⁶² Éste es un ejemplo claro de cómo la apropiación de las formas científicas para obtener legitimidad permea todos los campos. Uno de los antropólogos más importantes de la disciplina la hace víctima del yugo de la ciencia: sólo entiende el comportamiento humano a partir de sus preceptos. Como señala, Wittgenstein, el error en la interpretación de Frazer recae en considerar lo mágico y religioso como errores.⁶³

En abril de 1938, inmediatamente después del *Anschluss*, nuestro autor regresó de Austria a su puesto en la Universidad de Cambridge; en los meses siguientes, enseñó a un grupo selecto de alumnos (Rush Rhees entre ellos) a los que impartió cursos *sui generis*. Los temas no se concentraron, como antes, en filosofía general o en la del lenguaje o matemática en particular, sino en estética, psicoanálisis y creencias religiosas —aunque conservó la perspectiva y estilo para tratar los temas. Se consideraba a las últimas

⁵⁹ *Observaciones a La rama dorada de Frazer*, trad. J. Sádaba, Madrid, Tecnos, 3.^a ed., 2008, pp. 76 s. (en adelante, *Observaciones a La rama dorada*).

⁶⁰ “Introducción”, en *ibid.*, p. 10.

⁶¹ *Ibid.*, p. 16.

⁶² José Luis Velásquez, “James George Frazer (1854-1951)”, en *Observaciones a La rama dorada*.

⁶³ *Observaciones a La rama dorada*, pp. 49 s.

epítomes de las áreas del pensamiento y la vida para las que el método científico no es apropiado y en las que hacerlo lleva a la distorsión, la confusión y la superficialidad.⁶⁴

En este sentido, Wittgenstein es particularmente crítico de Freud: lo acusa de haber caído en el encantamiento de la modernidad científica por suponer que todo lo psíquico es definitivamente cognoscible, que hay un método que revelará sus misterios y que es posible formular leyes sobre la condición humana a partir de algunos casos similares. “Cuando estudiamos psicología podemos sentir que hay algo insatisfactorio, una dificultad acerca de la totalidad del tema o del estudio —porque estamos tomando a la física como nuestra ciencia ideal. Pensamos en la formulación de leyes, como en la física”.⁶⁵ La teoría freudiana de los sueños supone que todo lo que sucede en ellos está conectado con un deseo que el análisis puede revelar. “Y algunos sueños son obviamente satisfacciones de deseos... Pero resulta confuso decir que *todos*” lo son.⁶⁶

Wittgenstein también critica la aspiración a hacer de la estética una ciencia; la idea es absolutamente incompatible con su naturaleza. “No sólo es difícil describir la apreciación estética, sino imposible. Para hacerlo habría que describir la circunstancia en su conjunto”.⁶⁷ Hay quienes podrían “creer que la Estética es una ciencia que nos dice qué es bello —algo casi demasiado ridículo como para decirlo”.⁶⁸

⁶⁴ *The Duty of Genius*, pp. 402-404.

⁶⁵ “Conversaciones sobre Freud”, en *Estética, psicoanálisis y religión*, p. 111. “El paradigma de las ciencias es la mecánica. Si la gente imagina una psicología, su ideal es una mecánica del alma” (“Clases sobre estética”, en *Estética, psicoanálisis y religión*, IV, §1).

⁶⁶ “Conversaciones sobre Freud”, en *Estética, psicoanálisis y religión*, pp. 115 y 120. Prescindiendo de críticas de fondo al pensamiento del analista, también fue gran admirador suyo, pues consideraba que dio a la humanidad una nueva forma de entender nuestro interior y a quienes nos rodean, la posibilidad de ver entre los fenómenos conexiones que antes eran imperceptibles. En este sentido, se declaró —incluso— su discípulo, pues los métodos de ambos tienen esta capacidad (*How to Read Wittgenstein*, p. 74; *The Duty of Genius*, pp. 427 s.).

⁶⁷ Ludwig Wittgenstein, *apud The Duty of Genius*, p. 405.

⁶⁸ “Clases sobre estética”, en *Estética, psicoanálisis y religión*, II, §1-2.

Una ciencia así sería capaz de explicar esquemática y causalmente la experiencia de conocer la *Sinfonía española* de Édouard Lalo emanando de unas manos que, en la cadencia, liberan las notas, como si nadie las conociera, como si no se hubieran escrito hace más de un siglo; sería capaz de explicar la sublimación de un sujeto que atestigua el ejercicio creativo, la capacidad de dar espacio y tiempo a una marejada de pasiones internas traducidas en música.

WITTGENSTEIN PARA LAS CIENCIAS SOCIALES

Elucida Hanna Fenichel Pitkin que la mayoría del trabajo “científico” social moderno deriva de preconcepciones heredadas de cierto tipo de positivismo y, por tanto, de un modelo de ciencias sociales que se desarrolló en el decenio de 1920. Una de las nociones esenciales del paradigma es que el mundo se compone de *hechos* (lo observable), sobre los que hacemos enunciaciones descriptivas, y de *valores*, sobre los que hacemos enunciaciones normativas. Esta noción supone, además, que ambas categorías son mutuamente excluyentes, por lo que se debe elegir entre ellas. Así, se coloca lo abstracto y general sobre lo concreto y específico, la objetividad sobre la subjetividad, la racionalidad sobre el sentimiento.⁶⁹

Alcances y límites del método científico

El paradigma científico dicta estudiar sólo lo empírico e ignorar lo subjetivo. Es decir, esta dicotomía supone que, en tanto científicos, debemos ocuparnos exclusivamente de los *hechos* e ignorar los *valores*. Sucede, sin embargo, que nuestros objetos de estudio no se

⁶⁹ *Op. cit.*, p. 22.

reducen a lo observable. Como estableció brillantemente el titán de la literatura centroeuropea, *los hechos nunca son toda la verdad*.⁷⁰

Dice Pitkin que en los años que precedieron la escritura de su libro monumental sobre el pensamiento de Wittgenstein y su relevancia para lo social⁷¹ surgieron corrientes intelectuales que han caminado en dirección contraria de los análisis que intentan esclarecer temas sociales, políticos, sólo a partir de lo observable.⁷² A pesar de las diferencias entre quienes pertenecen a estas perspectivas, hay una estructura común en los argumentos, que es, además, muy cercana a la propuesta wittgensteineana: los objetos de estudio en lo político y social son las *acciones*, exclusivas de los humanos, y que incluyen la libertad, la elección y la responsabilidad, el significado y el sentido, las convenciones y las normas. Todos estos pensadores concuerdan en que a pesar de haber aspectos de la conducta que pueden estudiarse científicamente, no es el caso de las acciones.⁷³

⁷⁰ Sándor Márai, *El último encuentro*, trad. J. Xantus Szarvas, Villatuerta (Navarra), Salamandra, 4.^a ed., 2014.

⁷¹ Relevancia que siempre estuvo ahí para Wittgenstein. Como se ha mostrado, explicar la condición humana es razón de ser de sus cavilaciones. Su método y propósito, sin embargo, no revelan explícitamente esta intención por dos razones: una pedagógica (el método está estructurado de manera tal que —animado con las palabras de un guía— el individuo logre conclusiones propias) y otra más estrictamente filosófica, pues hay cosas que no se pueden decir, ya que su dimensión y naturaleza escapan la capacidad comunicativa del lenguaje.

⁷² En filosofía, están, por ejemplo, los defensores de la teoría política tradicional, como Eric Voegelin y Sheldon S. Wolin; los teóricos de la ley natural, como Leo Strauss; los filósofos con influencia del existencialismo y la fenomenología, como Hannah Arendt, Alfred Schutz y Maurice Natanson; los seguidores del análisis del lenguaje ordinario, como Charles Taylor, A. R. Louch y Richard Taylor. En ciencias sociales, están pensadores como Peter Winch (H. F. Pitkin, *op. cit.*, p. 242), quien, según Salvador Giner, llevó con enorme éxito el pensamiento de Wittgenstein a la antropología (ver su introducción a Peter Winch, *Comprender una sociedad primitiva*, trad. M. J. Nicolau y G. Llorens, Barcelona, Paidós-Universidad Autónoma de Barcelona, 1994, p. 20; en adelante, *Comprender una sociedad primitiva*).

⁷³ H. F. Pitkin, *op. cit.*, p. 242. Leo Strauss propone dos explicaciones para esclarecer que la actividad humana no puede ser científica. Una, dice Pitkin, muy tradicional: las personas tenemos vida interior o, más explícitamente, alma. La segunda es mucho más moderna (y la acompañan las corrientes referidas *supra*, n. 72): a diferencia de las ratas y los objetos inanimados, cuando llevamos a cabo una acción, las personas *usamos el lenguaje* [por lo menos siempre es un referente que se inscribe en la acción], y eso hace al estudio de la política fundamentalmente distinto al de la física (“An Epilogue”, en Herbert J.

La primera consecuencia analítica de estas ideas es que la observación científica completamente distanciada y objetiva es imposible; la segunda es que la explicación de las acciones humanas, necesariamente, debe darse a partir de las intenciones, motivaciones, razones y propósitos de los actores —nunca en términos científicos y causales.⁷⁴ En la única presentación con público numeroso que hizo Wittgenstein, *Una conferencia sobre la Ética*, expresó claramente el cambio de perspectiva que significó abandonar el paradigma científico: “veo ahora que esas expresiones carentes de *sentido* no eran sinsentidos porque no hubiera yo todavía encontrado las expresiones correctas, sino que el que carezcan de sentido [lógico] era su esencia misma”.⁷⁵

Dice Georg Henrik von Wright que los fenómenos naturales están regidos por leyes; las relaciones humanas, en cambio, por reglas.⁷⁶ Ya que los acontecimientos humanos son distintos de los eventos físicos, son incompatibles con las explicaciones que ofrecen las ciencias naturales. Nos ocupamos en las disciplinas sociales de *acciones*, no de hechos objetivos, y éstas necesitan argumentos que refieran a motivaciones, más que a determinantes causales. En lo social, aduce Peter Winch, *entender* es asir el sentido de lo que se hace o dice, noción alejada de las leyes causales; el estudio de la sociedad, por tanto, debe ser filosófico más que científico.⁷⁷

Atender sólo lo observable es un error gravísimo, porque el investigador termina por alejarse del asunto que pretende dilucidar. Quien trabaja bajo este esquema busca dar

Storing (ed.), *Essays on the Scientific Study of Politics*, Nueva York, Holt, Rinehart y Winston, 1962, p. 311, *apud* H. F. Pitkin, *op. cit.*, p. 243).

⁷⁴ *Ibid.*, p. 242.

⁷⁵ Trad. A. Tomasini Bassols, México, UNAM, 2005, p. 20 (conferencia pronunciada para la Heretics Society en la Universidad de Cambridge, el 17 de noviembre de 1929; cursivas mías).

⁷⁶ “Humanism and the Humanities”, en su libro *The Tree of Knowledge and Other Essays*, Leiden, E. J. Brill, 1993, p. 153.

⁷⁷ *Idea of a Social Science and its Relation to Philosophy*, Melksham (Wiltshire), Routledge & Kegan Paul, 2.ª ed., 1990, pp. 72 *et passim*.

cuenta de lo observable, pero los acontecimientos y las formas de proceder individuales y colectivas tienen explicaciones que trascienden lo evidente. Por tanto, cuando no se consideran las voluntades, no se está dando explicación alguna sobre el fenómeno. Como sentenció Otto Fenichel, de ninguna manera es necesario “elegir entre la descripción intuitiva y vivencial del artista y la abstracción distanciada del científico que piensa sólo cuantitativamente. No es necesario y no es aceptable perder sentimiento cuando el sentimiento se investiga científicamente”.⁷⁸

Los fenómenos naturales están regidos por causas naturales y, en consecuencia, “no pueden decidir” sobre los sucesos de que forman parte; están determinados causalmente. Los humanos, en cambio, somos capaces de la elección y, por tanto, responsables de nuestras acciones.⁷⁹ El individuo siempre tiene alternativas; *siempre*, incluso en la situación más oprimiente, conserva una cota de libertad: definir su disposición ante la circunstancia. Un sistema o un actor específico nunca pueden eliminar por completo el desarrollo de las relaciones humanas autónomas.

Los sujetos tienen objetivos (más o menos definidos) y, considerando la circunstancia que los enmarca, ejercen su poder y libertad para alcanzarlos. Los sistemas restringen la capacidad de acción de las personas y sus recursos; modelan sus deseos, pero también se tiene capacidad para influir en el sistema e inclinar la balanza de poder.⁸⁰ Para mostrar el punto, baste recurrir a un relato de Primo Levi sobre la experiencia en Auschwitz:

⁷⁸ *The Psychoanalytic Theory of Neurosis*, Nueva York, W. W. Norton, 1945, p. 9, *apud* H. F. Pitkin, *op. cit.*, p. 286.

⁷⁹ H. F. Pitkin, *op. cit.*, p. 157.

⁸⁰ Michel Crozier y Erhard Friedberg, “El actor y su estrategia”, en su libro *El actor y el sistema. Las restricciones de la acción colectiva*, s. t., México, Alianza, 1990, pp. 35-53.

Tengo que confesarlo: después de una única semana en prisión [y varios meses en el campo de concentración] noto que el instinto de la limpieza ha desaparecido en mí. Voy dando vueltas bamboleándome por los lavabos y aquí está Steinlauf, mi amigo de casi cincuenta años, a torso desnudo, restregándose el cuello y la espalda con escaso fruto (no tiene jabón) pero con extrema energía. Steinlauf me ve y me saluda, y sin ambages me pregunta con severidad por qué no me lavo. ¿Por qué voy a lavarme? ¿Voy a estar mejor que lo que estoy? ¿Voy a gustarle más a alguien? ¿Voy a vivir un día, una hora más? Incluso viviré menos, porque lavarse es un trabajo, un desperdicio de energía y calor. ¿No sabe Steinlauf que después de media hora cargando sacos de carbón habrá desaparecido cualquier diferencia entre él y yo? Cuanto más lo pienso más me parece que lavarse la cara en nuestra situación es un acto insulso, y hasta frívolo: una costumbre mecánica, o peor, una lúgubre repetición de un rito extinguido. Vamos a morir todos, estamos a punto de morir: si me sobran diez minutos entre la diana y el trabajo quiero dedicarlos a otra cosa, a encerrarme en mí mismo, a echar cuentas o tal vez a mirar el reloj y a pensar que puede que lo esté viendo por última vez; o también a dejarme vivir, a darme el lujo de un ocio minúsculo.

Pero Steinlauf me hace callar. Ha terminado de lavarse, ahora se está secando con la chaqueta de tela que antes tenía enroscada entre las piernas y que luego va a ponerse, y sin interrumpir la operación me da una lección en toda regla... precisamente porque el *Lager* es una gran máquina de convertirnos en animales, nosotros no debemos convertirnos en animales; que aun en este sitio se puede sobrevivir, y por ello se debe querer sobrevivir, para contarlo, para dar testimonio; y que para vivir es importante esforzarse por salvar al menos el esqueleto, la armazón, la forma de la civilización. Que somos esclavos, sin ningún derecho, expuestos a cualquier ataque, abocados a una muerte segura, pero que nos ha quedado una facultad y debemos defenderla con todo nuestro vigor porque es la última: la facultad de negar nuestro consentimiento. Debemos, por consiguiente, lavarnos la cara sin jabón, en el agua sucia, y secarnos con la chaqueta. Debemos dar betún a los zapatos no porque lo diga el reglamento sino por dignidad y por limpieza. Debemos andar derechos, sin arrastrar los zuecos, no ya en acatamiento de la disciplina prusiana sino para seguir vivos, para no empezar a morir.⁸¹

Más límites: juegos de certeza ajenos a la ciencia

Algunas nociones, algunas áreas enteras de nuestro sistema son relativamente inaccesibles a la evaluación empírica. Por ejemplo, si el concepto en cuestión es un sustantivo que refiere a un objeto físico (como “elefante”), es muy probable que reconozcamos “la cosa” a que nos referimos, prescindiendo de cómo la llamemos. En cambio, si se trata de algo que adquiere significado en el uso de los juegos del lenguaje, nos referimos no a algo dado, sino construido. Podríamos pensar que un elefante es, obviamente, “una cosa en el mundo”; al toparnos con uno lo llamaríamos de alguna

⁸¹ *Si esto es un hombre*, en *Trilogía de Auschwitz*, trad. P. Gómez Bedate, Barcelona, Océano, 2005, pp. 63-65.

manera, pero todos nos referiríamos a lo mismo, no así, *v. gr.*, con “hermanastra”, “triumfo” o “error”. Así, será particularmente importante en los asuntos sociales, culturales, políticos la interdependencia de las palabras y el mundo, el papel determinante y circundante de los conceptos de lo que se percibe como realidad.⁸²

Por ejemplo, si se demostrara empíricamente que los relatos evangélicos son falsos, este hecho no afectaría la fe en absoluto, porque su validez se nutre únicamente de la *creencia*, que es infalible a la evidencia empírica. El juego de las pruebas históricas es irrelevante para las creencias religiosas.⁸³ El discurso moral, por su parte, se ocupa de las acciones, de cómo se las interpreta y juzga, de las actitudes que cada individuo toma y, entonces, también de la disposición de un actor respecto al otro; *ergo*, de la identidad de cada uno y de sus relaciones futuras. El objetivo de la discusión consiste en esclarecer los puntos de vista de las partes, no en acordar una conclusión. En la ciencia, en cambio, la racionalidad de un argumento deriva del acuerdo en las premisas que todos aceptan y de los resultados que de ellas proceden.⁸⁴ Las verdades en matemáticas se diferencian de las científicas, poéticas, sensitivas o éticas en ser estrictamente deductivas y responder sólo a exigencias de coherencia interna. Aquí no surgen, pues, disputas:⁸⁵ “La proposición matemática ha sido oficialmente sellada, por decirlo de algún modo, con la etiqueta de la incontestabilidad”.⁸⁶

⁸² H. F. Pitkin, *op. cit.*, pp. 114 s.

⁸³ *Culture and Value*, p. 32.

⁸⁴ Stanley Cavell, *The Claim of Reason: Wittgenstein, Skepticism, Morality, and Tragedy*, Nueva York, Oxford University Press, 2.^a ed., 1999, pp. 253 ss.

⁸⁵ *Investigaciones*, II, 11, p. 515. Ver Ludwig Wittgenstein, *Últimos escritos sobre la filosofía de la psicología*, trad. E. Fernández, L. M. Valdés Villanueva *et al.*, Madrid, Tecnos, 2008, II, §25 (en adelante *Últimos escritos*).

⁸⁶ Ludwig Wittgenstein, *Sobre la certeza*, trad. J. L. Prades y V. Raga, Barcelona, Gedisa, 4.^a reimpr., 2006, §§655 s. (en adelante, *Sobre la certeza*).

Arguye Friedrich Waismann que las regiones del lenguaje —que bien podríamos llamar áreas del conocimiento— difieren en la formulación de las proposiciones y en la manera en que se relacionan entre sí, pues se construyen bajo lógicas distintas. La naturaleza y significado de la *verdad* es diferente en cada una. Entonces, las leyes naturales nunca son ciertas en el mismo sentido que lo es, *exempli gratia*, “él es un tipo divertido”, que, a la vez, es distinto de “tengo dolor de cabeza”. El desacuerdo en opiniones políticas, juicios morales o entre críticos literarios difiere en esencia y en sus métodos de solución; en cada uno se construyen argumentos bajo criterios diferentes. La moral tiene estándares de racionalidad particulares; es decir, no carece de lógica, sino que la suya no empata con la científica.⁸⁷ En algunos casos, los criterios de un área serán inconciliables, inadecuados y hasta contradictorios en otras: “El *tipo* de certeza es el tipo de juego de lenguaje”.⁸⁸

En las relaciones cotidianas, por ejemplo, “«no puedes tener absoluta seguridad sobre el estado anímico del otro, ella sólo es siempre una seguridad *subjetiva*, no *objetiva*» —Estas dos palabras señalan una diferencia entre juegos de lenguaje”.⁸⁹ Se pregunta Wittgenstein “¿Estoy menos seguro de que este hombre tiene dolores que de $2 \times 2 = 4$?” Desde luego, la respuesta es no; es imposible estar más o menos seguro de una cosa que de otra simplemente porque son certezas distintas; atienden a lógicas independientes, son incomparables. El filósofo responde con otra pregunta: “¿hay certeza matemática en la

⁸⁷ S. Cavell, *op. cit.*, pp. 261, 323 *et passim*; H. F. Pitkin, *op. cit.*, pp. 142 *ss.* y 152.

⁸⁸ *Últimos escritos*, §892.

⁸⁹ *Investigaciones*, II, 11, p. 515 (cursivas mías).

primera proposición?” De nuevo, no, y remata “La «certeza matemática» no es un concepto psicológico”.⁹⁰

Resulta problemático comprender que hay ámbitos con certezas y medios de verificación menos evidentes que los de otros campos, porque no están esquematizados como en la matemática. Dice Peter Winch, “la fascinación que la ciencia provoca en nosotros nos lleva fácilmente a adoptar la forma científica como paradigma contra el cual calibrar la respetabilidad intelectual de otros modos de discurso”.⁹¹

Los fenómenos de algunos ámbitos escapan las posibilidades del lenguaje y —más aún— de la ciencia, por lo que se necesita *otros modos de discurso* para entenderlos; que no se puedan expresar mediante el lenguaje, no quiere decir que no se puedan comunicar en absoluto; en palabras del filósofo, se *muestran*. Entre las áreas que se muestran están la ética, la estética, la religión, el sentido de la vida y la filosofía. Elucida nuestro autor en el *Tractatus* que hay *verdades* en ellas que su naturaleza permite mostrar, pero no verbalizar. Por esa razón, lo “que siquiera puede ser dicho, puede ser dicho claramente; y de lo que no se puede hablar hay que callar”.⁹²

Como es claro, la idea es absolutamente explícita desde su primera etapa filosófica, la del *Tractatus*: aquello sobre lo que se puede hablar son los hechos, lo visible; sobre lo absolutamente trascendente es mejor omitir palabra. En este sentido, Janik y Toulmin

⁹⁰ *Últimos escritos*, §891.

⁹¹ *Comprender una sociedad primitiva*, p. 36.

⁹² *Tractatus*, p. 55, §6.522; ver *How to Read Wittgenstein*, p. 19. Aunque no hay noticias de que el vienesés haya jamás leído a sor Juana Inés de la Cruz, el aforismo invita a pensar que el filósofo atiende una exigencia de la novohispana: “aquellas cosas que no se pueden decir, es menester decir siquiera que no se pueden decir, para que se entienda que el callar no es no haber qué decir, sino no haber en las voces lo mucho que hay que decir”. Explica el editor Alberto G. Salceda en las notas que las palabras de la monja comentan las de Pablo: “Oyó secretos de Dios que al hombre no le es lícito hablar” (“Respuesta a la poetisa y muy ilustre sor Filotea de la Cruz”, *Obras completas*, t. 4: *Comedias, sainetes y prosa*, México, FCE, 6.ª reimpr., 2012, p. 442 y Corintios, 12, 4).

explican que el objetivo del texto es identificar los campos ajenos a la razón; el tratado se opone, según ellos, a las ambiciones de volver la ética un sistema racional.⁹³

Para aclarar el pensamiento de Wittgenstein sobre lo indecible, es útil el comentario que hace en una carta a su amigo Paul Engelmann sobre un poema de Uhland; en él —dice el filósofo— se comunica lo inefable: “cuando uno no se esfuerza por expresar lo inexpresable, *nada* se pierde. ¡Lo inexpresable está *contenido* —inexpresablemente— en lo que es expresado!”⁹⁴ Éste era su ideal: comunicar lo indecible sin intentar verbalizarlo. Igualmente esclarecedor es, por ejemplo, leer *De profundis*, de Oscar Wilde, y entender la moral victoriana en la Inglaterra de su tiempo. El poeta nunca escribe estas palabras juntas: *moral victoriana* y, sin embargo, al narrar la historia que lo llevó a la cárcel de Reading y su enorme dolor, frustración y resentimiento se van revelando al lector los valores, ambiciones y *modus vivendi* de la clase dominante.⁹⁵ Otro ejemplo maravilloso que muestra la naturaleza de un fenómeno sin mencionarlo es el quejido de la voz poética de sor Juana al enfrentar la muerte en vida despidiendo a quien se ama:

¡Ay, mi bien, ay prenda mía,
dulce fin de mis deseos!
¿Por qué me llevas el alma,
dejándome el sentimiento?
Mira que es contradicción
que no cabe en un sujeto,
tanta muerte en una vida,
tanto dolor en un muerto.⁹⁶

⁹³ *Op. cit.*, p. 196.

⁹⁴ Paul Engelmann, *Letters from Ludwig Wittgenstein. With a Memoir*, Oxford, Blackwell, 1967, p. 6 *apud* J. Bouveresse, *op. cit.*, p. 28.

⁹⁵ El reo relata la relación amorosa que sostuvo con un joven pusilánime, marcada por la traición del muchacho, que sólo buscaba empaparse de su fama, riqueza y sofisticación; no le importó vilipendiarlo para saciar sus necesidades primitivas, y, con su venia, el padre —oportunista y jugador— logra que lo apresen (en *The Collected Works of Oscar Wilde*, Ware (Hertfordshire), Wordsworth, 1997, pp. 1067-1098).

⁹⁶ “Romance con que, en sentidos afectos, prelude al dolor de una ausencia”, *Obras completas*, t. 1: *Lírica personal*, ed. Antonio Alatorre, México, FCE, 2.^a ed., 1.^a reimpr., 2009, vv. 69-76. Advierte

No está la ciencia posibilitada para comunicar los sentimientos que se experimentan frente a una situación de este talante; si lo intentara, como hace (que para algunos fines puede ser útil e interesante, pero no para dar cuenta de la vivencia), sólo podría llegar a enumerar una serie de procesos químicos en el cerebro, lo cual empobrece por completo esa complejísima experiencia. Quien logra disecar el fenómeno con absoluto rigor intelectual y bajo todas las consideraciones que lo atraviesan (psíquicas, emocionales, sociales, incluso económicas) es Igor Caruso en su estudio *La separación de los amantes*. El autor aduce, *grosso modo*, que el sufrimiento del individuo radica en que al amar a otro construye parte de su identidad a partir de la relación que desarrollaron juntos, cuya esencia se ha vuelto parte constitutiva de cada uno. Así, en la separación “una parte del Yo parece haberse desgajado y no se ha creado la nueva identidad en el aislamiento”. Terminar la unión significa, entonces, también dar muerte a una parte sí.⁹⁷

En la capacidad explicativa de la ciencia política sucede algo parecido. Buscamos explicar asuntos que suelen escapar los alcances del paradigma científico: el ejercicio del poder, las lealtades, las preferencias electorales, los nacionalismos, la legitimidad de actores e instituciones, la solidaridad. Aquí participan actitudes, sentimientos, preferencias, ninguno de los cuales encuentra alojamiento en el edificio de la ciencia y, sin embargo, son de la mayor importancia para entender los fenómenos políticos y sociales en general.

Se necesitan pruebas como *De profundis*, de Oscar Wilde, para tener idea de la moral victoriana, la poesía de sor Juana o los estudios psicoantropológicos de Caruso

Wittgenstein: “No olvides que, a pesar de que un poema se haya compuesto en el lenguaje informativo, no se usa en el juego del lenguaje informativo” (*Filosofía de la psicología*, t. 1, §888).

⁹⁷ *La separación de los amantes. Una fenomenología de la muerte*, trad. A. Suárez y R. Tanco, México, Siglo XXI, 27.^a reimpr., 2010, p. 37.

para aproximarse a lo que vive quien termina una relación con quien se ama. A este tipo de pruebas llama Wittgenstein *evidencia imponderable*, que se caracteriza por ser útil para un juicio en particular y no para otros; por tanto, no se la puede evaluar, comparar con ningún sistema de principios generales o leyes universales, rasgos que la hacen radicalmente distinta de las pruebas científicas.⁹⁸

Entender las artes, lo mismo que, por ejemplo, el humor, son analogías de lo que nuestro pensador creía debe ser la indagación filosófica y, por tanto, la del comportamiento humano. Para captar la expresión de la música o captar una broma no se requiere descubrir nuevos hechos, sino asir el punto de vista correcto. Lo que se necesita es una *cultura*,⁹⁹ pues sólo siendo parte de ella o comprendiéndola se podrá asimilar un conjunto de creencias, actitudes, valores, nociones compartidas, es decir, certezas necesarias para el entendimiento: “Que estemos completamente seguros de tal cosa no significa tan sólo que cada uno aisladamente tenga certeza de ellos, sino que formamos parte de una comunidad unida por la ciencia y la educación”.¹⁰⁰ Así, por ejemplo, los juicios estéticos dependen siempre de los referentes culturales de un periodo histórico: “Lo que ahora llamamos un gusto refinado quizá no existió en la Edad Media”.¹⁰¹ Y, en general, una “educación completamente diferente de la nuestra podría ser también el fundamento de conceptos completamente diferentes de los que tenemos”.¹⁰²

⁹⁸ *How to Read Wittgenstein*, p. 104.

⁹⁹ *The Duty of Genius*, pp. 530 ss.

¹⁰⁰ *Sobre la certeza*, §298.

¹⁰¹ “Clases sobre estética”, en *Estética, psicoanálisis y religión*, I, §25. “Hay por ejemplo, estilos de pintura que a mí no me dicen nada de manera inmediata, pero sí a otros. Creo que la costumbre y la educación tienen algo que ver con ello” (*Últimos escritos*, I, §604).

¹⁰² *Filosofía de la psicología*, t. 2, §707.

Arguye Ray Monk que una diferencia fundamental del método científico respecto a las formas no teóricas del conocimiento —epitomadas en el arte, la música, la filosofía y la vida ordinaria— es que aspira a una generalidad tal que necesariamente elude esas *otras* formas de conocer, fundamentales para dilucidar el comportamiento humano¹⁰³ y que, por lo demás, están en las antípodas de la evidencia imponderable.

Las ciencias acumulan saberes, establecen leyes, refutan datos y teorías que otrora se pensaron correctas y, así, conquistan estados cada vez más puros de conocimiento.

Las ciencias progresan, como las técnicas, aniquilando lo viejo, anticuado y obsoleto. Para ellas, el pasado es un cementerio, un mundo de cosas muertas y superadas por los nuevos descubrimientos e invenciones. Las letras y las artes se renuevan, pero no progresan; ellas no aniquilan su pasado, construyen sobre él, se alimentan de él y a la vez lo alimentan, de modo que, a pesar de ser tan distintos y distantes, Velázquez está tan vivo como Picasso, y Cervantes sigue siendo tan actual como Borges o Faulkner.¹⁰⁴

Un “descubrimiento” filosófico no es nuevo en el mismo sentido que en la ciencia, porque no significa contribuir a su progreso, participar en el hallazgo de leyes universales; significa, en cambio, ocuparse de un aspecto prominente de nuestro sistema conceptual, de nuestra gramática, de nuestra cultura, de los sistemas sociales. Conforme la ciencia avanza, se desprende del entendimiento ordinario del cosmos, porque se aleja del fenómeno que estudia; *avanzar* significa precisamente eso: abstraer, encontrar leyes, pero lo que se gana en abstracción se pierde siempre en precisión y, al hacerlo, merma también la capacidad explicativa. En lo social, comprender los aspectos a los que el

¹⁰³ Y es también el tipo de conocimiento que, junto con Wittgenstein y siendo sus referentes esenciales, Goethe y Oswald Spengler defendieron de la ciencia y la devoción hacia ella (ver *How to Read Wittgenstein*, p. 101 y *supra*, n. 38).

¹⁰⁴ Mario Vargas Llosa, “Breve discurso sobre la cultura”, Universidad de Granada, junio de 2009 (al recibir el doctorado *honoris causa* de la institución).

método científico no puede adentrarse es fundamental, porque son éstos los que conforman nuestro campo de estudio.¹⁰⁵

Por lo demás, concluir que “la esencia del mundo no puede ser expresad[a] por el lenguaje”¹⁰⁶ llevó a Wittgenstein a sumar otra característica a su forma de trabajo: *se debe describir, pero no explicar*. El “empeño en una explicación está descaminado, [por lo que sólo se debe] conjuntar correctamente lo que uno *sabe* y no añadir nada más”. “La explicación, si se compara con la impresión que nos produce la descripción, es demasiado precaria”.¹⁰⁷

Esta conclusión parece una consecuencia casi lógica de los postulados y en alguna medida lo es. Sin embargo, aquí el filósofo reniega de una de sus aportaciones más relevantes: la posibilidad de dar cuenta de los fenómenos humanos recurriendo a expresiones y ámbitos que sí pueden hacerlo sin ceñirse a las limitaciones del lenguaje y del paradigma científico: la evidencia imponderable. Concluir que sólo se debe describir es una especie de retroceso intelectual hacia su primera etapa, pues significa que el lenguaje es incapaz de penetrar la esencia del mundo, por lo que debe limitarse a comunicar lo observable y evitar la osadía de expresar lo inefable. Sucede, en cambio, que mediante el lenguaje se puede comunicar lo “indecible”, porque tiene una carga de

¹⁰⁵ H. F. Pitkin, *op. cit.*, pp. 292 y 319.

¹⁰⁶ *Observaciones filosóficas*, §54. Sobre el *Tractatus*, por ejemplo, Wittgenstein explica en una carta a Bertrand Russell, que el objetivo es elaborar una “teoría” de lo que puede decirse mediante proposiciones (mediante el lenguaje) y lo que no puede decirse con el lenguaje y que sólo puede mostrarse (*apud How to Read Wittgenstein*, pp. 19 s.).

¹⁰⁷ *Observaciones a La rama dorada*, pp. 52 s. Ver *Filosofía de la psicología*, §257 e *Investigaciones*, I, §109. “Cuando filosofamos somos como salvajes, como hombres primitivos que oyen el modo de expresión de hombres civilizados, lo malinterpretan y sacan luego extrañas conclusiones de esta interpretación” (*Fundamentos de la matemática*, I, §125).

significados culturales muy densa y no es un sistema cerrado y autorreferencial.¹⁰⁸ La interpretación es absolutamente necesaria para entender lo social.

Sin interpretación, habría sido imposible, por ejemplo, que Freud esclareciera que la vida en comunidad sólo se dio cuando, buscando la seguridad, los miembros deciden renunciar a satisfacer algunos impulsos instintivos. Esta dimisión, que hace posible la convivencia, al ofrecer la certeza de seguridad, representa también el nacimiento de la cultura: mientras más vigorosa sea la represión de los deseos, mejor organizados y pacíficos serán los pueblos. Las personas luchan contra sus impulsos para preservar el sistema social, y esa batalla interna es más exitosa en unos casos que en otros; en ocasiones lleva a la neurosis, pues el individuo “no logra soportar el grado de frustración que le impone la sociedad en aras de sus ideales de cultura”; en casos más extremos lleva a patologías de negación de la realidad, que intentan satisfacer los deseos en la fantasía.¹⁰⁹

El estudio de las condiciones vitales más profundas de un conjunto de sujetos permitió a Freud concluir que la existencia misma del Estado (uno de los objetos de estudio predilectos de la ciencia política), la cultura, la organización social, las normas dependen de la disposición de los sujetos a restringir sus impulsos. Y, evidentemente, todos éstos son componentes fundacionales, esenciales y definatorios de la realidad social

¹⁰⁸ Obsérvese que la literatura es un arte absolutamente peculiar: todas las demás echan mano de herramientas ajenas a la lengua, el medio cotidiano para comunicarnos. La música usa el sonido; la pintura y la escultura las imágenes. La literatura, en cambio, reta al lenguaje y lo hace capaz de transmitir lo que la literalidad y el sentido estricto le prohíben. Dice Borges “el nombre es arquetipo de la cosa, / en las letras de la *rosa* está la rosa / y todo el Nilo en la palabra *Nilo*” (“El Golem”, en su libro *El otro, el mismo*, Buenos Aires, Emecé, 1969, p. 47).

¹⁰⁹ Sigmund Freud, *El malestar en la cultura*, trad. L. López-Ballesteros, Madrid, Colofón-Biblioteca Nueva, 2007, pp. 81, 88 y 105.

y de cualquier sistema político. Los deseos, frustraciones y sus consecuencias son inaccesibles a la ciencia.¹¹⁰

CONCLUSIÓN

La vida se compone de ámbitos diversos que se traslapan, se enriquecen, incluso se contraponen y dan como resultado las circunstancias en que nos desarrollamos. Esas áreas tienen lógicas y estructuras propias. En un primer acercamiento, puede distinguirse dos categorías muy amplias (de las cuales derivan cuantiosas ramificaciones): los fenómenos naturales y las relaciones humanas. Los primeros se rigen estrictamente por leyes, que dictan un resultado (siempre el mismo) para una determinada serie de variables y escapan la capacidad de influencia de las personas. Las segundas, en contraste, se rigen por reglas, que son susceptibles al cambio según las voluntades, estrategias y *acciones* de los individuos y colectividades.

En esta distinción, la primera consecuencia para la indagación intelectual es que los objetos de análisis de unos y otros son diferentes. Las ciencias “exactas” se encargarán, pues, de estudiar los *hechos* objetivos, mientras las disciplinas sociales las *acciones*, las cuales tienen como característica definitoria la libertad de los sujetos y su capacidad de elección, la facultad de conferir sentido a los fenómenos. La segunda consecuencia, prácticamente obvia, es que se necesitan herramientas distintas para esclarecer los asuntos de los dos ámbitos. Para las ciencias exactas, se desarrolló el método científico, que sigue una serie

¹¹⁰ Intentar que las disciplinas sociales encuadren en el paradigma de científico significaría para el psicoanálisis, por ejemplo, despojarse de un valioso atributo que prescinde de la explicación causal y la trasciende, ya que es también “un proyecto ético, pues busca que los sujetos sean capaces de entender por qué actúan, que sean responsables de sus acciones” (Fernando Escalante Gonzalbo, México, El Colegio de México, 11 de noviembre de 2010 (durante el curso “Introducción a las ciencias sociales”).

de pasos aparentemente adecuados para este ejercicio (analizar su pertinencia efectiva rebasa los objetivos de este trabajo); para lo social, sin embargo, su pertinencia es nula por las siguientes razones: las cosas no están determinadas *a priori*, por lo que no pueden establecerse leyes que rijan su desarrollo; se inscriben en un ambiente específico, que se define a partir de las voluntades y del resto de los fenómenos que circundan al que estudiamos; el análisis estrictamente lógico se compone sólo de tautologías, y esto cierra las posibilidades analíticas a encontrar una respuesta que no esté ya considerada en el sistema; el método científico hace suposiciones sobre lo que estudia y limita el ejercicio intelectual a aceptar o rechazar una hipótesis, que es una mera suposición; los criterios de validez de estas áreas son inaccesibles a la evaluación empírica.

Se necesita, entonces, un método de trabajo que se ocupe de los casos concretos, que considere el sentido que los individuos atribuyen a sus acciones y a las circunstancias que viven, que permita pruebas y consideraciones no estrictamente factuales, que sean similares a lo que Wittgenstein llamó evidencia imponderable. El filósofo propone la representación perspicua, que enmarca los fenómenos en un sistema y considera los diversos componentes que los circundan. Es necesario, entonces, dar el lugar que corresponde a los saberes no científicos, pues conforman la realidad social y permiten entenderla. Es de fundamental importancia hacer de la interpretación una de las herramientas analíticas más relevantes, pues el sentido de un asunto social no recae exclusivamente en lo que se observa. Es necesario afirmar, junto con Sándor Márai, que los hechos nunca son toda la verdad; en ellos se anidan intenciones, sentimientos, estrategias y formas de vida que exigen se los indague para dar explicaciones pertinentes.

El recelo y precaución de Wittgenstein frente a la ciencia y su desconfianza ante la capacidad del lenguaje para expresar ciertas cosas lo llevó a afirmar que, como hay ámbitos sobre los que la ciencia y el lenguaje poco o nada pueden decir, sólo se debe describir y no explicar. Esta conclusión lleva el argumento a un extremo equivocado y que, además, desplaza mucho de su trabajo, porque antes mostró que es posible elucidar estos fenómenos mediante ámbitos que no necesitan ceñirse a un lenguaje autorreferencial (que no existe), porque el lenguaje está cargado de significados que rebasan la literalidad. Sin interpretación, no habría forma de mostrar el sentido que confieren los sujetos a sus acciones o, *exempli gratia*, el espíritu que domina el ambiente de la Viena de fin de siglo o de la sociedad científica de nuestros días.

Señala el pensador que alcanzar estos objetivos en la investigación de lo humano no es tarea fácil, porque la ciencia se ha coronado como única vía legítima para explicar el mundo; es una de las principales certezas que dan lugar a nuestra civilización, por lo que cuestionarla parece un sinsentido y, además, hay ya una arraigada tradición de ciencias sociales que se apegan estrictamente al paradigma. Así, defender que es posible aproximarse a la realidad mediante preceptos alejados del paradigma significa desafiar una cultura, la nuestra, que nos hace interiorizar que la ciencia es la única forma válida de conocimiento y más aún, que es la herramienta que nos llevará a la etapa superior de vida: el desarrollo. Consideraba Ludwig, no obstante, que la lucha valía la pena, pues la exploración intelectual de los fenómenos sociales es valiosa de suyo; esta cruzada afirma que el conocimiento es un objetivo en sí y también declara que la única manera de encaminar la humanidad hacia donde queramos es verla como es, con todas sus dimensiones.

Como apunté al principio del capítulo, busqué hacer una aportación a los esfuerzos por revalorar el lugar del *Tractatus logico-philosophicus* en el *corpus* del pensamiento del autor, pues suele relegarse su importancia y normalmente se lo considera el culmen de una etapa intelectual equivocada. Intenté mostrar que muchas de las aportaciones de mayor peso del Wittgenstein de las *Investigaciones* están ya contenidas en el del *Tractatus*. En primer lugar, se estableció en el libro que los límites del mundo son los del lenguaje, porque éste refiere siempre a la realidad. El cambio más importante entre los dos periodos fue la idea de realidad que tuvo el filósofo en cada una: en el primero supuso que era el conjunto de proposiciones que suceden efectivamente entre todas las que están consideradas en los sistemas cerrados y predeterminados de la lógica y el lenguaje; en la segunda etapa vio que la realidad es, en efecto, un cúmulo de posibilidades, pero no establecidas *a priori*, sino construidas por individuos y colectividades; y el lenguaje es uno de sus principales constructores y, al mismo tiempo, su reflejo más prístino, por lo que no se trata de un sistema cerrado y autorreferencial.

En segundo lugar, también se estableció en el libro que las cosas sólo pueden entenderse en su circunstancia, premisa fundamental para su pensamiento posterior y para desarrollar el concepto de representación perspicua: si el sistema lógico exige, para tener sentido, que las proposiciones se sigan una de otras, no tienen significado fuera del sistema. La idea permanece, pero es útil para entendimientos distintos de la realidad. En tercer lugar, estableció ahí, también como condición lógica de su pensamiento, que hay cosas que no se pueden cuestionar, pues la duda sólo puede surgir de un conjunto de certezas, conclusión fundamental de su último trabajo, uno de los más originales, *Sobre la certeza*. En cuarto lugar, distinguió las esferas “sustantivas” de la vida (ética, estética,

religión) de las meramente factuales, al delimitar las capacidades expresivas de lenguaje autorreferencial. A la postre, esto serviría para delimitar las áreas de conocimiento que pertenecen a las “ciencias exactas” y las que son propias del estudio social, como hace en las *Observaciones a La Rama dorada de Frazer*.

El primer hallazgo mencionado del *Tractatus* es la expresión de dos formas de ver la realidad; el resto sólo son ideas que la explican. Cuando Wittgenstein cambió su entendimiento de la naturaleza del lenguaje, cambió también su visión del cosmos. Su gran aportación fue ofrecer una nueva forma de comprender la realidad, la posibilidad de esclarecer la propia circunstancia y la de otros de manera genuina mediante herramientas intelectuales capaces de aproximarnos a los fenómenos con mayor precisión.

En última instancia, la posibilidad de entender la realidad social es un reto personal, psicológico. Se trata de forjarse como un sujeto capaz de cuestionar las certezas que los sistemas educativos y la cultura han adoctrinado, capaz de resistir la comodidad de las convenciones, de alejarse de los cimientos que han permitido el desarrollo propio, los cuales dan sentido al mundo, a la vida misma y a la civilización. Poner a la ciencia en duda significa también discutir los cimientos de una cultura y por tanto se pone en riesgo la propia identidad. “Si alguien se niega adentrarse en sí mismo por ser demasiado doloroso, permanecerá superficial en sus escritos”.¹¹¹

¹¹¹ Ludwig Wittgenstein, *apud* en *The Duty of Genius*, p. 366.

LAS TRAMPAS DE LA FE

Capítulo dos

Pobre Broad; piensa que la filosofía
es la física de lo abstracto.

LUDWIG WITTGENSTEIN



La modernidad se caracteriza por su devoción a la ciencia. Como se apuntó en el capítulo anterior, el lugar que ocupa la ciencia en nuestra cultura ha llevado a que sólo un método se considere legítimo y, en consecuencia, a que se lo use en áreas en que puede esclarecer poco, como en ciencias sociales y en humanidades. En esta parte de la tesis me concentro en observar el fenómeno en la ciencia política. Detallo cómo el cientificismo cristaliza en la disciplina mediante la teoría que hoy ocupa un lugar predominante, la elección racional. Así, esta perspectiva se inscribe en la utopía del conocimiento científico como única vía para comprender el mundo y alcanzar los estados más avanzados a los que puede y debe aspirar la humanidad.

En esta ilusión propia de nuestra era hay una gran ciencia unificada que conjunta el conocimiento y lo articula alrededor de unas cuantas leyes universales coherentes y compatibles entre sí. La estructura jerárquica no sólo ordena las formas de conocimiento, con la científica como la única verdadera y legítima; también confiere un lugar a cada

disciplina según sus cualidades. Al ser la más pura, la más exacta y la más apegada al método científico, corresponde a la física encabezar la lista y servir como modelo para el resto de las disciplinas; si aspiran a alcanzar el estatus de ciencia, deben emularla.

Bajo esta idea, en ciencias sociales contamos también con un patriarca. La economía ha conquistado el título al adoptar las formas de la física y, así, diseñar un esquema capaz de estudiar los fenómenos sociales mediante el método científico. Por esta razón, el resto de las disciplinas sociales deben adoptar su perspectiva, para que los análisis que ofrecen sean significativos, capaces de descifrar la realidad. En este orden, el estudio de la política toma su lugar con la responsabilidad de encontrar las razones que explican los fenómenos políticos y, más aún, descubrir las leyes de la vida social con base en el más científico de sus enfoques, la teoría de elección racional.

Desde esta perspectiva, el surgimiento y predominio actual del *rational choice* en ciencia política se presenta como la consecuencia de un proceso evolutivo por el que debía pasar para cumplir su consigna. Sin embargo, si se toma distancia de esta concepción idealizada de ciencia y se indaga en la historia de la disciplina —y en consecuencia también en las de la economía y la física— es posible reconocer que no es así, que no se trata del arribo inexorable de la ciencia política a un estado genuinamente científico; se trata, en cambio, de un fenómeno social que se ha conformado mediante el desarrollo histórico más o menos concomitante, más o menos articulado y más o menos intencional de diversos procesos intelectuales, culturales, económicos y, desde luego, políticos.

Este capítulo intenta deconstruir el mito que legitima a la teoría de la elección racional como la única vía —obvia y necesaria— para discernir los fenómenos sociales.

Primero presento los argumentos de los defensores de la economía como la disciplina que ostenta la capacidad exclusiva de entender científicamente los asuntos humanos, lo que, según ellos, hace de su perspectiva y sus herramientas el gran modelo que el resto de las disciplinas debe emular. Posteriormente, describo la teoría de la elección racional, sus supuestos, instrumentos y fundamentos. A continuación, explico que la etapa histórica que vivimos en Occidente desde hace aproximadamente cuatro décadas, el neoliberalismo, sirvió como impulso definitivo a los esfuerzos que durante decenios habían pugnado por enarbolar a la economía como la gran ciencia social. Después, para situar el surgimiento de la teoría de la elección racional en el devenir de la ciencia política, hago una síntesis de la historia que se suele contarse de la disciplina. Finalmente, muestro que este relato es en realidad parcial y sesgado y que, además, desempeña la función de legitimar el positivismo en que está postrada buena parte de la disciplina, particularmente la teoría de la elección racional. Explico que la idolatría de la ciencia —en una disposición casi religiosa— llevó a los economistas de mediados del siglo XIX a copiar el esquema de la física de la época lo más fielmente posible, modelo que, sin saberlo, terminaron emulando los estudiosos de la política en sus afanes de erigir su disciplina como ciencia.

PREDOMINIO DE LA ECONOMÍA

Se ha elaborado una narrativa según la cual el objeto de estudio de la economía —la producción y distribución de recursos finitos— es el único ámbito de la interacción del hombre con el mundo susceptible de explicarse de forma estrictamente científica (nótese, por lo demás, la suposición de que el hombre es ajeno al entorno en que vive). El

argumento se gestó con uno de los padres del mundo paramétrico (el estado de equilibrio en el que la oferta y la demanda logran sus puntos óptimos, los cuales se alcanzan mediante la concurrencia de individuos absolutamente racionales con información perfecta y una jerarquía de preferencias definida e invariable). En 1874, León Walras reconoció que los hechos del universo pueden dividirse en dos grandes categorías: los que resultan de las fuerzas incontrolables de la naturaleza y los que resultan del ejercicio de la voluntad humana. Los primeros se llaman fenómenos naturales y los segundos fenómenos humanos. Hasta este punto, los argumentos son muy parecidos a los que se presentaron en el primer capítulo de esta tesis para explicar las diferencias entre ambos, que los hacen aptos para estudiarse bien bajo el método científico, bien bajo perspectivas distintas. Sin embargo, prosigue Walras, hay una excepción entre los sucesos en que participan los humanos, pues hay entre ellos un fenómeno natural y que es propio de la vida económica: el proceso que da valor a los bienes, es decir, la determinación de precios.¹¹²

Entre los estudiosos de la política, la aspiración a ofrecer explicaciones científicas los impulsó desde el decenio de 1950 a emular la economía, pues —se arguye— su perspectiva permite comprender todo el comportamiento humano. En palabras de Gary S. Becker, figura central para la expansión de los métodos de esta disciplina hacia otras áreas:

La utilidad de la perspectiva económica, claramente, no se limita a los bienes materiales, ni siquiera al sector de mercado. Los precios, sean los del valor monetario del mercado o los precios sombra que se confiere a los mismos cuando no se trata de sectores que pertenecen al mercado, miden el costo de oportunidad de usar recursos escasos; y la perspectiva económica predice el mismo tipo

¹¹² *Correspondence of León Walras and Related Papers*, ed. William Jaffe, Amsterdam, North Holland, 1965, t. 3, p. 61, *apud* Philip Mirowski, *Against Mechanism: Protecting Economics from Science*, Totowa (Nueva Jersey), Rowman & Littlefield, 1988, p. 58 (en adelante, *Against Mechanism*). Aclaro, por si se considera necesario, que tomo el título del famoso libro de Octavio Paz para el de este capítulo.

de comportamiento ante precios de mercado y ante precios sombra... Incluso sin un sector de mercado, directa o indirectamente, cada bien tiene un precio sombra marginal relevante: el tiempo necesario para la producción de una unidad marginal del producto.¹¹³

Para Becker, los economistas comprenden con el mismo éxito la producción y demanda de películas o educación, de automóviles o carne. Según él, algunos se mantienen renuentes a incluir los bienes no materiales en el análisis económico porque se niegan a someter ciertos tipos de comportamiento humano al cálculo “frío” de la economía; sin embargo, aduce, la disciplina tiene la capacidad de explicar todos los fenómenos sociales en virtud de que su perspectiva permite analizar tipos de comportamiento diversos, incluidos los que tradicionalmente estudian la sociología, la antropología y la historia.¹¹⁴

Esta narrativa considera que los análisis políticos se dedicaron durante siglos a describir fenómenos, pero no a buscar y encontrar las razones que los hacen posibles. En esta historia que se cuenta de la politología se asegura que la reflexión sobre la política se trataba de un ejercicio intelectual concentrado en el relato histórico, casi anecdótico, que dio lugar a un *corpus* enciclopédico que no ofrecía un entramado lógico para identificar las razones por las que esos fenómenos sucedían. El estudio de la política, se dice, permaneció así hasta que se sumó a la empresa científica de la economía al iniciar la segunda mitad del siglo XX.

Se aseguraba que la economía ofrecía una teoría lógicamente consistente, de carácter matemático y que estaba orientada a comprobar hipótesis mediante métodos experimentales y no mediante la observación y la inducción. Según Kenneth Shepsle y

¹¹³ “The Economic Approach to Human Behavior”, en Jon Elster (ed.), *Rational Choice*, Nueva York, Universidad, 1986, p. 111 (en adelante, “The Economic Approach”).

¹¹⁴ *Ibid.*, pp. 108 s.

Mark Bonchek, la teoría moderna de la economía ha logrado construir un prominente edificio intelectual mediante una firme vocación explicativa —en oposición a la descriptiva—, que le ha permitido, como a ninguna otra ciencia social, presentar explicaciones lógicas, rigurosas y empíricamente significativas y, además, hacer predicciones.¹¹⁵

Según este relato, la expresión más acabada de la perspectiva económica en ciencia política es la teoría de la elección racional. William H. Riker, uno de los actores más relevantes en la historia de la apropiación de la perspectiva económica en ciencia política, consideró que la renuencia de algunos politólogos a adoptar la elección racional explica el rezago de la disciplina respecto a las ciencias naturales.¹¹⁶

Así, la económica neoclásica se presenta ante las diferentes disciplinas sociales como el modelo que deben emular para alcanzar el estatus de ciencia y volverse verdaderamente explicativas, pues ofrece una base común sobre la cual es posible entender cualquier expresión de comportamiento humano. En virtud de un conjunto de axiomas y supuestos que derivan de la economía, la ciencia política ve por primera vez la ocasión de constituir una teoría acumulativa que posee una lógica interna robusta, la cual a su vez se inserta en una gran teoría de ciencia social unificada y coherente. A pesar de que —en algunos casos— se reconoce que la perspectiva es imperfecta, se justifica su adopción con el argumento de que acerca la estructura metodológica de la ciencia política

¹¹⁵ Gabriel A. Almond, “Political Science: The History of the Discipline”, en Robert E. Goodin y Hans Dieter Klingemann (eds.), *A New Handbook of Political Science*, Oxford, University Press, 1996, p. 86; Kenneth A. Shepsle y Mark S. Bonchek; *Analyzing Politics: Rationality, Behavior, and Institutions*, Nueva York, Norton, 1997, p. 21.

¹¹⁶ “Political Science and Rational Choice”, en James E. Alt y Kenneth A. Shepsle (eds.), *Perspectives on Positive Political Economy*, Cambridge, University Press, 1990, *apud* Andrew Hindmoor, *Rational Choice*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2006, p. 1.

a las formas de la física y otras ciencias naturales, lo que, se asegura, le permite concentrarse en la explicación y el análisis.¹¹⁷

TEORÍA DE LA ELECCIÓN RACIONAL EN UNA NUEZ

La teoría de la elección racional es un sistema de pensamiento que usa la lógica de mercado y los instrumentos de la economía neoclásica para explicar los fenómenos sociales —especialmente los políticos—; es una perspectiva académica para la que los fenómenos sociales son resultado de las interacciones de individuos egoístas, los cuales emprenden estrategias que, según su cálculo, les permitirán alcanzar la mejor circunstancia posible.

Como explican Shepsle y Bonchek, la elección racional es una forma de individualismo metodológico. En él, los procesos políticos y sus resultados derivan de las acciones e interacciones de su unidad básica de análisis: el sujeto, que actúa con el propósito de maximizar su utilidad a partir de sus creencias, preferencias y expectativas en el marco de estructuras que constriñen sus alternativas. Distingue a esta perspectiva el supuesto de que las acciones y decisiones de los actores tienen mucho mayor peso en la configuración de los fenómenos que las estructuras en que se enmarcan estas estrategias individuales. En este sentido, las instituciones son conjuntos de reglas —incentivos y restricciones— a las que los individuos responden racionalmente.¹¹⁸

¹¹⁷ “The Economic Approach”, p. 119; G. A. Almond, art. cit., p. 86; K. A. Shepsle y M. S. Bonchek, *op. cit.*, p. 8.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 19; A. Hindmoor, *op. cit.*, p. 1; B. Guy Peters, *Institutional Theory in Political Science. The New Institutionalism*, Londres, Continuum, 2000, 1.^a reimpr., pp. 44 ss.

Supuestos de la teoría

A pesar de que hay algunas diferencias entre escuelas y practicantes del *rational choice*, comparten un núcleo epistemológico y filosófico, una serie de supuestos con base en los cuales ofrecen explicaciones.¹¹⁹ La lista que aquí se elabora se centra en sus ideas sobre la naturaleza humana, en sus formas de entender las relaciones sociales y en su pensamiento sobre las consecuencias de nuestros actos en el *statu quo*:

1. Racionalidad de los actores. La teoría supone que los actores son racionales, lo cual significa que, en una situación, comparan los escenarios y eligen el que prefieren entre los posibles, es decir, el que maximiza su utilidad esperada; posteriormente, ponen en práctica la estrategia (acción o conjunto de acciones) que les permitirá alcanzarlo.¹²⁰

En este enfoque, la cualidad de racional se circunscribe al juicio del comportamiento. Según Anthony Downs, en la perspectiva económica la mejor alternativa es la que representa el menor uso posible de recursos escasos por unidad de resultado deseado. Por tanto, una acción es racional si representa la mejor alternativa

¹¹⁹ Según la clasificación de B. Guy Peters, hay cinco formas principales en que se ejerce la teoría de la elección racional. 1. Las instituciones como reglas; se las define así pues permiten, dictan o prohíben ciertos comportamientos y se respetan por los beneficios que los individuos obtienen de ellas. Su principal representante es Elinor Ostrom y puede incluirse también la historia económica institucional de Douglas North. 2. Mecanismos de decisión (*decision rules*): debido a la imposibilidad de Arrow (que se detalla *infra*, p. 69), es necesario establecer normas que limiten los posibles escenarios y que encaucen las preferencias de los actores; las instituciones ofrecen, pues, la estabilidad necesaria para lograr acuerdos. 3. Individuos en las organizaciones. Se atribuye aún mayor capacidad a los individuos para maximizar su beneficio mediante las instituciones y se considera que pueden modificarlas con facilidad; entre los practicantes más conocidos está William Niskanen con sus estudios sobre la burocracia. 4) Modelos de agente principal: su principal preocupación es el diseño de las estructuras en las que el agente principal (el Congreso de un país, por ejemplo) pueda satisfacer sus deseos mediante el comportamiento del agente secundario (*agency*, una entidad gubernamental, *v. gr.*). Las consideraciones de incentivos y castigos son particularmente relevantes. 5) Versiones institucionales de teoría de juegos. Desde la perspectiva de Peters, el acatamiento de reglas y compromisos es el tema principal de la teoría institucional en general y puede expresarse en un conjunto de juegos en los que participan actores (normalmente legisladores) que buscan que otros (normalmente burócratas), se comporten conforme a las reglas establecidas, quienes, a su vez, buscan ampliar su margen de acción. Esta forma se diferencia de los modelos de agente principal en que el acatamiento suele obtenerse mediante reglas bilaterales y en aquéllos mediante mecanismos de control unilaterales (*op. cit.*, pp. 46-52).

¹²⁰ Jon Elster, "Introduction", en *op. cit.*, p. 5.

para alcanzar el escenario preferido o, en todo caso, será más o menos racional en comparación con otras según su capacidad para llevar al individuo a este punto. Sólo puede evaluarse, entonces, la racionalidad de las acciones en tanto medio para alcanzar un objetivo y no se debe juzgar la racionalidad de los objetivos, porque no pertenecen a esta esfera.

Se trata, pues, de un juicio utilitario, no de uno ético u ontológico. La definición de racionalidad en la perspectiva económica, dice Downs, se aleja de las tradicionales, que refieren a procesos de pensamiento libres de prejuicios, exentos de emociones o que se componen exclusivamente de proposiciones lógicas. En este enfoque, la racionalidad supone que “los individuos maximizan su bienestar como ellos lo entienden, sin importar que sea egoísta, altruista, leal, malicioso o masoquista”, dice Gary Becker.¹²¹

Una persona es racional si 1) siempre puede tomar una decisión ante un conjunto de alternativas; 2) puede jerarquizar esas alternativas según sus preferencias, de forma tal que cada una resulta superior, inferior o indiferente respecto al resto; 3) sus preferencias son transitivas, es decir, si prefiere una alternativa sobre otra, significa también que ésta le resulta menos deseable que las que se prefiere sobre la primera (si elige B sobre C y A sobre B, necesariamente elegirá A sobre C); entre las opciones disponibles, siempre escogerá la que se encuentre en el lugar más alto en su orden de preferencias; 5) toma la misma decisión cada vez que se le presentan las mismas alternativas.¹²²

2. Naturaleza humana. La teoría de la elección racional supone que hay un conjunto de características que determinan el comportamiento de las personas. Como es

¹²¹ Anthony Downs, *An Economic Theory of Democracy*, Nueva York, Harper and Row, 1957, p. 5; Gary S. Becker, “The Economic Way of Looking at Life”, en Torsten Persson (ed.), *Nobel Lectures, Economics 1991-1995*, Singapur, World Scientific Publishing, 1997, p. 38.

¹²² A. Downs, *op. cit.*, p. 6.

propio de cualquier idea de naturaleza humana, estas atribuciones son inherentes a los individuos, por lo que son válidas para todos y en todo tiempo y lugar. En breve: sabemos claramente lo que queremos, somos seres maximizadores (buscamos colocarnos en la mejor circunstancia posible), estratégicos (encaminamos nuestras acciones a la conquista de objetivos), egoístas (en caso de competencia, preferimos el logro de las metas propias al del resto) y tenemos preferencias eminentemente estables (no suelen cambiar con el transcurso del tiempo).

Hay más. La teoría no sólo supone que estas características definen la forma en que intentamos alcanzar objetivos; con frecuencia supone que deseamos las mismas cosas. Es decir, la idea de naturaleza humana no se reduce a tener un mismo tipo de razonamiento, sino los mismos deseos, las mismas preferencias. Dice Becker: “suponemos que las preferencias no cambian sustancialmente en el tiempo, que no son muy distintas entre personas ricas y pobres o incluso entre personas de diferentes sociedades y culturas”.¹²³

Según Anthony Downs, estos supuestos hacen posible que las acciones y las interacciones se tomen como objeto de estudio, pues permite ver patrones de comportamiento y hacer predicciones. Este autor admite que no hay motivos para suponer que el comportamiento sea, en efecto, racional en estos términos; no obstante, justifica su utilidad aduciendo que la teoría económica se ha erigido sobre esta forma de entender la racionalidad. Para Gary Becker, los supuestos sobre el comportamiento maximizador, el equilibrio del mercado y las preferencias estables constituyen el corazón de la perspectiva económica.¹²⁴

¹²³ “The Economic Approach”, pp. 109 s.

¹²⁴ A. Downs, *op. cit.*, p. 4; “The Economic Approach”, p. 110.

3. Las preferencias están dadas; es decir, la teoría no toma en cuenta su origen ni intenta dilucidarlo. Simplemente supone que la jerarquía de preferencias de los individuos se conoce al observar sus decisiones. A este ejercicio heurístico se denomina “preferencias reveladas” y su autoría se atribuye a Paul A. Samuelson.¹²⁵ Explica James Bohman que este concepto hace posible sortear las preguntas sobre la racionalidad intrínseca de las creencias y deseos de los actores, lo que permite concentrarse en el comportamiento. Simplemente, las preferencias se toman como dadas y cualquier consideración sobre su racionalidad ajena a la consistencia en la jerarquía de las mismas a lo largo del tiempo es irrelevante para explicar la acción. En este sentido, dicen Shepsle y Bonchek que es necesario suponer cuáles son las preferencias, “porque las personas no las llevan puestas en la frente”.¹²⁶

4. Idea de la política. La política es, básicamente, un conjunto de dilemas de acción colectiva, los cuales son circunstancias en que el comportamiento de un grupo de individuos lleva a resultados subóptimos, es decir, al menos uno de los actores podría mejorar su situación sin perjudicar al resto. Normalmente, se llega a estos resultados por falta de arreglos institucionales que obliguen al comportamiento pactado; los ejemplos típicos son el dilema del prisionero y la tragedia de los comunes.¹²⁷

5. Importancia de las instituciones. Las instituciones tienen un peso muy importante en esta teoría, la cual pertenece a un movimiento en ciencia política que reincorpora al análisis el papel que éstas desempeñan en los fenómenos sociales, pues el

¹²⁵ El autor detalla el concepto y su uso en “A Note on the Pure Theory of Consumer's Behaviour”, *Economica*, 5 (1938), pp. 61-71.

¹²⁶ J. Bohman, “The Limits of Rational Choice Explanation”, en James S. Coleman y Thomas J. Fararo (eds.), *Rational Choice Theory: Advocacy and Critique*, Newbury Park (California), 1992, pp. 209 s.; A. K. Shepsle y M. S. Bonchek, *op. cit.*, pp. 16 s.

¹²⁷ Peter A. Hall y Rosemary C. R. Taylor, “Political Science and the Three New Institutionalisms”, *Political Studies*, 44 (1996), p. 945.

conductismo —la escuela dominante entre los años cincuenta y setenta en Estados Unidos— desdeñaba su relevancia. Para los neoinstitucionalistas del *rational choice*, las instituciones estructuran las interacciones sociales mediante reglas, incentivos y sanciones que permiten a los individuos elaborar estrategias para maximizar su beneficio, y esas estrategias, en conjunto, llevan a condiciones de equilibrio Nash.¹²⁸ Como explican Peter A. Hall y Rosemary C. R. Taylor, para este enfoque las instituciones reducen los costos de transacción y, de esta manera, permiten alcanzar equilibrios Nash,¹²⁹ la condición natural a la que, según esta forma de entender el mundo, tienden las estructuras sociales. En palabras de William H. Riker, “en la teoría de ciencia social, los equilibrios son valiosos —esenciales, de hecho— porque son las consecuencias de las decisiones necesarias y suficientes para que ocurran”.¹³⁰

Los practicantes de la teoría de la elección racional se apoyan en la noción de equilibrio porque identificar las condiciones que hacen posible un fenómeno permite predecir si sucederá o no,¹³¹ y —como se ha señalado— la capacidad predictiva es uno de los objetivos principales de la idea de ciencia que rige a esta perspectiva analítica.

Las instituciones son una herramienta que reduce la incertidumbre sobre los resultados de una acción, pues ofrece expectativas sobre las acciones de los demás mediante reglas, algunas de ellas son sanciones sobre ciertos comportamientos (las cuales

¹²⁸ Jack Knight, *Institutions and Social Conflict*, Nueva York, Cambridge University Press, 1992, p. 54. Se ofrece una explicación más detallada del movimiento neoinstitucional *infra* pp. 76 *ss*. Escribo “incentivos” y “sanciones” en lugar de “incentivos positivos y negativos” —como es común entre los teóricos y seguidores de la elección racional— puesto que el primer término tiene sólo connotación positiva; no hay cosa tal como incentivo negativo. Incentivo: cosa agradable que se ofrece o que se espera obtener mediante un esfuerzo o trabajo, y que anima a realizar éste (María Moliner, *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos-Colofón, 3.^a ed., 2007, t. 1, s. *v.* INCENTIVO).

¹²⁹ P. A. Hall y R. C. R. Taylor, art. cit., pp. 939 *ss*. Ver también Randall L. Calvert, “Rational Actors, Equilibrium, and Social Institutions”, en *id.* e Itai Sened (eds.), *Explaining Social Institutions*, Ann Arbor (Michigan), The University of Michigan Press, 1995, pp. 73 *s*.

¹³⁰ “Political Science and...”, p. 175, *apud* A. Hindmoor, *op. cit.*, p. 20.

¹³¹ A. Hindmoor, *op. cit.*, p. 20.

elevan los costos de transacción de incurrir en ellos). Las instituciones no logran eliminar la incertidumbre, pero restringen las estrategias a que pueden recurrir los actores en su afán de maximizar beneficios. Sin recursos para disminuir la incertidumbre, *id est* sin instituciones, la acción estratégica sería imposible porque los individuos no podrían pronosticar los resultados de sus acciones.¹³²

Para el neoinstitucionalismo de elección racional, el surgimiento de una institución es el desenlace de un proceso cuasicontractual en que actores relativamente iguales e independientes resuelven los problemas de acción colectiva que obstaculizaban su maximización de beneficios en condiciones de *tabula rasa*; se trata de actores con preferencias e incentivos y sin una estructura previa, cuando menos sin una estructura capaz de influir en el diseño institucional. En la lógica de competencia en que se inscribe este análisis, si una institución persiste, significa que los actores relevantes obtienen más beneficios con esta institución que con otras. Según Hall y Taylor, la explicación del surgimiento institucional bajo esta perspectiva requiere razonamiento deductivo para, primero, develar las funciones que desempeña una institución y, después, identificar cómo afecta a los actores para los que resulta relevante.¹³³

El cambio se considera exógeno, ajeno a la estructura de relaciones que la institución regula. No hay razones para el cambio interno, pues en cada circunstancia

¹³² J. Knight, *op. cit.*, pp. 53 y 58. Algunas de las definiciones más representativas de institución son: conjunto de reglas que estructura las relaciones sociales en forma de equilibrio (*ibid.*, p. 54); conjunto de reglas e incentivos que establece las condiciones en que se desarrolla la racionalidad limitada y, por tanto, condiciona el espacio político en que los actores se desempeñan (B. G. Peters, *op. cit.*, p. 44.); para Randall Calvert no hay elementos específicos que estrictamente puedan identificarse como instituciones, pues sólo son nombres que otorgamos a partes de algunos equilibrios, particularmente cuando se trata de expectativas sobre el comportamiento, sobre sus reacciones de otros y cuando se trata de estrategias a que se recurre en una en una situación durante un periodo prolongado (art. cit., pp. 73 s.).

¹³³ Ver P. A. Hall y R. C. R. Taylor, art. cit., pp. 945 y 952 y B. G. Peters, *op. cit.*, pp. 47 y 54. Según Guy Peters, el modelo de agente principal, una de las formas que toma la teoría de la elección racional, se centra en explicar cómo emergen las instituciones a partir de decisiones individuales; las otras cuatro formas, en cambio, suelen omitir palabra sobre el surgimiento y diseño de las instituciones (*ibid.*, p. 58).

particular las instituciones permiten a cada jugador colocarse en la mejor situación a la que puede aspirar y, en consecuencia, ninguno tiene incentivos para modificar el *statu quo*. El cambio es un suceso espontáneo, no un proceso paulatino; aparentemente, ocurre cuando la institución deja de cumplir los objetivos para los que se diseñó.¹³⁴

Instrumentos analíticos

1. Teoría de juegos: es la principal herramienta de la teoría de la elección racional. Los juegos son representaciones matemáticas de las posibilidades estratégicas a las que se puede recurrir en situaciones claramente definidas. La teoría de juegos supone circunstancias en las que hay individuos con la naturaleza humana que se describió, recursos medibles que pueden ganarse o perderse, reglas que rigen las acciones de los jugadores y algunos algoritmos de decisión (a los que se denomina racionalidad).

En una clasificación general, los juegos se subdividen en cooperativos y no cooperativos. En los primeros, los jugadores elaboran sus estrategias en coordinación con otros; en los segundos la cooperación está prohibida o es imposible desde un punto de vista racional. Según los adeptos de estas herramientas, son precisamente estas consideraciones de conflicto y cooperación las que hacen de ésta una herramienta atractiva para el análisis institucional. La regularidad y estabilidad que caracterizan a las acciones las hace susceptibles de tener explicaciones causales; por esa razón, resulta fundamental para la teoría de juegos que el comportamiento de los actores sea consistente, que las reglas no cambien y que el ambiente sea estable.¹³⁵

¹³⁴ *Ibid.*, p. 56.

¹³⁵ *Against Mechanism*, pp. 64 y 85.

Buena parte de la teoría de juegos se ha concentrado en las implicaciones del teorema de Arrow (o imposibilidad de Arrow), el cual establece que ningún método de elección social es satisfactorio; es decir, si una decisión recae en cuando menos dos agentes y si hay tres o más opciones disponibles, es imposible alcanzar una solución que cumpla con las siguientes condiciones. 1) Dominio no restringido o universalidad: el mecanismo dará cabida a todos los órdenes individuales de preferencia, cualesquiera sean, y los estructurará en un solo orden general. 2) No imposición o condición débil de Pareto: cada orden social de preferencia debe ser viable, lo que significa que debe poder consolidarse mediante órdenes de preferencia individuales. 3) No hay “dictador”: la elección social no acata el orden de preferencias de un solo individuo sin considerar los de los demás. 4) Independencia de alternativas irrelevantes: considerando los órdenes de preferencia individuales, los procesos sociales de toma de decisión dejan fuera las alternativas que no son viables (o sea, las que no se construyen considerando las preferencias individuales). 5) Representatividad transitiva: si un individuo cambia su jerarquía de preferencias para colocar una de sus opciones en una mejor posición que la anterior, el orden social debe procesarla para evaluar si tiene repercusiones en el agregado grupal de preferencias.¹³⁶

En resumen, puesto que en el orden general (social) las preferencias no son transitivas (hay alternativas que “empatan”, por lo que no hay una jerarquía clara), cualquier propuesta con mayoría de votos puede ser derrotada por alguna alternativa. La

¹³⁶ Ellen M. Immergut, “El núcleo teórico del nuevo institucionalismo”, en Víctor Alarcón Olguín (coord.), *Metodologías para el análisis político. Enfoques, procesos e instituciones*, México, UAM, 2006, pp. 398 s.; María Victoria Rodríguez Uría y Elena Consuelo Hernández, “Elección social. Teorema de Arrow”, Universidad de Oviedo-Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, doc. de trabajo 108, 1996, pp. 5 s. y 15 s.

solución a la paradoja son las instituciones, que dan lugar a un equilibrio a partir de estructuras, con el objetivo de que algunos resultados sean más factibles que otros.¹³⁷

2. Modelos: representaciones simplificadas de una situación real a partir de sus características principales; según Andrew Hindmoor, es una forma de razonamiento deductivo que usan los científicos sociales para suponer cómo podrían actuar las personas en circunstancias particulares. Shepsle y Bonchek explican que estos instrumentos son necesarios porque los fenómenos son conjuntos complejos de características —con frecuencia demasiado complicados para entenderlos directamente— y, en consecuencia, dependemos de aproximaciones para esclarecerlas.¹³⁸

Fundamentos filosóficos del rational choice

Para Peter Wagner, la teoría de la elección racional es una teoría propia de la modernidad, pues toma como postulados fundamentales la autonomía, la capacidad de los individuos para actuar según sus convicciones. Por tanto, dice Wagner, esta perspectiva se sustenta en un compromiso férreo con la libertad y el reconocimiento de la racionalidad humana, lo que, en términos más amplios, significa entender la autonomía y la pericia como la doble representación de la modernidad.¹³⁹

William H. Riker compartía esta opinión; de hecho la supuesta defensa de la libertad fue una de las razones de peso que lo llevaron a adoptar el *rational choice*, pues, como afirmó, se sintió atraído por las herramientas económicas, en particular por la

¹³⁷ E. M. Immergurt, art. cit., pp. 298 s.; Robert E. Goodin, *The Theory of Institutional Design*, Nueva York, Cambridge University Press, 1996, p. 11.

¹³⁸ A. Hindmoor, *op. cit.*, pp. 2 s.; K. A. Shepsle y M. S. Bonchek, *op. cit.*, p. 9.

¹³⁹ “The Bird in Hand: Rational Choice — the Default Mode of Social Theorizing”, en Margaret S. Archer y Jonathan Q. Tritter (eds.), *Rational Choice Theory: Resisting Colonization*, Londres, Routledge, 2000, p. 25.

teoría de juegos, porque, aduce, permitían dar justo reconocimiento a la libre elección, al admitir que los actores conocen sus preferencias y estiman la posibilidad de satisfacerlas mediante distintas estrategias. Relata el politólogo que esta teoría resultaba especialmente llamativa en un tiempo en que dominaban los sistemas de pensamientos deterministas, como el marxismo o el idealismo histórico hegeliano, “que hacían de los humanos agentes mecánicos de las fuerzas de la historia o el simple móvil de una fuerza exógena”.¹⁴⁰

NEOLIBERALISMO, IMPULSO DEFINITIVO

Como se ha dicho, la historia de la teoría de la elección racional para constituirse como la perspectiva dominante en ciencia política es larga, compleja y es posible debido a que confluyen en ella razones diversas y de naturaleza distinta. Una de las principales es el éxito de otro proceso, también de gesta larga y con repercusiones mucho mayores. Desde hace aproximadamente cuatro décadas vivimos un periodo histórico particular, el neoliberalismo, que se diferencia claramente de los decenios y siglos que lo precedieron. Caracteriza a esta etapa una nueva forma de organización económica, la del libre mercado —libre comercio internacional, reducción de impuestos, de gasto público, de déficit, de inflación, privatización de activos públicos—; otra idea de la política, que imagina un funcionamiento idéntico al del mercado —con individuos que sólo buscan obtener el máximo beneficio personal— y que desconfía de lo público por ser ineficiente y corrupto; con la necesidad de un Estado que, contrario a la creencia popular sobre el

¹⁴⁰ “The Entry of Game Theory into Political Science”, en E. Roy Weintraub (ed.), *Toward a History of Game Theory*, Durham, Duke University Press, 1992, p. 210 (suplemento anual de *History of Political Economy*, 24 [1992]).

neoliberalismo, se necesita fuerte, al menos lo suficiente para sostener y expandir la lógica de mercado; hay también una concepción particular de la naturaleza humana, una idea de la ciencia y una estructura moral distinta. En conjunto, los distintos procesos que dieron lugar al neoliberalismo cristalizaron en un giro civilizatorio con una sociedad “intensamente individualista, privatista, insolidaria, más desigual y satisfecha, conforme con esa desigualdad”.¹⁴¹

Para fines de este capítulo —explicar el predominio de la economía y de la perspectiva de la elección racional—, interesa explicar con algún detalle las últimas tres características: la concepción de naturaleza humana, la estructura moral y la idea de ciencia. Sobre la primera, dice Fernando Escalante que el cambio cultural consiste “en la nueva vida del mito de naturaleza humana egoísta, convertido en soporte de un programa de transformación social de gran escala”. La idea de que los individuos somos racionales, calculadores, egoístas, maximizadores se vuelve obvia y marca a la civilización entera porque se vuelve parte del sentido común; es una de las premisas a partir de las cuales entendemos el mundo y el lugar que ocupamos en él. Así, los “individuos del nuevo siglo han aprendido a modelar su conducta, y a interpretar su experiencia a partir de esos supuestos”.¹⁴²

Este movimiento cultural se caracteriza también por un esquema moral particular, derivado, en buena medida, de la idea de naturaleza humana:

El motivo básico de la retórica neoliberal es la eficiencia. El mercado es el único recurso para procesar información —si lo que se quiere es un mercado eficiente. Pero en la práctica suele

¹⁴¹ Fernando Escalante Gonzalbo, *Historia mínima del neoliberalismo*, México, Colmex, 2015, pp. 20 s.s. y 110 s. (en adelante, *Historia mínima del neoliberalismo*); David Harvey, “Neoliberalism as Creative Destruction”, *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 2007, núm. 610, pp. 22 s.; Dieter Plehwe, “Introduction”, en Philip Mirowski e *id.* (eds.), *The Road from Mont Pelerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2009, pp. 13 s.

¹⁴² *Historia mínima del neoliberalismo*, pp. 148 y 161.

acompañarse el argumento con una idea moral. El mercado forja el carácter, el mercado produce virtudes: responsabilidad, puntualidad, prudencia. [Y es así puesto que] el dinero confiere a la gente el poder de elegir un bien o un servicio, mientras que al ofrecer ese mismo servicio en especie se le niega ese poder; no sólo eso, sino que los pobres a quienes se procura el servicio en especie nunca aprenderán lo que es la elección, el juicio, el discernimiento, la responsabilidad. El mercado educa en la virtud.¹⁴³

Es una estructura moral en la que la libertad individual es el valor predominante y que para garantizarla es necesario defender el mercado, pues es su expresión práctica, concreta, y cualquier acción, cualquier regulación que modifique el funcionamiento natural del mercado atenta contra ella; así, la libertad económica, con su defensa de los derechos de propiedad e intercambio, es *conditio sine qua non* de la libertad política.¹⁴⁴

El neoliberalismo conserva, en términos generales, la veneración a la ciencia y la noción de la misma que caracterizan a la modernidad, fenómenos que se explicaron en el capítulo anterior: se la considera la única herramienta capaz de descubrir las leyes que rigen el mundo, de mostrarlo tal cual es y, además, se piensa en ella como la única capaz de llevarnos a las etapas más elevadas de desarrollo. La novedad en el neoliberalismo, más que en formar una nueva idea de ciencia, radica en haber encontrado en el mercado la herramienta para construir la sociedad perfecta, ordenada y eficiente. Y este hallazgo tiene consecuencias sobre la actitud reverencial de la civilización frente al conocimiento; al ser la economía la encargada de estudiar el mercado, se erige como depositaria específica de buena parte de los afanes idólatras hacia la ciencia. Así, en el panteón de la ciencia, la economía escala sobre el resto de las disciplinas para colocarse como uno de los númenes predominantes.

¹⁴³ *Ibid.*, p. 161. En un sentido cercano, Javier Elgueta explica que algunos economistas neoclásicos, Paul Samuelson, por ejemplo, han argumentado que los mercados son en sí “una escuela para la sociabilidad y la creación de capital social al incentivar a los individuos a coordinarse unos con otros para su beneficio personal” (*Razón y desarrollo: el crecimiento económico, las instituciones y la distribución de la riqueza espiritual*, México, Colmex, 2008, p. 184).

¹⁴⁴ *Historia mínima del neoliberalismo.*, pp. 21 y 55.

La economía ofrece a los postulados ideológicos del neoliberalismo métodos, formas de argumentar y, sobre todo, la legitimidad de la ciencia.¹⁴⁵ A esto puede agregarse que la economía también se ha beneficiado enormemente del triunfo del neoliberalismo. Cuando éste transforma el sentido común al asentar que la lógica de mercado rige las estructuras sociales, que podemos comprenderlas con base en la ciencia y que las personas somos egoístas y maximizadoras, se vuelve lógico que la economía ocupe un lugar preponderante entre las ciencias, pues, en primer lugar, se dedica a estudiar el mercado, el ámbito de las relaciones humanas que nos llevará al progreso; en segundo lugar, había defendido durante decenios la idea del *homo oeconomicus*; en tercer lugar, había adoptado el método científico mucho tiempo atrás.

En suma, el neoliberalismo se instaló, en parte, gracias a los recursos que obtuvo de la economía neoclásica, pero ésta también se benefició profundamente de aquél para consagrarse como la ciencia social más pura. Así, se ha construido entre la economía y el neoliberalismo una relación simbiótica en la que el principal valor de cambio es la legitimidad. La ideología neoliberal adquiere un cariz científico, mientras la economía conquista el lugar predominante que reclamaba entre las disciplinas sociales.

DESARROLLO DE LA CIENCIA POLÍTICA

La vocación científica

Según el relato tradicional, el estudio de la política se concentró durante siglos en la descripción y en la prescripción normativa de la “buena sociedad” y no en la explicación de los fenómenos. Los desarrollos orientados al estudio científico de Comte, Mill, Marx,

¹⁴⁵ *Ibid.*, pp. 55 s. y 121.

Spencer, Weber, Durkheim, Pareto, Michels, Mosca y otros en sociología y economía no habían hecho eco en la disciplina.¹⁴⁶ En los primeros decenios del siglo XX, pese a algunos estudios empíricos sobre los procesos políticos y gubernamentales, el análisis de la política en las universidades estadounidenses era esencialmente legal, histórico y filosófico. La Universidad de Chicago ocupa un papel protagónico entre quienes consideran que en este tiempo se logró el anhelado vuelco de la disciplina hacia la explicación y la vocación científica, pues —se dice— demostró entre los decenios de 1920 y 1940, bajo el liderazgo de Charles Merriam, que era posible acceder a etapas superiores de conocimiento mediante investigaciones interdisciplinarias que incluyeran métodos cuantitativos.¹⁴⁷

Para mediados de siglo, la demanda de explicaciones sobre el mundo social y el comportamiento humano había aumentado considerablemente: las empresas buscaban mecanismos para mejorar sus ventas y crear nuevos mercados; los políticos conocer las preferencias e intereses de los votantes. En estas circunstancias, y como una ágil respuesta a la nueva demanda que imponía el mercado de conocimiento, las instituciones académicas ofrecieron sus servicios, principalmente, la Universidad de Chicago con el

¹⁴⁶ G. A. Almond, art. cit., p. 65. Para Leo Strauss, Max Weber fue quien legitimó el positivismo en la ciencia social moderna, con la separación de hechos y valores, con la neutralidad ética y el esfuerzo para eliminar los juicios de valor en el análisis (*What is Political Philosophy?*, Chicago, Universidad, 1959, *apud* G. A. Almond, art. cit., p. 79). Cf. Luis Aguilar Villanueva, para quien la idea de Weber como “científico a ultranza, pretenciosamente neutral, aséptico y harvardiano” es una interpretación imprecisa, parcial y desinformada. “Si por neutralidad se entiende la posibilidad de un desprendimiento de los valores por parte del científico, de su despolitización y desideologización como condición necesaria para la realización de la ciencia, hay que decir que ésta nunca ha sido la afirmación de Weber, sino de la interpretación positivista, parsoniana de su obra... Si por neutralidad se entiende, en cambio, la imposibilidad de que la ciencia pueda demostrar la validez intrínseca de los valores en los que la política se inspira y quiera implantar socialmente, así como la imposibilidad de predecir el éxito de una política, sobre todo si es revolucionaria y enfrenta por tanto el monopolio de la coacción física, esto sí ha sido siempre y radicalmente defendido y demostrado por Weber” (“La política después de las ilusiones”, *Nexos*, 1981, núm. 38, pp. 3-11).

¹⁴⁷ G. A. Almond, art. cit., p. 65.

National Opinion Research Center, la Universidad de Michigan con el Institute for Social Research y la Universidad de Columbia con el Bureau of Applied Social Research.¹⁴⁸

El conductismo y los nuevos institucionalismos

Entre los años cincuenta y setenta, el conductismo dominaba la disciplina. Sus esfuerzos se concentraban en dar cuenta de los procesos gubernamentales y políticos tomando el comportamiento de los individuos como base, con lo que relegaban la importancia de las instituciones para encauzar las acciones de los mismos. Estos estudiosos tenían el afán de no caer en el error de sus predecesores, los institucionalistas, cuyo análisis era estrictamente legal, formal, lo que los hacía suponer que el comportamiento se apegaba estrictamente a las leyes y los organigramas. Por tanto, las estructuras quedaban fuera de las investigaciones, tales como formas de Estado y de gobierno, legislaturas y sistemas legales.¹⁴⁹

Como respuesta a esta perspectiva, surgió un movimiento, más o menos articulado, llamado neoinstitucionalismo que pugnaba por reincorporar la importancia de las instituciones al análisis, por reconocer que las instituciones influyen en los procesos políticos y, definitivamente, en el comportamiento de los actores. Además, se criticaba del conductismo la falta de claridad sobre métodos, teorías y objeto de investigación; los detractores consideraron que, a pesar de que había cierta vocación científica en virtud de que se elaboraban hipótesis y se intentaba comprobarlas mediante observación empírica —y en algunos casos mediante herramientas cuantitativas—, la práctica no era

¹⁴⁸ *Ibid.*, p. 70.

¹⁴⁹ James G. March y Johan P. Olsen, *Rediscovering Institutions: The Organizational Basis of Politics*, Nueva York, The Free Press, 1989, p. 1; R. E. Goodin, *op. cit.*, p. 12.

estrictamente científica. En suma, se abogaba por el reconocimiento de que los fenómenos sociales son resultado tanto del comportamiento individual cuanto de la estructura en que se dan estas acciones.¹⁵⁰

El movimiento neoinstitucional tomó tres estilos académicos específicos: el de elección racional, el histórico y el sociológico. El primero se explicó detalladamente en el apartado correspondiente de este capítulo; conviene sólo insistir en que supone que las instituciones estructuran las interacciones sociales mediante reglas e incentivos que permiten a los individuos elaborar estrategias para maximizar su beneficio, y esas estrategias, en conjunto, llevan a condiciones de equilibrio Nash, es decir, a una situación en que todos los actores obtienen el mejor resultado al que, en esas circunstancias, podrían aspirar.

Para el institucionalismo histórico, las instituciones son parte de una cadena causal que explica los fenómenos sociales; en esta secuencia participan otros factores como los procesos de desarrollo socioeconómico y la difusión de las ideas. En el institucionalismo sociológico se considera que no sólo influyen las reglas escritas, procedimientos y normas, también sistemas de símbolos, estructuras cognitivas y patrones morales, que, junto con los anteriores, conforman los campos semánticos a partir de los cuales se desarrolla la actividad humana.¹⁵¹

No sobra mencionar que en economía también hubo una escuela neoinstitucional que, aunque tangencialmente, influyó en el desarrollo de los anteriores, especialmente en el de elección racional; se trató de una respuesta al hiperindividualismo de la perspectiva microeconómica y buscaba recuperar en el análisis la importancia de las circunstancias en

¹⁵⁰ E. M. Immergut, art. cit., pp. 389 s.; R. E. Goodin, *op. cit.*, p. 17.

¹⁵¹ P. A. Hall y R. C. R. Taylor, art. cit., pp. 942 ss.

que los mercados surgen y operan. El principal representante es Douglas North, pero también está Oliver Williamson, cuyos estudios de los costos de transacción generalizan las ideas de Ronald Coase sobre la naturaleza de la empresa en una teoría más amplia, en *The Economic Institutions of Capitalism*.¹⁵²

Surgimiento y desarrollo del rational choice

Hacia el final de los años cincuenta e inicio de los sesenta, algunos economistas — Kenneth Arrow, Anthony Downs, James Buchanan, Gordon Tullock y Mancur Olson— y un politólogo —William Riker— comenzaron a usar los ya probados y aparentemente exitosos métodos de la economía en el estudio de la política. Entre los trabajos más representativos están *Una teoría económica de la democracia*, de Downs, en 1957, *El cálculo del consenso*, de Buchanan y Tullock, en 1962, *La lógica de la acción colectiva*, de Olson, en 1965, y *Teoría de las coaliciones políticas*, de Riker, en 1962.¹⁵³

En esta primera etapa, buena parte del interés se centraba en dilucidar el comportamiento de los legisladores estadounidenses. Se observaba con sorpresa que, a

¹⁵² R. E. Goodin, *op. cit.*, p. 9. Son también neoinstitucionalistas porque hubo una escuela institucional en la economía estadounidense de la última parte del siglo XIX, que desapareció ante el predominio de la teoría neoclásica y su inspiración positivista. El primer institucionalismo fue el de John R. Commons y sus seguidores, quienes estudiaron las formas en que la acción colectiva se inscribía en lógicas institucionales y, de esa manera, formaba y constreñía las elecciones individuales; veían la economía como un proceso de aprendizaje, negociación y coordinación, no como el mecanismo que llevaba a una idea predestinada de equilibrio; consideraban que no hay una sola racionalidad económica, sino que se construye a partir de los rasgos sociales, culturales, históricos de cada lugar; pensaban que las instituciones son reglas compartidas que permiten a los individuos interpretar las acciones y el cambio; argumentaban que el estudio de la economía se basa en el análisis semiótico del intercambio, la producción y el consumo, por lo que se requiere observación participante para explicar las interpretaciones que los actores confieren a las transacciones. En buena medida, evidenciaban que la ortodoxia neoclásica no da cuenta de la realidad institucional de ninguna economía. Las generaciones de institucionalistas que prosiguieron a los pioneros abjuraron de la inspiración de Commons y su crítica a la perspectiva hiperindividualista, por lo que simplemente hicieron una llamada de atención para integrar la importancia de las instituciones en el paradigma neoclásico (*ibid.*, pp. 7 ss.; *Against Mechanism*, pp. 107-128).

¹⁵³ A. Hindmoor, *op. cit.*, p. 8; G. A. Almond, *op. cit.*, p. 85.

pesar de estar presentes las condiciones para que se cumpliera la imposibilidad de Arrow (la cual se detalla *supra* p. 70), se lograban acuerdos legislativos estables. Así, los pioneros del *rational choice* intentaron explicar esta contradicción entre la teoría y la práctica y descubrieron que era posible lograr mayorías en virtud de las normas que regulaban los procedimientos y de la organización del Congreso en comités; en pocas palabras, las instituciones reducen los costos de transacción necesarios para alcanzar acuerdos y permiten a distintos jugadores satisfacer sus intereses.¹⁵⁴

Según el relato del propio William H. Riker, la teoría de la elección racional representó para la ciencia política la oportunidad de abandonar el estatus precientífico y erigirse como una disciplina volcada a la explicación y no a la descripción. En sus palabras,

Para 1954, había diagnosticado que el problema de la ciencia política era que no se teorizaba. La “ciencia política” de esos días era simplemente un conjunto de formulaciones normativas aleatorias acerca de la buena sociedad, prácticamente sin referencias a los entramados institucionales... La teoría era casi exclusivamente deontológica, concebida —y comúnmente también escrita— en un ánimo prescriptivo. Eso fue lo que estudié en la escuela de posgrado de Harvard... A pesar de mi educación precaria en ciencia social, comencé a entender que, para ser científica, la ciencia política necesitaba modelos falsables sobre los fenómenos políticos, es decir, aseveraciones descriptivas refutables. Sin embargo, no había una teoría capaz de hacerlo... Había escasa generalización empírica y prácticamente ninguna teoría. Por esta razón, había buscado, aunque no sistemáticamente, métodos útiles para teorizar. [Los textos de Shapley y Shubik y de Kenneth Arrow] me llevaron a *The Theory of Games and Economic Behavior*, de Von Neumann y Morgenstern. Ahí encontré lo que pensaba que la ciencia política necesitaba para construir una teoría.¹⁵⁵

Al estudiar la política mediante la teoría de la elección racional fue posible analizar los fenómenos bajo la lógica del mercado, pues permitió entender que constituyen problemas de Arrow y que, de hecho, el desequilibrio perpetuo que resulta de la intransitividad de los sistemas de votaciones por mayoría es el problema central de la

¹⁵⁴ P. A. Hall y R. C. R. Taylor, art. cit., pp. 942 s.

¹⁵⁵ “The Entry of Game Theory...”, pp. 208 s. Se refiere al artículo “A Method of Evaluating the Distribution of Power in a Committee System”, de Lloyd S. Shapley y Martin Shubik, *American Political Science Review*, 48 (1954), pp. 787-792 y al libro *Social Choice and Individual Values*, de Kenneth Arrow, Nueva York, Wiley, 1951.

vida política. Así, las instituciones, al restringir las posibilidades que pueden someterse a votación, son la gran solución que permite alcanzar situaciones de equilibrio Nash.¹⁵⁶

En 1965, Buchanan y Tullock crearon la Public Choice Society, y un año después Tullock editó el primer número de la revista que se convertiría en el medio predilecto para la teoría de la elección racional: *Public Choice*. Durante el decenio siguiente, la perspectiva fue ganando adeptos conforme sus conceptos básicos y métodos se usaron en temas cada vez más diversos; paulatinamente, su popularidad cruzó la frontera de los círculos estrictamente académicos. Algunos teóricos de la elección racional incluso alcanzaron importantes cargos públicos, como William Niskanen, que presidió la Junta de Consejeros Económicos del presidente Ronald Reagan, mientras Mancur Olson fungió como asesor del gobierno soviético en sus procesos para instaurar el libre mercado y privatizar activos públicos.

En los años noventa, la teoría de la elección racional había consolidado su prestigio y se había convertido en la teoría predilecta entre una parte nutrida del gremio de politólogos. Como muestra la revisión que llevaron a cabo Donald P. Green e Ian Shapiro de la *American Political Science Review* —la revista más importante de la disciplina—, en esos años cuarenta por ciento de los artículos usaban la teoría de la elección racional. En un texto que formó parte del número que celebrara el veinticinco aniversario de *Public Choice*, Dennis Mueller pronosticaba que la perspectiva dominaría por completo la ciencia política en una generación o menos y que, eventualmente, el resto desaparecerían.¹⁵⁷

Para este momento, a pesar de los avances indiscutibles que alcanzó la teoría en sus afanes de coronarse como paradigma, aún había dudas entre muchos académicos

¹⁵⁶ R. E. Goodin, *op. cit.*, p. 11.

¹⁵⁷ A. Hindmoor, *op. cit.*, pp. 9 ss.

estadounidenses, mientras en Reino Unido lograba precaria aceptación entre los investigadores, prescindiendo de algunos departamentos de política, especialmente los de Essex y la London School of Economics; la Public Choice Society, por ejemplo, se fundó en Europa en 1972, pero atraía a más economistas que politólogos.¹⁵⁸

En 1994, Green y Shapiro elaboraron la crítica a la teoría de la elección racional que mayor conmoción ha causado en la disciplina. Los investigadores consideran que el principal problema es la falta de evidencia empírica; aducen que se ha desarrollado sofisticados modelos matemáticos que se prueban lógicamente, pero que no tienen sustento empírico alguno, no refieren al mundo real. Se argumenta, además, que en buena medida este error resulta de la ambición de encontrar leyes universales sobre el comportamiento político.¹⁵⁹

A pesar de la relevancia en la discusión académica que tuvo la crítica, el revuelo llegó en los primeros años del nuevo siglo, cuando se difundió ampliamente en los círculos universitarios el correo electrónico de un seudónimo, de quien se piensa era un estudiante de posgrado de ciencia política. Mr. Perestroika denunciaba el predominio y cuasimonopolio de la teoría de la elección racional sobre la Asociación Americana de Estudios Políticos (APSA, por sus siglas en inglés) y de la *American Political Science Review*. La difusión del mensaje despertó otras voces inconformes, que se expresaron en diferentes medios. En 2001, por ejemplo, doscientos investigadores firmaron una solicitud para llevar a cabo reformas en APSA; pugnaban principalmente por el pluralismo metodológico. Como resultado, se nombró presidente de la asociación a una de las

¹⁵⁸ *Apud ibid.*, p. 14.

¹⁵⁹ *Pathologies of Rational Choice Theory: A Critique of Applications in Political Science*, New Haven, Yale University Press, 1996, pp. 6 s. *et passim*.

simpatizantes de Mr. Perestroika, la reputada Theda Skocpol. La inconformidad tuvo eco también entre estudiantes de economía en universidades como Harvard, Cambridge y la Sorbona, que emitieron solicitudes a las autoridades académicas para integrar críticas a los modelos deductivos y a los supuestos de racionalidad en la enseñanza de la disciplina.¹⁶⁰

Desde el punto de vista de Andrew Hindmoor, la teoría de la elección racional no ha logrado dominar por completo la disciplina; considera que, después de las críticas que ha recibido, ha perdido el aura de omnipotencia que alcanzó en los años noventa, aunque conserva un papel preponderante y continúa influyendo decisivamente en la agenda de investigación. Dice Hindmoor que algunos académicos, de manera aislada, han relajado las exigencias del paradigma, sin abandonarlo, están probando nuevos métodos de investigación y están colaborando con politólogos de tradiciones distintas. Una de las innovaciones son las “narrativas analíticas”, que buscan concentrarse en el surgimiento y desarrollo de instituciones muy específicas, reconociendo su circunstancia histórica, en lugar de hacer preguntas generales y abstractas sobre el desarrollo institucional, y buscan incluir en el análisis las creencias y deseos particulares de los actores, en lugar de suponer sus intereses. El trabajo que mejor representa estas innovaciones es el libro colaborativo *Analytic Narratives*, que bajo el liderazgo de Robert H. Bates editó la Universidad de Princeton en 1998.¹⁶¹

El lugar que hoy ocupa la teoría de la elección racional en ciencia política responde, desde luego, al trayecto que se relata en este apartado; sin embargo, puede considerarse que se trata de la “historia oficial” de la disciplina, y puede llamársela así no porque sea

¹⁶⁰ A. Hindmoor, *op. cit.*, pp. 15 ss.

¹⁶¹ *Ibid.*, pp. 18 s.

falsa, sino porque amputa muchas de las razones y de las historias concomitantes sin las cuales no puede entenderse el *statu quo*. Es decir, hace falta atender la exigencia de Wittgenstein de tener en cuenta las circunstancias en que se da un fenómeno para comprenderlo.

La narrativa tradicional ignora que la idolatría de nuestra civilización a la ciencia llevó a los estudiosos de la política a emular a la economía neoclásica, ya que ésta había consolidado un discurso de superioridad frente al resto de las disciplinas sociales y se constituyó como un modelo para ellas; omite que el triunfo del neoliberalismo la legitimó como la ciencia capaz de explicar la realidad humana y ordenar el mundo social; finalmente, y como se detalla en el siguiente apartado, elude explicar que la economía neoclásica copió la estructura de la física del siglo XIX, un modelo de ciencia que los propios físicos corrigieron unos decenios más tarde, pero que los neoclásicos pasaron por alto.

LAS TRAMPAS DE LA FE

En el siglo XIX, la física había consolidado su prestigio como la más pura y más exacta de las ciencias, aseguraba ser cabalmente capaz de ejercer el método científico y estar por completo exenta de prejuicios e ideologías. Convencidos de que su campo de estudio podía erigirse también como ciencia, los economistas de la época emprendieron la proeza de llevar su disciplina hacia los niveles más elevados de conocimiento y de desarrollo intelectual. En ese momento, parecía obvio que asimilar las formas de la física era el mejor camino para alcanzar este objetivo, pues ésta, en primer lugar, epitomaba el quehacer científico y, en segundo, no había gran diferencia entre ambas, pues suponían

que las dos estudiaban procesos naturales, autorregulados, estables e independientes del tiempo.¹⁶²

En muy pocas palabras, los primeros economistas neoclásicos tomaron el modelo de la física decimonónica, copiaron las ecuaciones, cambiaron los nombres de las variables y defendieron que la “utilidad” se conservaba siempre en el sistema, igual que la energía en la primera ley de la termodinámica, es decir, supusieron que las transacciones económicas podían estudiarse de la misma forma que las transferencias energéticas en un campo cerrado.¹⁶³ Conviene explicar este proceso histórico con mayor detenimiento.

En sus intentos por emular a la física, no sorprende que los economistas hayan asimilado esta forma particular de entender la energía, pues la noción de “campo” se había asentado entre los físicos de diferentes áreas, quienes, de hecho, consideraron que lograría unificar a la ciencia bajo los principios de la energía. El concepto surgió en la mecánica y en la fluidodinámica, y el resto de las subdisciplinas echaron mano de la estructura algebraica que ofrecía, pues convinieron en que podía explicar prácticamente cualquier fenómeno que cumpliera algunas características. La novedad principal de este concepto recaía en considerar que la energía se encontraba en el espacio pero no necesariamente en los cuerpos que ocupaban ese espacio.¹⁶⁴

De manera similar, los economistas de la época buscaban una entidad invariable en la vida social que pudiera servir como base para la cuantificación y la formalización;

¹⁶² Philip Mirowski, *More Heat than Light. Economics as Social Physics: Physics as Nature's Economics*, Nueva York, Cambridge University Press, 1989, p. 159 (en adelante, *More Heat than Light*); *Historia mínima del neoliberalismo*, p. 57.

¹⁶³ *Against Mechanism*, p. 149; *Historia mínima del neoliberalismo*, p. 57.

¹⁶⁴ *More Heat than Light*, pp. 9 y 66 ss. Las características que los fenómenos debían cumplir para estudiarlos mediante la teoría de campos eran: que su propagación sufriera modificaciones ante cambios en la materia del espacio en cuestión, que pudiera esbozarse un modelo mecánico para observar el efecto de una acción en el medio y que hubiera energía en el espacio que separa los cuerpos (*ibid.*, pp. 66 ss.).

creyeron encontrarla en el concepto de *utilidad*. Así, imitaron los estudios de mediados del siglo XIX sobre la energía y adoptaron su estructura matemática. Philip Mirowski explica que la metáfora energética carece de fundamento epistemológico en la economía; en primer lugar, porque la definición de racionalidad como la maximización de una función en una entidad que conserva algún referente —en este caso la utilidad— es absolutamente gratuita, ya que hace una serie de suposiciones sin sustento empírico, por ejemplo, sobre las jerarquías de los objetivos (que se atribuyen *post hoc* y se consideran invariables), sobre el funcionamiento de la causalidad y sobre los procesos de satisfacción de deseos (utilidad decreciente).

En segundo lugar, la analogía es incompatible porque los equivalentes de los principios de conservación se asignaron arbitrariamente. A pesar de que la metáfora requería que la suma de energía cinética —es decir la suma de la utilidad y el gasto (el cual es equivalente al ingreso)— se conservaran en un sistema cerrado, los economistas neoclásicos usaron *ad libitum* los equivalentes de energía: ya la utilidad, ya el gasto, ya, como debían hacer, la suma de ambos.¹⁶⁵ Sin embargo, incluso cuando hicieron un uso de la metáfora más preciso —cuando sumaron utilidad y gasto—, llevaron a cabo una operación carente de sentido, pues lo que resulta de la adición de utilidad y gasto no se conserva y, en realidad, el postulado no tiene ningún significado para la teoría económica; es una mera exigencia formal que hace posible matematizar el intercambio comercial a partir de la analogía energética.¹⁶⁶

¹⁶⁵ Explica Mirowski que la conservación de la utilidad suele entenderse de manera equivocada, pues en ocasiones se interpreta que la utilidad es la misma antes y después del intercambio comercial, pero significa, en cambio, que *el campo de la utilidad* se conserva, que persiste prescindiendo de que haya intercambio (*Against Mechanism*, p. 42).

¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 19.

Una vez que se adoptó la metáfora de la utilidad como energía potencial, el resto del desarrollo teórico de la teoría neoclásica se construyó a partir de ella. El símil, sin embargo, no se aceptó sin problema en un principio. Entre los decenios de 1910 y 1940 muchos economistas —la mayoría, incluso— se mantuvieron renuentes, la encontraban incómoda y algunos la consideraron un absoluto sinsentido.¹⁶⁷

La incompatibilidad de la analogía no era el único problema. Una complicación mucho más evidente surgió pocas décadas después, pues la física reparó en que su concepto de energía —el que prometía la cohesión de la disciplina— estaba equivocado, y la razón principal era que este esquema no admitía el cambio, pues los fenómenos se consideraban perfectamente reversibles en el tiempo, por lo que la histéresis no era posible; es decir, la física del siglo XIX imaginaba un mundo sin historia.¹⁶⁸

Ante la evidencia imponderable del error en que se encontraban, en los últimos años del siglo XIX y principios del XX, las diferentes subdisciplinas de la física redefinieron sus conceptos y la propia estructura sobre la que sustentaban sus explicaciones: la termodinámica introdujo la irreversibilidad al determinismo laplaciano; la mecánica cuántica abandonó la continuidad de los niveles micro; la relatividad y la astrofísica consideraron la energía de la conservación como una mera simetría matemática, un recurso analítico útil pero prescindible; la teoría del caos resolvió las contradicciones entre determinismo e indeterminismo, entre otras innovaciones y correcciones.¹⁶⁹

¹⁶⁷ *More Heat than Light*, p. 359.

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 392; *Against Mechanism*, p. 152. Histéresis: Fenómeno por el que el estado de un material depende de su historia previa y que se manifiesta por el retraso del efecto sobre la causa que lo produce (Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe, 22.^a ed., 2001, t. 2, s. v. HISTÉRESIS).

¹⁶⁹ *More Heat than Light*, pp. 374 y 392.

La transformación de la física en el siglo XX parecía colocar a la economía neoclásica en graves dificultades, pues adoptar las innovaciones representaba abandonar la noción de utilidad. Entre los problemas principales para asimilar la física del siglo XX están las implicaciones de la segunda ley de la termodinámica, pues la entropía formaliza la irreversibilidad de los sucesos, lo que incorpora la relevancia del tiempo al análisis; es decir, revela la importancia de las circunstancias anteriores y pone en evidencia que los cuerpos se transforman al pasar de un punto de equilibrio a otro (la energía ni la cantidad de materia han variado —como establece la primera ley de la termodinámica—, pero la estructura energética se ha modificado y el grado de desorden ha aumentado). De esta manera, la física moderna se vuelve absolutamente incompatible con la teoría neoclásica, que pondera una racionalidad económica permanente, inmutable e independiente de la situación histórica, además de un orden que siempre lleva al equilibrio, a la misma circunstancia inicial.¹⁷⁰

Ante la imposibilidad de asimilar los cambios de la física, la economía se rehusó a transformar sus postulados, pues la energía potencial era el único elemento que daba cohesión a la disciplina. De hecho, aduce Mirowski, no hay ningún otro referente capaz de sostener la unidad del paradigma neoclásico. “Sin la metáfora de la utilidad como energía potencial, no hay una teoría del valor alternativa, una guía heurística de investigación, un principio sobre el cual basar el formalismo matemático y, más amenazadoramente aún, una base para afirmar que la economía se ha vuelto científica”.¹⁷¹

¹⁷⁰ *Ibid.*, pp. 389 s.

¹⁷¹ *Ibid.*, pp. 368 y 388 s.

Conforme la utilidad se consolidó como fundamento de la teoría neoclásica, sus practicantes comenzaron a omitir cualquier referencia a la metáfora de la energía potencial y llegaron a negar cualquier relación con la física. En buena medida esta disposición de los neoclásicos permitió que su perspectiva saliera ilesa de las fuertes críticas a la energía potencial y a las transformaciones de la física a mediados de siglo. Se buscaron alternativas teóricas que permitieran abandonar la metáfora, que aparentaban abandonarla, sin comprender que en realidad la mantenían y se limitaban a expresar el modelo de la energía potencial en términos distintos.¹⁷²

Hasta ese momento, a pesar del entusiasmo de grupos nutridos de economistas, la imitación explícita de las formas de la física seguía viéndose con reserva. Sin embargo, en los años treinta hubo un esfuerzo muy visible para asimilar algunas innovaciones de la física, con Paul Samuelson como claro líder de la renovación de la metáfora y como principal abanderado del discurso científico. Entre sus trabajos más representativos en este sentido están: “A Quantum Theory Model of Economics”, “The Law of the Conservation of the Capital-Output Ratio” y “Two Conservation Laws in Theoretical Economics”. Con base en el concepto de utilidad, Samuelson intentó asimilar las innovaciones en la teoría de campos, pero no logró transformaciones de fondo, sino adaptaciones de las formas matemáticas.¹⁷³

¹⁷² *Ibid.*, pp. 361 s.

¹⁷³ *Ibid.*, pp. 372 ss. y 382 ss. Dice Mirowski que esta renuencia es, en realidad, extraña, pues la disciplina construyó su paradigma —el neoclásico— sobre la adopción de las estructuras algebraicas de la física; esta situación, por tanto, manifiesta que estas generaciones de neoclásicos ignoraban (e ignoran) el origen metafórico fallido de sus bases teóricas o se han empeñado en negarlas. Por lo demás, resulta curioso que, a pesar del esfuerzo claro y explícito de Samuelson para actualizar la metáfora de la física, se haya mofado en su discurso de aceptación del premio Nobel de economía de quienes buscan similitudes entre la física y la economía. “No hay nada más patético que un economista o un ingeniero retirado forzando analogías entre los conceptos de la física y los conceptos de la economía” (“Maximum Principles

Este periodo constituye un parteaguas en los argumentos de la teoría neoclásica. El entusiasmo de Samuelson estuvo acompañado de simpatizantes que buscaban fortalecer la vocación científico-matemática de la disciplina. *V. gr.*, en 1930, Irving Fisher, Ragnar Frisch y Charles Roos organizaron la primera reunión de la naciente Econometrics Society, con Joseph Schumpeter como dirigente; en 1932, se fundó la Cowles Commission, institución que se convertiría en la principal fuente de financiamiento del movimiento; en enero de 1933, se publicó el primer número de *Econometrica*, que, por lo demás, contenía un manifiesto con la firma de Schumpeter, en el que se afirmaba: “No imponemos ningún credo —científico o de cualquier tipo— y no poseemos algún credo común más allá de sostener, en primer lugar, que la economía es una ciencia y, en segundo, que esta ciencia tiene un carácter cuantitativo muy importante”.¹⁷⁴

A estas circunstancias se sumó el interés de entender los fenómenos económicos de los años que siguieron a la Gran Depresión, y se convocó a los proyectos de la disciplina a ingenieros, físicos y matemáticos. Arguye Mirowski que con el cambio generacional entre los neoclásicos y con el trabajo interdisciplinario podría esperarse que los economistas se dieran la tarea de evaluar la metáfora física y que cayeran en cuenta de los errores sobre los que sustentaron su teoría o cuando menos —en caso de aferrarse a la metáfora— pudieron haber incorporado los descubrimientos de la termodinámica, la teoría de la relatividad o la mecánica cuántica y así incorporar al análisis la posibilidad de cambio y la noción de que la historia de los fenómenos importa.¹⁷⁵

in *Analytical Economics*”, en Assar Lindbeck (ed.), *Nobel Lectures, Economics 1969-1980*, Singapur, World Scientific Publishing, 1992, p. 68).

¹⁷⁴ “The Common Sense of Econometrics”, 1, pp. 5-12; *More Heat than Light*, p. 373.

¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 373.

También dice Mirowski que los físicos modernos deben haber decepcionado a los economistas neoclásicos, sus fieles devotos, que se inspiraron en la física para erigir a la economía como disciplina social suprema, ya que les ofrecieron en el siglo XX no una, sino muchas formas de entender la energía; no una gran ciencia física, sino muchas formas de estudiarla; no una gran ley natural, sino una inquietante y abigarrado panorama de leyes naturales.¹⁷⁶

La fe de los economistas neoclásicos en la posibilidad de estudiar científicamente la vida social los llevó a copiar el modelo de la física, a pesar de la poca pertinencia de las ciencias naturales para sus objetos de estudio. Así, el génesis de la teoría neoclásica — resultado de la construcción a imagen y semejanza de la más pura de las deidades científicas— fue también el inicio de sus problemas ulteriores. Los neoclásicos depositaron toda su fe en la metáfora de la energía potencial decimonónica y creyeron que la economía era la física de la vida social, de la misma forma que C. D. Broad, colega de Wittgenstein en Cambridge, supuso que la filosofía es la física de lo abstracto, por lo que era necesario imitarla para alcanzar el estatus de ciencia.

Cuando los neoclásicos admiten haberse inspirado en la física, aducen que esto no ha influido en la evolución subsecuente de la teoría económica; consideran que las metáforas son sólo eso, por lo que su lugar está en la literatura, no en la ciencia; arguyen que el símil no era más que una herramienta de comunicación, pero innecesaria para el desarrollo de la economía. A estos argumentos necesita responderse, primero, que la metáfora de la energía es absolutamente indispensable para toda su construcción teórica

¹⁷⁶ *Ibid.*, pp. 373 s. y 393.

y, después, que esta aura científica resultó sumamente útil para legitimarse en el mundo académico y ante el gran público.¹⁷⁷

Para Mirowski, esta historia recuerda la de Dorian Gray, en la que los neoclásicos, al beber el elixir místico de las técnicas matemáticas modernas, han mantenido una figura de juventud rozagante, mientras ocultan en algún rincón del ático el retrato real que cada día deteriora más su ya marchita y decrepita figura.¹⁷⁸

CONCLUSIÓN

El predominio que actualmente detenta la teoría de la elección racional en ciencia política no es, como dicta el sentido común, la conquista final de una búsqueda centenaria de fundamentos científicos para la disciplina. Se trata, en cambio, de un fenómeno social del que participan numerosos factores y en los que el común denominador parece ser la idolatría de la ciencia, la idea de que es la única herramienta con que cuenta la humanidad para explicar cualquier tipo de hecho y para alcanzar el progreso. En primer lugar, los economistas decimonónicos arguyeron que su objeto de estudio —la producción y distribución de recursos finitos— era la única área del comportamiento humano que puede estudiarse científicamente y consideraron que la mejor alternativa para hacerlo era copiar las formas e instrumentos de la física, la cual, a su vez, se había erigido como la más pura de las ciencias; por tanto, emularon a la física de la segunda mitad del siglo XIX, que consolidó la noción de la conservación de la energía en un campo cerrado como el

¹⁷⁷ *Ibid.*, pp. 276 s.

¹⁷⁸ *Ibid.*, pp. 393 s. y 374 ss. Claramente, el retrato original corresponde a la metáfora de un campo de preferencias cerrado en un espacio de bienes espontáneo.

instrumento analítico más aceptado entre las subdisciplinas y que prometía su unificación.

Casi un siglo después, los economistas adujeron que no sólo su objeto de estudio era susceptible de estudiarse bajo el método científico, sino que habían desarrollado una perspectiva que permitía el discernimiento científico de cualquier actividad humana, por lo que el resto de las disciplinas sociales debía imitarlos, si pretendían que sus análisis alcanzaran capacidad explicativa. La ciencia política, tan víctima de la modernidad científica cuanto la economía neoclásica, confió en esta propuesta y decidió abandonar el supuesto estatus descriptivo y prescriptivo en que se encontraba, adoptando la perspectiva económica, que cristalizó en la teoría de la elección racional. Así, desde finales del decenio de 1950, los politólogos que han apoyado esta empresa creen haber encontrado el camino para construir una ciencia con base en un conjunto de supuestos que hacían posible ver patrones de comportamiento y hacer predicciones, rasgos indefectibles del conocimiento científico.

De vital importancia para la legitimación de la economía como ciencia suprema fue el inicio de la etapa histórica que hoy vivimos, el neoliberalismo, que transformó las nociones de la economía, la política, la naturaleza humana, la moral y la ciencia. Al volver parte del sentido común —como había defendido la economía— que los humanos en efecto somos eminentemente calculadores, egoístas y maximizadores, que las interacciones sociales se rigen por las mismas leyes que el mercado y que la ciencia puede explicar el mundo social y, más aún, llevarlo al progreso, se vuelve lógico que se confiera un lugar preponderante a la economía entre las ciencias. Además, contribuyó al éxito de la disciplina el supuesto compromiso firme que sostiene con la libertad y con el

reconocimiento de la racionalidad humana. La estructura moral del neoliberalismo defiende la libertad como el valor predominante de nuestro tiempo, por lo que la economía neoclásica, al defenderla e incorporar su importancia en el análisis, ayuda a consolidar su legitimidad científica; es una perspectiva propia de la modernidad, por lo que parece oportuna para los tiempos que vivimos.

En las razones más estrictamente circunscritas a la historia de la ciencia política, la teoría de la elección racional se explica por la determinación de nutridos grupos de académicos para volcar la disciplina a una vocación más explicativa que descriptiva. La crítica se dirigió principalmente hacia la tradición dominante a mediados del siglo XX, el conductismo, que —decían los detractores— además de ser poco científico, sólo consideraba en sus análisis las acciones de los individuos y prescindía de las estructuras en que éstas ocurren. Como respuesta surgió el neoinstitucionalismo, que conformó tres escuelas distintas; entre ellas, la teoría de la elección racional destacó por lograr mayor aceptación en el gremio, porque, al adoptar la perspectiva económica, confería la ilusión de un ejercicio verdaderamente científico.

La historia oficial de la teoría de la elección racional es perfectamente compatible con sus ideas sobre la ciencia. Se la considera un proceso de mejoramiento gradual que a lo largo de los años ha avanzado hacia los niveles más elevados de sofisticación heurística y entiende el surgimiento de la teoría como un evento aislado, que no necesita considerar las circunstancias en que sucede para dilucidarlo, igual que hace la teoría en sus ejercicios indagatorios. Esta congruencia, supongo, debe ser motivo de orgullo para cualquier practicante del *rational choice* que repare en ella. Sin embargo, una historia más completa

de la disciplina pone a este relato en serias dificultades para defender la pertinencia de la teoría.

La necesidad que inventaron estos politólogos de elaborar explicaciones científicas los hizo copiar las formas de la economía para alcanzar este objetivo, sin saber que estaban adoptando un modelo de la física de finales del siglo XIX, que los propios físicos encontraron equivocada algunos decenios más tarde. Al entender la teoría de la elección racional en su circunstancia, al verla como un fenómeno social, como producto de nuestra cultura y considerar los sucesos concomitantes que la hacen posible, se revela que sus edificadores fueron víctimas de su propia fe, pues sus creencias los llevaron a elegir caminos equivocados en el afán de consolidar el carácter científico de la ciencia política.

FICCIONES TEÓRICAS

Capítulo tres

Science can never grapple with the irrational.
That is why it has no future before it.

OSCAR WILDE



er la teoría de la elección racional como un fenómeno social es el ánimo que ha alentado las páginas precedentes. Esta disposición orientó el trabajo por la revisión histórica de la ciencia política en el apartado anterior, y, de esta manera, se esclareció que el *rational choice* es la forma concreta que toma la modernidad científica en los estudios sobre el poder. Se ha visto cómo, desde hace alrededor de sesenta años, la disciplina ha sido víctima del científicismo que denunciaba Ludwig Wittgenstein, el cual se explicó en el primer capítulo. Desde entonces, los practicantes de la teoría de la elección racional han creído que absolutamente todo lo observable puede explicarse; han confiado en que hay un método —y sólo uno— para dilucidar cualquier fenómeno —trátase del movimiento de cuerpos celestes o de migraciones internacionales—; han admitido que hay una jerarquía que ordena la pureza y objetividad de las disciplinas, con la física a la cabeza, por lo que el resto si ambicionan verdadera capacidad explicativa están obligadas a emularla; así hicieron al calcar las formas de la economía neoclásica, que, a su vez, se

construyó sobre la estructura de la física decimonónica; han trabajado bajo la ilusión de contribuir decididamente al progreso de nuestra civilización.

En el afán de seguir definiendo la teoría de la elección racional, digamos con claridad lo que no es; no es, como tantos de sus practicantes defienden, la conquista largamente anhelada de la capacidad explicativa exacta, objetiva y verdaderamente científica de los fenómenos políticos. Entendiendo que esta escuela surge como producto de una fantasía de nuestra civilización sobre las capacidades de la ciencia (de una forma específica de la ciencia), en este capítulo detallo los errores epistemológicos en que incurre el *rational choice* al usar un método incapaz de dar cuenta de los hechos sociales.

Posteriormente, hago algunos apuntes sobre las consecuencias que tiene la consolidación de esta perspectiva teórica como paradigma; hay repercusiones en las posibilidades del conocimiento, en el ejercicio académico, en el diseño de instituciones y en el desarrollo de nuestro imaginario cultural, todas ellas con la capacidad de transformar la experiencia vital de los individuos y las colectividades de forma material, moral o intelectual. Finalmente, enumero algunas ideas y herramientas que han permitido a estudiosos explicar y describir con mucho mayor éxito las relaciones humanas, las relaciones de poder que están en juego, los objetivos que en ellas tienen los sujetos, las posibilidades que tienen de concretarlos, el origen de dichos objetivos y su transformación en el tiempo y mediante la interacción social.

FICCIONES TEÓRICAS: CRÍTICA EPISTEMOLÓGICA

Bajo el encantamiento de la modernidad científica, los seguidores de la teoría de la elección racional adoptaron un esquema heurístico inadecuado para estudiar los hechos sociales. Lo hemos visto antes; sucedió en ciencia política lo que Wittgenstein señaló como error grave al observar que la filosofía y la antropología se ceñían al método científico. Se trata de un error grave por una razón muy sencilla, pero que generaciones de académicos han ignorado, a pesar de la claridad con que se han pronunciado las voces de pensadores como Vico, Herder, Dilthey y Wittgenstein. Hace falta, pues, afirmar lo evidente: los fenómenos sociales son distintos de los naturales. Nuestro filósofo apuntó que hay ámbitos distintos que se conjugan para dar como resultado la vida; cada uno con normas que le son propias, a veces exclusivas, y que tienen la posibilidad de transformar el resto. En una definición muy tradicional, que resulta útil para un acercamiento muy general al tema, se puede asignar la indagación de lo natural a las que se han proclamado “ciencias exactas” y la de lo humano a las disciplinas sociales. Hay que evitar, no obstante, el error del que previene Norbert Elias: es absurdo hacer una separación tajante entre ambos, pues hacerlo deriva en una dicotomía conceptual que supone que el mundo de la naturaleza y el de la humanidad están separados y son independientes, y hay quien incluso los considera antagónicas e irreconciliables. Sin embargo, la humanidad y sus rasgos distintivos, como sociedad y cultura, no son menos naturales que los átomos y las moléculas. Como estableció Marshall Sahlins, la cultura es la naturaleza humana.¹⁷⁹

¹⁷⁹ *Sobre el tiempo*, trad. G. Hirata, México, FCE, 3.^a ed., 2.^a reimpr., 2015, pp. 105 *s. et passim*; Marshall Sahlins, *La ilusión occidental de la naturaleza humana*, trad. L. Andrade Llanas y V. Schussheim, México, FCE, 2011, pp. 117-125.

Si los fenómenos sociales son, en esencia, distintos de los naturales, se necesitan *herramientas heurísticas diferentes* para cada uno —resalto el plural porque en ninguno de los dos casos es conveniente limitarse a un solo método. Recordemos que una forma de trabajo, a la que llamamos método científico, se ha consolidado como la única legítima para elucidar el mundo en cualquiera de sus dimensiones. El primer problema que surge al adoptarla para explicar los fenómenos humanos es que sólo es capaz de estudiar los datos objetivos; resulta problemático porque lo social se compone de experiencias que nunca son completamente objetivas.

Por antonomasia, una de las preocupaciones principales de la ciencia política es el estudio de los regímenes políticos. Tomemos la Italia fascista para ilustrar el punto brevemente. Uno de los rasgos principales que permiten entender su establecimiento y duración es la disposición de buena parte del pueblo italiano a interiorizar los objetivos del sistema y hacerlos propios. Los ciudadanos entendieron que su vida cotidiana, su papel como cónyuges o hijos, como médicos o burócratas era indispensable para que esta forma de organización política perdurara; al hacerlo, experimentaban la ilusión de ser artífices de un destino nacional glorioso, de la idea de gloria que Mussolini había prometido.¹⁸⁰ Claramente, ninguna de las “variables independientes” que intenten

¹⁸⁰ Emilio Gentile muestra en su libro *El culto de Littorio* que uno de los pilares del fascismo fue constituirlo como una religión civil que permitió fusionar el sentido de trascendencia individual con el de la patria, un proceso que infundió en las conciencias de millones de italianos la sacralización del Estado y que asimiló su mentalidad, carácter y costumbres a las necesidades del fascismo (*El culto de Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, trad. L. Padilla López, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, p. 11). Ettore Scola ilustra el fenómeno en un largometraje mediante el personaje protagónico, Antonietta Tiberio, a la que el creador presenta como la mujer italiana promedio adicta al régimen, ferviente admiradora de Mussolini, conforme con el papel que el régimen ha asignado a su sexo y a su clase social: ama de casa, esposa abnegada, madre dedicada a atender a sus hijos. Antonietta, al satisfacer las necesidades cotidianas de los miembros de su familia, ayuda a que ellos cumplan con el régimen en compromisos más directos: los alimenta para su aleccionamiento en la escuela, prepara el uniforme de su esposo para sus labores en el gobierno, los alienta a cumplir sus obligaciones cívicas y a admirar al *duce* (*Una giornata particolare*, película, Italia-Canadá, Compagnia Cinematografica Champion-Canafox, 1977).

explicar el fascismo italiano podría asir el significado íntimo que tuvo para tantos italianos alinear las satisfacciones de sus aspiraciones personales con los propósitos que tenía *il duce* para el Estado.

Leyes sociales: eterno retorno

Ya que los fenómenos naturales se comportan conforme a regularidades empíricas, sus disciplinas pueden echar mano de métodos que ayuden a encontrar las leyes que las rigen. La regularidad empírica no es el caso en los asuntos sociales; cada uno se define por un conjunto de características cuya estructura no es replicable. En un experimento de laboratorio, por ejemplo, se puede usar una u otra molécula de hidrógeno que se encuentra en iguales condiciones; es irrelevante cuál se elija porque en esencia son iguales. En el análisis social nunca es lo mismo un sujeto con el mismo ingreso que otro, un consejo de médicos que otro.

Los fenómenos humanos funcionan a partir de reglas, no de leyes; es decir, a partir de lógicas y acuerdos explícitos e implícitos que cambian o desaparecen. Siempre que dejemos caer un objeto, sin importar su peso, caerá a la misma velocidad, porque en la Tierra la intensidad gravitatoria es siempre la misma, es una constante. No sucede lo mismo cuando hablamos de transiciones democráticas, por ejemplo. Nos referimos con este nombre común a los procesos de esta naturaleza que vivieron en el último tercio del siglo XX países como Polonia, Brasil y España porque ayuda a identificar de manera muy general que se habla de los procesos que aumentaron los espacios para la participación política de las masas y de su injerencia en las decisiones de carácter público en regímenes autoritarios. Nada más. No significa que las transformaciones que experimentaron los

tres sistemas políticos se expliquen por las mismas causas; tampoco significa que hay una lista determinada de fenómenos que, en caso de conjugarse en un sistema autoritario, darán como resultado mayor apertura.

Adam Przeworski, uno de los teóricos contemporáneos de la elección racional más reputados, no comparte esta opinión. Para él la “liberalización” de los sistemas autoritarios y su posible transición a la democracia sólo se darán si los antecede un conjunto de condiciones mínimas, las mismas para todos los casos. La primera de ellas es una ruptura al interior de la élite gobernante de la que resultan dos bandos claramente identificables: los que están dispuestos a impulsar la apertura, a quienes llama liberalizadores, y los que se mantienen renuentes a esa posibilidad, los de “línea dura”. La segunda condición es que surja organización autónoma de la sociedad civil. De esta manera, por un lado, los liberalizadores ven la posibilidad de aumentar su influencia frente a los políticos de línea dura si forman una coalición con los participantes de la movilización popular, y, por otro lado, la sociedad civil percibe la ruptura en la clase gobernante como una ventana de oportunidad para abrir espacios de participación política.¹⁸¹

Esta propuesta del politólogo polaco-estadounidense muestra claramente la pretensión nomotética de la teoría de la elección racional. El autor tiene como objetivo descubrir el esquema bajo el cual se desarrollan las aperturas democráticas de los sistemas autoritarios en general y dice haber descubierto las condiciones mínimas para que se den. En esas páginas hay brevísimas referencias a los procesos de Alemania Oriental, Argentina, Brasil, Chile, China, España, Hungría, Irán, México, Polonia, Rumania,

¹⁸¹ “Transitions to Democracy”, en su libro *Democracy and the Market. Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*, Nueva York, Cambridge University Press, 1991, pp. 56 s.

normalmente un par de líneas para cada caso, con el propósito de señalar que comparte alguna característica con uno o más países. Así, por ejemplo, se pregunta el autor “¿Por qué, en algún momento, un grupo de la clase política del régimen autoritario decide tolerar organización autónoma en la sociedad civil?” Responde de esta manera:

En un punto, el régimen español dejó de reprimir a las Comisiones Obreras; el general Pinochet permitió el resurgimiento de partidos políticos; en julio de 1986 el general Jaruzelski aprobó una ley de amnistía para actividades políticas que no incluía la cláusula de reincidencia, legalizando *de facto* a la oposición; Egon Krenz aceptó la existencia del embrionario Neues Forum. Estos momentos evidencian fisuras en el bloque autoritario en el poder y sugieren a la sociedad civil que no se reprimirán al menos algunas formas de organización autónoma. Estos momentos marcan el inicio de la liberalización.¹⁸²

No sabemos por qué cada uno de estos eventos es consecuencia de que la élite gubernamental se haya fraccionado, menos claro aún es que esa ruptura se resuelva en dos —y sólo dos— bloques homogéneos y fácilmente identificables (los liberalizadores y los de línea dura); desconocemos también por qué estas “concesiones” del régimen dejan ver a la sociedad civil (que también es una masa homogénea) que se tolerarán al menos ciertas expresiones de participación política autónoma. Tampoco se explica por qué estos eventos inauguran, casi mitológicamente, los procesos de apertura. Todas estas dudas, cuya respuesta —si la hubiera— yacería en el corazón del argumento, quedan sin respuesta, pero eso parece ser irrelevante, una banalidad, acaso un preciosismo.

El autor tampoco analiza algún proceso de apertura democrática a partir de su propuesta teórica y, desde su perspectiva, resultaría innecesario puesto que el objetivo se ha cumplido; se ha encontrado la ley que rige el inicio de los procesos de apertura democrática. Después de ese hallazgo, la humanidad entiende mejor cómo funciona el universo, ha encontrado la respuesta a una de sus inquietudes, una que no es menor, y

¹⁸² *Ibid.*, pp. 55 s.

podemos celebrar que, gracias a Przeworski, estamos un paso más cerca de la utopía del progreso.

Permítaseme insistir. Los asuntos sociales no pueden explicarse mediante leyes; cada uno es completamente particular y no tiene, por tanto, una estructura cuya esencia sea replicable. No nada más. Los fenómenos humanos también dependen de la disposición de los individuos, de cómo defina cada uno su posición ante lo que vive. Pensar que el mundo social está regido por leyes es imaginar que un conjunto de casos que se consideren parecidos —o iguales— se explican por las mismas causas. Es decir, siempre que observemos ese evento, llamémoslo, *exempli gratia*, apertura de regímenes autoritarios, estaremos viendo la misma puesta en escena; puede cambiar el teatro, la utilería, los actores, tal vez la lengua en que se haya montado la obra, pero se trata siempre del mismo relato. El libreto está escrito, el argumento se repite. Somos espectadores del eterno retorno de lo mismo.

Escaso trabajo empírico: el novelista y el científico

Donald Green e Ian Shapiro señalaron que la aspiración universalista de que hablamos conduce a uno de los problemas heurísticos más graves que caracteriza a las escuelas de la elección racional: la mayoría de su producción académica carece de trabajo empírico; se trata de elucubraciones meramente teóricas que no se elaboran con base en la observación y el análisis de los casos reales.¹⁸³

Ya hemos dicho que el método científico al que se ciñe el *rational choice* no es capaz de explicar los fenómenos sociales. No sobra una observación complementaria: a pesar

¹⁸³ *Op. cit.*, pp. 5 s. *et passim*.

de ser entusiastas creyentes del positivismo, los seguidores de esta teoría no acatan todos sus componentes; omiten un paso. Es importante señalarlo porque es la parte del método que verdaderamente ayudaría a entender los fenómenos sociales; se trata, de hecho, de una de las escasas reglas que deben guiar la indagación del comportamiento humano: la observación. Al estar concentrados en encontrar las leyes que construyen el edificio de la ciencia, estos politólogos relegan la labor empírica, lo que dificulta su capacidad explicativa o descriptiva, objetivo que debe animar todo ejercicio científico.

De nuevo, los estudios de Przeworski sobre la apertura de los sistemas autoritarios ilustran el punto. A pesar de que el autor usa algunas referencias sobre los procesos que experimentaron países concretos, éstas no constituyen evidencia empírica de su propuesta teórica; son sólo algunos apuntes sobre las condiciones que anteceden los procesos de apertura, pero en ningún momento muestra por qué los fenómenos aludidos dan sustento a sus afirmaciones (que el franquismo dejara de reprimir a las Comisiones Obreras, por ejemplo, no significa que haya habido una ruptura en la clase gobernante como resultado de que algunos de sus miembros estuvieran dispuestos a conceder algunas libertades políticas).

Se pregunta Przeworski cómo los procesos de apertura pueden resolverse en transiciones democráticas; propone dos alternativas. Detengámonos en una.

Supón que los liberalizadores tienen afanes protodemocratizadores; es decir, sus preferencias son BDIC > transición > SDIC > NDIC > insurrección.¹⁸⁴ Los liberalizadores deben revelar sus preferencias estratégicamente, puesto que los políticos de línea dura del régimen nunca accederían a la liberalización si *supusieran* que los liberalizadores están dispuestos a llegar a la transición. Por

¹⁸⁴ BDIC significa abrir el sistema, ampliar libertades (*broadened dictatorship*); SDIC significa mantener el *statu quo* (*statu quo dictatorship*); NDIC significa cerrar el sistema aún más (*narrower dictatorship*). Por cierto, a alguno sorprenderá que antes en este capítulo haya usado el término “régimen autoritario” cuando aquí Przeworski usa “dictadura”; lo hago porque el autor recurre a este concepto en esta parte del texto y a aquél en otras. Yo uso régimen autoritario por ser menos restrictivo, lo que ayuda agrupar bajo el mismo concepto todos los casos a que Przeworski se refiere en el escrito.

tanto, los liberalizadores manifiestan que sus preferencias son: BDIC > SDIC > NDIC > transición, y los de línea dura *les creen*.

Ahora *supón* que la decisión de abrir depende de que los de línea dura accedan a ello. Así, si los liberalizadores proponen abrir el sistema, los de línea dura acceden, en cuyo caso el juego continúa su desarrollo; si se niegan a abrir, el resultado es el *statu quo*. Ahora *supón* que (a) los de línea dura prefieren NDIC sobre SDIC y que (b) *creen que la sociedad equivocadamente cree* que los liberalizadores tienen, de hecho, afanes protodemocratizadores.¹⁸⁵

La palabra clave es *suponer*. El autor no describe cualquiera de los más de diez casos mencionados; en cambio, nos invita a un ejercicio de imaginación sobre el desarrollo de uno de los dos esquemas a partir de los cuales, según él, puede darse una transición a la democracia. A partir de las condiciones que Przeworski considera necesarias para que inicie un proceso de apertura, nos pide suponer las voluntades de tres grupos distintos (esos tres bloques monolíticos: los liberalizadores, los políticos de línea dura y la sociedad civil). No nada más; con base en esas premisas nos pide imaginar lo que ellos creen sobre los demás. La última propuesta condensa el espíritu absurdo que anima el trabajo: nos pide suponer que los políticos de línea dura suponen que la sociedad supone equivocadamente cuáles son los afanes de los liberalizadores.

Suponer. En eso precisamente consiste la práctica académica de la teoría de la elección racional; imaginar posibilidades y evadir el trabajo empírico. Al estudiar los fenómenos sociales puede haber muchas discusiones sobre las teorías y sobre los métodos. No obstante, hay algo en lo que no podemos discrepar. La labor de los científicos sociales es explicar los fenómenos que realmente suceden, no aquellos que sólo están en la imaginación de quienes escriben. Los politólogos deben dar cuenta de lo real y no vender al mundo la fantasía de que se ha descubierto el mecanismo que rige algún ámbito del comportamiento social. En breve, si entendemos la indagación como la

¹⁸⁵ *Op. cit.*, pp. 62 s. (cursivas mías).

actividad con que explicamos el mundo, el oficio del académico, cuando dice explicar los fenómenos sociales, es el de científico, no el de novelista.

Algo más. Pensar que las transiciones a la democracia en efecto pueden darse en los términos que describe Przeworski es un acto de fe. Nos pide que creamos en un entramado que contiene sus fantasías sobre el funcionamiento de un fenómeno social; podemos ser escépticos, pero el sentido común nos dicta creer, puesto que se trata de Przeworski —uno de los teóricos más importantes de la ciencia política estadounidense— que se doctoró en la Universidad de Northwestern, que durante más de veinte años enseñó en la Universidad de Chicago, que pertenece a la Academia Estadounidense de las Artes y las Ciencias, que hoy investiga en la Universidad de Nueva York. (Desde luego, hay una escala de validez para la nacionalidad de los argumentos. Sobra escribir cuál encabeza; el autor es polaco pero su trabajo se ha desarrollado en Estados Unidos, país en el que estableció su residencia tras concluir la licenciatura en Polonia hace alrededor de cincuenta años.)

La lectura del capítulo de *Democracy and the Market* en cuestión causa cierta incomodidad, la de haber entendido poco. No debería sorprender, pues en realidad Przeworski explica casi nada sobre los procesos de apertura en regímenes autoritarios; en su afán de explicar todos no ha explicado ninguno. A pesar de que no haya evidencia que dé sustento a sus argumentos, la posición de autoridad académica desde la que escribe el autor esta publicación de la Universidad de Cambridge exige del lector confiar en la voz de la razón. Con esta estructura de legitimidad científica que respalda al texto,

cuestionarlo puede parecer un sinsentido; el científico se ha pronunciado, por lo que queda escuchar y celebrar el progreso de la ciencia.¹⁸⁶

Los instrumentos analíticos: ficciones codificadas

A pesar de que normalmente sus diégesis son poco emocionantes y su uso del lenguaje linda con el de oficio burocrático, hay una virtud literaria que puede reconocerse a estos novelistas. La elección racional es un género original, pues suele codificar sus historias en ecuaciones matemáticas. El núcleo de la trama se llama variable dependiente y los elementos que lo animan se denominan variables independientes; hay otros elementos indispensables para el desarrollo del texto a las que, recurriendo al oxímoron, se conoce como “variables constantes”.

Usar modelos matemáticos y la teoría de juegos para explicar los fenómenos políticos es una consecuencia directa del positivismo que acatan los practicantes de la

¹⁸⁶ Albert Camus condensa en un párrafo inmejorable la confusión y la desilusión que se vive al escuchar el llamado de los científicos a depositar nuestra fe en las verdades que sólo ellos conocen: “He aquí también unos árboles cuya aspereza conozco, y un agua que saboreo. Estos perfumes de hierba y de estrellas, la noche, ciertos crepúsculos en que el corazón se dilata: ¿cómo negaría yo este mundo cuya potencia y cuyas fuerzas experimento? Sin embargo, toda la ciencia de esta tierra no me dará nada que pueda asegurarme que este mundo es mío. Me lo describís y me enseñáis a clasificarlo. Me enumeráis sus leyes y en mi sed de saber consiento en que sean ciertas. Desmontáis su mecanismo y mi esperanza aumenta. En último término, me enseñáis que este universo prestigioso y abigarrado se reduce al átomo y que el átomo mismo se reduce al electrón. Todo esto está bien y espero que continuéis. Pero me habláis de un invisible sistema planetario en el que los electrones gravitan alrededor de un núcleo. Me explicáis este mundo con una imagen. Reconozco entonces que habéis ido a parar a la poesía: no conoceré nunca. ¿Tengo tiempo para indignarme por ello? Ya habéis cambiado de teoría. Así, esta ciencia que debía enseñármelo todo termina en la hipótesis, esta lucidez naufraga en la metáfora, esta incertidumbre se resuelve en obra de arte. ¿Qué necesidad tenía yo de tantos esfuerzos? Las líneas suaves de esas colinas y la mano del crepúsculo sobre este corazón agitado me enseñan mucho más. He vuelto a mi comienzo. Comprendo que si bien puedo, por medio de la ciencia, captar los fenómenos y enumerarlos, no puedo aprehender el mundo. Cuando haya seguido con el dedo todo su relieve no sabré más que ahora. Y vosotros me dais a elegir entre una descripción que es cierta, pero que no me enseña nada, y unas hipótesis que pretenden enseñarme, pero que no son ciertas. Extraño a mí mismo y a este mundo, armado únicamente con un pensamiento que se niega a sí mismo en cuanto afirma, ¿qué condición es ésta en la que no puedo conseguir la paz sino negándome a saber y a vivir, en la que el deseo de conquista choca con muchos que desafían sus asaltos? Querer es suscitar las paradojas” (*El mito de Sísifo. Ensayo sobre el absurdo*, trad. L. Echávarri, Buenos Aires, Losada, 15.ª ed., 1997, p. 29 s.).

teoría de la elección racional; es también el legado que recibieron de los economistas neoclásicos, que a su vez lo heredaron de los físicos energéticos decimonónicos, como se mostró en el capítulo dos. La formulación matemática es un rasgo definitorio de la ciencia, de esta forma de ciencia, que —según dicta el sentido común— es la única válida; “el prestigio de los números es contundente: ofrecen una representación exacta del mundo —y susceptible de prueba, objetivamente— y por eso se supone que tienen una validez mayor”.¹⁸⁷

Se ha insistido en que los fenómenos humanos —con todas sus dimensiones, con todos los epifenómenos que los definen— no pueden condensarse en operaciones algebraicas, como pretende la teoría de la elección racional. El apunte que sigue resulta casi obvio, pero el uso extendido de modelos matemáticos y de la teoría de juegos en ciencia política exige repetirlo claramente. La lógica de las matemáticas es distinta de la lógica de los argumentos morales, *v. gr.*, y en general es incompatible con las normas que rigen las relaciones sociales; se basan en certezas distintas; sus lógicas son incomparables. Las verdades matemáticas son estrictamente deductivas y se construyen según la estructura de un sistema exacto, cerrado, autorreferencial; no es así con los fenómenos humanos.¹⁸⁸

¹⁸⁷ Fernando Escalante Gonzalbo, *Se supone que es ciencia. Reflexiones sobre la nueva economía*, México, Colmex, 2016, pp. 30 *s.* (en adelante, *Se supone que es ciencia*). Cita el autor, p. 57, un comentario de Paul Krugman que muestra el problema con claridad: “la profesión económica erró el camino porque los economistas, en conjunto, confundieron la belleza —vestida con una matemática impresionante— con la verdad” (“How Did Economists Get it so Wrong?”, *The New York Times Magazine* (suplemento dominical), 30 de agosto de 2009, p. 36).

¹⁸⁸ Para una explicación detallada de las lógicas que corresponden a áreas distintas del mundo (la matemática, la moral, la estética, etc.) ver *supra* pp. 40 *s.* Baste recordar una observación de Wittgenstein muy clara al respecto: “¿Estoy menos seguro de que este hombre tiene dolores que de $2 \times 2 = 4$?” No es posible estar más o menos seguro sobre una cosa o la otra porque se trata de certezas distintas que tienen lógicas independientes (*Últimos escritos*, §891).

La expresión de los argumentos en formas matemáticas desempeña una función de legitimidad; un análisis susceptible de traducirse a un modelo o a la teoría de juegos no puede estar equivocado, pues las matemáticas son exactas. También son completamente objetivas, en virtud de lo cual parecen desaparecer los sesgos en que podría incurrir el autor. Un sistema cerrado y autorreferencial no deja espacio para la duda; con las matemáticas no se discute. En palabras de Wittgenstein, “la proposición matemática ha sido oficialmente sellada, por decirlo de algún modo, con la etiqueta de la incontestabilidad”.¹⁸⁹ Los trabajos de la teoría de la elección racional quedan blindados con el escudo de la ciencia. La legitimidad de los modelos matemáticos desempeña otra función: retira de la discusión los análisis que se hacen bajos sus esquemas; los exenta de la controversia, puesto que dudar de la ciencia y las matemáticas resulta un sinsentido. Podríamos discutir, acaso, la calidad del modelo algebraico, que no haya fallas en el desarrollo, pero no sobre su esencia o su pertinencia.

Este error se vuelve aún más grave si se hila con uno de los problemas que se señalaron antes, la escasez de trabajo empírico; es decir, ni siquiera estamos frente el afán de encuadrar la complejidad social en una ecuación, cosa grave de suyo. La falta de trabajo empírico pone de manifiesto que se trata de elaboraciones matemáticas sobre las suposiciones de un académico respecto a un fenómeno. Los modelos suelen ser representación de nada; son ficciones codificadas.

¹⁸⁹ *Sobre la certeza*, §§655 s.

Ceteris paribus

La locución latina que aproximadamente significa “manteniendo todo lo demás igual” se usa en ciencias sociales como un mecanismo que ayuda a determinar cómo se modifica un caso —variable dependiente— cuando hay un cambio en alguno de los componentes que lo explican —una de las variables independientes—; el resto de éstas se consideran las “variables constantes” o, para quienes tienen el recato de sortear este sinsentido, sólo “constantes”. Al no haber cambios en el resto de los componentes, es posible entender, según este esquema, cómo influye un factor determinado en la configuración del fenómeno.

Se trata de un instrumento indagatorio que hace operativo el método científico para la exploración de los fenómenos humanos. El problema de este tipo de ejercicio es claro: en el mundo social nada se mantiene constante. En breve, es una forma de esquematizar las ficciones de los académicos sobre el funcionamiento del mundo. Una de las consecuencias epistemológicas de construir modelos con base en la cláusula *ceteris paribus* es que comprobarlos es imposible, pues las condiciones que supone nunca se dan en realidad, nunca se mantienen todos los factores iguales.¹⁹⁰

Hipótesis: adivina, adivinador

La elaboración y prueba de hipótesis puede considerarse el corazón del método científico, de esta forma de positivismo que cristaliza en ciencia política con la teoría de la elección racional. Una vez que se ha observado el fenómeno, corresponde elaborar la

¹⁹⁰ *Se supone que es ciencia*, pp. 66 s.

respuesta tentativa a la pregunta de investigación —la hipótesis—, y el resto de la investigación consiste en falsarla, es decir, aceptarla o refutarla.

El valor de este esquema indagatorio suele justificarse con el argumento popperiano clásico: si se admite la hipótesis, se habrá encontrado las razones que explican el funcionamiento de un fenómeno, con lo que crece el gran *corpus* de conocimiento científico; si se la rechaza, también se habrá hecho una contribución, pues la comunidad científica ahora tiene la certeza de que la conjetura inicial no explica el fenómeno.

A pesar de la utilidad que puede tener este procedimiento para ciertas investigaciones en algunas ocasiones, encierra también dificultades que ponen en duda su utilidad para dar cuenta de los fenómenos sociales. La tradición de investigar mediante hipótesis se inserta en las ilusiones que conforman la modernidad científica, como se apuntó en el capítulo uno. Esta práctica forma parte de la idea estrecha de ciencia según la cual hay un solo método capaz de explicar los fenómenos, sin importar su naturaleza.

Pensar que las hipótesis es la única estrategia heurística válida deriva de un problema que se ha apuntado desde la primera parte de este trabajo: la creencia de que los fenómenos sociales pueden explicarse bajo el mismo esquema que los naturales. Quizá toda la complejidad que compone los fenómenos naturales pueda condensarse en la formulación de una hipótesis; dilucidarlo no es propósito de esta investigación. Lo que es claro es la imposibilidad de encapsular los fenómenos sociales en este esquema. La elaboración de hipótesis exige frasear una pregunta y una respuesta tentativa en términos de relación causal susceptible de comprobación empírica. Como se explicó a partir de las

observaciones de Wittgenstein, hay muchos ámbitos de la vida que son inaccesibles a la comprobación empírica porque recaen en el campo de la subjetividad.

Al considerar que sólo hay un método, las áreas de la vida que no puedan expresarse en forma de hipótesis dejan de ser objeto de exploración científica. Señala Fernando Escalante que esto se traduce en una pérdida de conocimiento posible. Este esquema deja fuera muchas preguntas; para “empezar la pregunta por el sentido: el sentido de una práctica, de una conducta, un fenómeno, una expresión, el sentido de un proceso, porque el sentido no es asequible para una investigación empírica mediante hipótesis causales”.¹⁹¹

A propósito del sentido, este esquema transforma el de la práctica científica, pues en alguna medida sustituye la meta de esclarecer el objeto de estudio por la de aceptar o rechazar una hipótesis. La hipótesis es tan sólo la suposición del investigador sobre las posibles causas de un fenómeno, lo que significa que el método consiste en poner a prueba la ocurrencia de una persona; en el mejor de los casos, una ocurrencia informada. El ejercicio no es muy distinto del juego infantil de adivinanzas. Se piensa que la respuesta está dada, esperando que el ingenio la descubra; hay algunas pistas; se plantea la pregunta. Adivina, adivinador.

Paul Feyerabend se pronunció sobre el sinsentido de reservar la indagación para un solo método. Previene el filósofo que “podemos dejar que una regla guíe nuestra investigación”, que “presida tiránicamente nuestras actividades, pero también debemos dejar que nuestra investigación y nuestras actividades supriman la regla o la consideren inaplicable”. “*La investigación tiene su propia dinámica...* puede desarrollarse aun en ausencia

¹⁹¹ *Ibid.*, pp. 27-29.

de reglas claramente formuladas”.¹⁹² Una forma de proceder más libre, que no acate una receta, deja abierta la posibilidad de que el fenómeno se revele paulatinamente, de que vaya revelando aristas, componentes que lo explican, racionalidades que era imposible suponer *a priori*; si fuera posible hacerlo, el fenómeno sería ya claro y estudiarlo sería un despropósito.

Por lo demás, apunta Feyerabend que muchos de los más importantes hallazgos en la historia del conocimiento —incluidos los de las “ciencias duras”— se han hecho sin acatar un paradigma. “No hay una ‘racionalidad científica’ que pueda considerarse como guía para cada investigación; pero hay normas obtenidas de experiencias anteriores, sugerencias heurísticas, concepciones del mundo, disparates metafísicos, restos y fragmentos de teorías abandonadas, y de todos ellos hará uso el científico en su investigación”.¹⁹³

El libro *The Foundations of Ethnic Politics* de Henry E. Hale permite observar con claridad algunos tropiezos heurísticos que derivan de guiar la investigación mediante hipótesis. El politólogo hace una especie de declaración de principios positivistas en las primeras páginas; asegura que es necesario un conjunto compartido de supuestos sobre la etnicidad, lo que es y las implicaciones que tiene en procesos políticos. De esta manera, dice, las ciencias sociales progresarán más y más rápido. Que el estudio de la etnicidad sea propio de las ciencias sociales y no de las naturales, asegura Hale, no es motivo para

¹⁹² *La ciencia en una sociedad libre*, trad. A. Elena, Madrid, Siglo XXI, 1982, p. 194.

¹⁹³ *Tratado contra el método*, p. XV.

abandonar la búsqueda de una teoría; “no significa que no sea posible hacer aseveraciones generales sobre el comportamiento humano”.¹⁹⁴

Según este texto, el secesionismo en confederaciones es el culmen del desarrollo de la identidad étnica en asuntos políticos, por lo que se centra en este hecho para explorar aquel tema general, el que verdaderamente le preocupa. El trabajo mediante hipótesis requiere establecer una relación de causalidad entre variables observables, exigencia que induce al autor a uno de los errores comunes que se apuntaron arriba. Hale moldea el concepto de secesionismo de forma tal que resulte la expresión más radical de la identidad étnica. Esto permite encuadrar la identidad étnica en un concepto observable y claramente identificable; en términos de los seguidores de la elección racional, el concepto se vuelve “operativo”; es decir, se traduce a un referente medible, comparable.

Desde luego, la identidad (étnica o cualquier otra) no puede condensarse en un solo referente empírico que llamemos variable (dependiente o independiente), y Hale tiene el pudor de evitarlo; sin embargo, el afán de estudiar la identidad mediante las formas del positivismo de las ciencias sociales lo lleva a un galimatías conceptual que hace de la secesión la expresión más acabada de un rasgo fundamental de cualquier persona —la identidad étnica—, del que hablar en general, como categoría, es decir muy poco, casi nada.

Este ejercicio de asimilación entre los conceptos permite elaborar las preguntas específicas de la investigación que plantea el doctor en ciencia política por la Universidad de Harvard. ¿Por qué algunas regiones son más separatistas que otras? y ¿por qué la voluntad de secesión de una región cambia en el tiempo? La hipótesis: la voluntad

¹⁹⁴ *The Foundations of Ethnic Politics: Separatism of States and Nations in Eurasia and the World*, Nueva York, Cambridge University Press, 2008, pp. 2 s. y 13.

separatista depende de 1) la actitud del gobierno central, 2) la opinión de las masas y 3) la capacidad económica autónoma.

El estudio cae en otro de los errores en que incurren los seguidores de la elección racional que se apuntaron antes. La hipótesis no surge, siquiera, de la observación, sino de la suposición del académico de que el secesionismo es la expresión más radical de la identidad étnica y que unas regiones son más separatistas que otras según la actitud del gobierno central hacia ellas, la opinión de las masas y la capacidad económica autónoma de que dispongan.

El trabajo de Henry Hale está descaminado por el objetivo que lo anima. El autor está más preocupado por construir el prominente edificio de la ciencia —en cimentar una base compartida entre quienes estudian la importancia de la identidad étnica en fenómenos políticos— que en explicar cualquier fenómeno específico relacionado ya con la identidad étnica, ya con el secesionismo. Hale estudia la separación de la Unión Soviética de Ucrania y de Uzbekistán a la luz de la propuesta teórica que hace en la primera parte del libro; no recurre a estos casos para entender las razones por las que alguno de los dos países abandonó la URSS, sino para comprobar una hipótesis.

CRÍTICA DE LOS SUPUESTOS

Hombre predador

La teoría de la elección racional parte de una idea de naturaleza humana. Se apuntó en el segundo capítulo que esta escuela supone que somos seres maximizadores, estratégicos, egoístas y tenemos preferencias eminentemente estables. El error no radica únicamente en atribuir a las personas características equivocadas; la falla inicial consiste *eo ipso* en

suponer una noción de naturaleza humana, la que sea. Clifford Geertz estableció muy claramente hace cuatro décadas que no hay tal cosa; no hay un conjunto de rasgos inherentes a los individuos que defina sus certezas y miedos, su honores y vergüenzas, sus pasiones y apatías, y, definitivamente, tampoco hay un común denominador que nos haga individualistas e indolentes. La disposición individual ante el resto ha variado a lo largo de la historia, las latitudes, en el seno de las familias, entre miembros de la misma comunidad.¹⁹⁵

Cualquier idea de naturaleza humana es, pues, falsa, y, desde luego, la que defiende la teoría de la elección racional no es excepción. Marshall Sahlins explica que ésta es la ilusión específica acerca del hombre sobre la que se ha erigido la civilización occidental. Es decir, la teoría de elección racional se inscribe en una tradición que ha asegurado durante más de dos milenios que somos egoístas por naturaleza y que sólo el yugo de una fuerza superior o el enfrentamiento con otros egoísmos pueden contener las atrocidades que sin ellas cometeríamos contra el resto.¹⁹⁶ En este sentido, sugiere Claudio Lomnitz en su prólogo al estudio de Sahlins que la primera contribución del libro es evidenciar que esta idea de naturaleza humana no es simplemente el error en que incurre alguna teoría política o económica; es, en cambio, una certeza arraigada en el entendimiento que Occidente tiene de sí (y del resto del mundo, en consecuencia).¹⁹⁷

Al rastrear históricamente la concepción del hombre como ente egoísta y maximizador, Sahlins muestra que se trata de una ilusión sumamente exitosa y de vigencia milenaria. Según los registros disponibles, se sistematizó intelectualmente esta

¹⁹⁵ Ver su libro *La interpretación de las culturas*, trad. A. L. Bixio, Barcelona, Gedisa, 23.^a reimpr., 2005.

¹⁹⁶ *Op. cit.*, p. 19 *et passim*.

¹⁹⁷ *Ibid.*, p. 13.

fantasía por vez primera en la Grecia clásica bajo la pluma de Tucídides en su relato sobre la Guerra del Peloponeso. El historiador de la antigüedad relata las luchas sociales que vivieron diversas ciudades —empezando por Cócira—, en las que se enfrentaron las clases dominantes, con el apoyo de Esparta, contra el resto del pueblo, con el respaldo de Atenas. Relata Tucídides los horrores que nacieron de la vileza y la avaricia, tan propias de los hombres, como asesinatos que poco o nada tenían que ver con el conflicto político y que se perpetraban por odios personales o deudas monetarias. Según Tucídides, estos son los peligros que amenazan a una sociedad que no impone límites a los instintos abyectos de la naturaleza humana.¹⁹⁸

Explica Sahlins que el pensador heleno inspiró directa e indirectamente las ideas de muchos otros, entre los que resultan particularmente representativos Thomas Hobbes y John Adams. A pesar de que no todos cavilaron estrictamente sobre las vilezas del hombre y las herramientas a que se debía recurrir para contenerlas, esta idea de naturaleza humana acompaña el pensamiento de varios de los pensadores más célebres de Occidente, como Hesíodo —antes que Tucídides—, san Agustín, santo Tomás, Maquiavelo, Montaigne, etc.

Como complemento, Sahlins describe nociones sobre el hombre distintas a la del egoísta y predador. Distingue al pensamiento occidental la presunción de que es necesario domesticar la predisposición antisocial, impulsiva e irracional de las personas. “La opinión promedio de la humanidad es que la sociabilidad es la condición humana normal”. Para otras sociedades, el desarrollo del individuo como ente social es un asunto de madurez del alma o de la mente, no de represión de los instintos. Así, por ejemplo,

¹⁹⁸ *Ibid.*, pp. 21-25.

“los niños de Fiji tienen ‘almas acuosas’ (*yalo wai*) hasta que comprenden y practican las obligaciones de parentesco y de la jefatura... los chewong de Malasia dicen que el alma de un niño no está completamente desarrollada mientras no sea capaz de cumplir con responsabilidades adultas, como el matrimonio”.¹⁹⁹

Al mostrar que la convicción de que los humanos somos egoístas y abusivos puede rastrearse históricamente y al presentar evidencia de formas distintas de entender los motivos de los hombres, Marshall Sahlins deja claro que el individualismo y la indolencia no son los atributos inescapables que dominan nuestro espíritu. Se trata únicamente de la idea occidental sobre lo que somos. Tampoco es cosa menor. Volveré a ello. Por ahora, baste esbozar que esta idea ha sido capaz de articular las expectativas sobre la interacción humana y el sentido que individuos y colectividades han conferido a su existencia. Las ideas importan. La ilusión occidental de la naturaleza humana es un fenómeno paradigmático que confirma el teorema de Thomas. *Lo que es real en la imaginación es real en sus consecuencias.*²⁰⁰

En lo que toca a la teoría de la elección racional, esta idea de naturaleza humana tiene importancia especial. Considerar que hay un conjunto de atributos que caracterizan a todas las personas es indispensable para emprender la proeza de encontrar las leyes que rigen el comportamiento. Las propuestas académicas son susceptibles de generalización precisamente porque hay una concepción única del hombre. Como dijo Anthony Downs, los supuestos del individuo maximizador con preferencias dadas y estables

¹⁹⁹ *Ibid.*, pp. 113 ss.

²⁰⁰ William I. Thomas y Dorothy Swaine Thomas, *The Child in America. Behavior, Problems and Programs*, Norwood (Massachusetts), Alfred A. Knopf, 1928, p. 572.

permiten tomar las acciones y las interacciones como objeto de estudio, pues hacen posible considerarlas patrones de comportamiento.²⁰¹

Estudiar los fenómenos sociales a partir de una idea de naturaleza humana vuelve a las personas una constante del estudio, uno de los elementos que compone el *ceteris paribus*. La certeza de que nos repetimos uno en el otro y así incansablemente en el archivo del tiempo hace posible explicar el comportamiento social mediante las restricciones que impone el método de la hipótesis y la comprobación.

Personajes robotizados: crítica a la noción de racionalidad

Han pasado setenta años desde la primera crítica sistematizada y con difusión extensa a la idea de la racionalidad económica. Las ideas de Herbert Simon han recibido mucha atención; se ha discutido y publicado mucho sobre ellas; también le valieron el premio Nobel de economía en 1978 por su “investigación pionera en los procesos de toma de decisión en las organizaciones económicas”. Intento decir que las críticas inteligentes al *homo oeconomicus* no han pasado desapercibidas y no han sido inaccesibles para sus defensores.

A pesar de la popularidad en medios universitarios, la repercusión de estos trabajos ha sido exigua en el desarrollo académico de economistas neoclásicos y politólogos de la teoría de elección racional. Ha habido algunos ajustes desde entonces; los más importantes consisten en abandonar dos supuestos: uno, que los individuos cuentan con información completa de las circunstancias en que participan y, dos, que todas las personas tenemos las mismas preferencias. (No omitiré que ninguna de las dos se ha

²⁰¹ Ver *supra*, p. 64.

abandonado del todo y que resulta imposible, puesto que ambas al menos en algún grado son necesarias para que funcione el modelo.) Dice Javier Elguea que ninguno de los modelos que reconocen la racionalidad limitada elimina la noción del individuo maximizador y egoísta; en todos ellos el cerebro humano es un procesador “donde entra información y salen elecciones óptimas”.²⁰² En resumen, los personajes de las ficciones de la teoría de la elección racional siguen interpretando el papel de robots superracionales.

Ya que las críticas son conocidas y que se ha intentado mejorar la noción de racionalidad al incorporar al menos dos de los señalamientos de Simon, me limitaré en este apartado a recuperar las observaciones de este autor y de otros que pasados setenta años y varias generaciones de científicos sociales no han alcanzado siquiera atención suficiente en la discusión académica.

La racionalidad del *homo oeconomicus*, a la que Simon llama de utilidad subjetiva esperada, exige capacidades cognitivas e intelectuales que no son propias de nuestra especie: imagina que el hombre es capaz de recibir y procesar toda la información con que entra en contacto; ante una decisión, puede prever todas las estrategias posibles a que podría enfrentarse según las circunstancias en que se encuentra y las posibles decisiones del resto de los actores (ésta, en realidad, es más una capacidad divinadora que intelectual); es capaz de determinar la probabilidad de que ocurra cualquiera de los

²⁰² *Op. cit.*, pp. 125 y 130. La economía conductual presume haber desarrollado un modelo que incorpora estas críticas y corrige los errores en que incurren los supuestos del *homo oeconomicus*. Para una refutación de las supuestas aportaciones ver “Brindis al sol: el programa de la economía conductual” y “Un caso ejemplar: la identidad según George Akerlof”, en *Se supone que es ciencia*.

escenarios posibles; puede ordenar jerárquicamente la preferencia que tiene por cualquiera de estos escenarios.²⁰³

Un paso más atrás. Este modelo supone que tenemos objetivos definidos. Explican Michel Crozier y Erhard Friedberg que no es así, pues los objetivos son más o menos ambiguos, medianamente explícitos y suelen ser contradictorios; de hecho, “los hombres y los decisores nunca saben bien a bien lo que quieren... descubren sus objetivos, a veces nuevos, a través de su experiencia”. Los fenómenos sociales no son una especie de mesa de juego a la que las personas nos presentamos con una lista rígida de acciones posibles, con una baraja inmutable, prediseñada, de la que sacamos alguna carta según se vaya presentando cualquiera de las situaciones *a priori* sabíamos posible. De ninguna manera. Los fenómenos se asemejan más a una arena en la que los individuos llegan con propósitos medianamente definidos y que sobre la marcha modifican, abandonan, sustituyen. En síntesis, resolvemos problemas de manera progresiva, no de manera sinóptica.²⁰⁴

Si bien nuestro comportamiento está orientado a metas, las personas no buscamos colocarnos en la mejor alternativa posible (normalmente, ni siquiera sabemos cuál sería); es decir, salvo situaciones excepcionales, no optimizamos ni maximizamos, pues sólo buscamos alcanzar o rebasar un punto de satisfacción (que tampoco está definida tajantemente y que no siempre puede expresarse en términos cuantitativos). Definirnos como seres que buscan satisfacer y no optimizar (*satisfying animals*, no *optimizing animals*) entraña una idea distinta de las estrategias que emprendemos para alcanzar objetivos.

²⁰³ Herbert A. Simon, *Naturaleza y límites de la razón humana*, trad. E. Guerrero Tapia, México, FCE, 1989, p. 24; James G. March y Herbert A. Simon, *Teoría de la organización*, trad. J. Maluquer Wahl, 5.ª ed., Barcelona, Ariel, 1981, p. 152.

²⁰⁴ *Op. cit.*, p. 46.

Optimizar requiere procesos mucho más complejos que satisfacer. En la segunda alternativa, la realista, tomamos decisiones sin tener en cuenta todas las alternativas posibles y lo hacemos a partir de unas cuantas reglas relativamente sencillas que no exigen capacidad cognitiva suprahumana. Un ejemplo que ilustra la diferencia es “buscar en un pajar la aguja *más puntiaguda* que haya en él y buscar en el pajar una aguja lo suficientemente puntiaguda para coser con ella”.²⁰⁵

Otra dimensión cognitiva de la que carecemos y que el modelo de utilidad subjetiva esperada exige es nuestra atención permanente al asunto en cuestión; supone que la vida de las personas se reduce a atender el problema de acción colectiva que ocupa al investigador, que dedican una cantidad descomunal de tiempo para resolverlo; en realidad, avanzamos en cada situación según consideramos necesario y de la mejor manera que nuestros recursos cognitivos permiten un cada momento específico.²⁰⁶

Institucionalismo insuficiente

Como se apuntó antes, los seguidores de la teoría de la elección racional —en reacción a la escuela conductista que centraba el análisis en el individuo y relegaba las estructuras— subrayan como gran aportación de su parte revalorar la capacidad de las instituciones para modificar el comportamiento. Contengamos los vítores. Sin duda era necesario aclarar a los conductistas y a la ciencia política estadounidense que la circunstancia en que se dan las interacciones importa; sin embargo, yerran en el intento de corregir el camino. En realidad, el *rational choice* no incorpora al análisis la importancia de las instituciones;

²⁰⁵ Herbert A. Simon, *El comportamiento administrativo. Estudio de los procesos de adopción de decisiones en la organización administrativa*, trad. A. Lázaro Ros y E. B. Messina, Buenos Aires, Aguilar, 3.^a ed., 1988, p. XXVII; J. G. March y H. A. Simon, *op. cit.*, p. 155.

²⁰⁶ H. A. Simon, *Naturaleza y límites...*, pp. 32 s.

tan sólo, y de manera muy limitada, establece que las instituciones norman, incentivan y castigan *el comportamiento* de las personas, pero no reconoce la capacidad que tienen para estructurar los fenómenos. Son cosas distintas.

No hay que perder de vista que para la elección racional cada fenómeno, el que sea, es resultado únicamente de la serie de decisiones que tomen los individuos en una interacción; los individuos son capaces, considerando las limitaciones que imponen las instituciones y las voluntades del resto, de negociar la configuración general de las situaciones —poseen una fuerza creativa y destructora titánica. Para decirlo en su argot, sólo se suma la *variable* institución al comportamiento individual, pero las instituciones no una variable explicativa *per se*.

Esto deriva del error general de suponer que los fenómenos políticos se explican únicamente a partir de las interacciones de un grupo de personas, pues son sólo problemas de acción colectiva que se resuelven mediante el equilibrio al que se llega mediante procesos de negociación. La falla está en imaginar que resultado de interacciones es sinónimo de fenómeno social. Si bien el *rational choice* es una escuela neoinstitucional, es preponderantemente una forma de individualismo metodológico.

La teoría de la elección racional es un institucionalismo a medias, insuficiente; reconoce la influencia de las instituciones en el comportamiento individual pero no en la configuración general del fenómeno. La circunstancia sigue sin ser relevante, sigue siendo el *ceteris paribus*. Los seguidores de la teoría de la elección racional no lograron superar el error de centrarse sólo en el comportamiento individual que criticaron a los conductistas.

De hecho, los fundamentos que sostienen la teoría hacen imposible incorporar la importancia de las instituciones en la configuración de los fenómenos. En ella, los

asuntos políticos, como sus practicantes aducen, son sólo problemas de acción colectiva; es decir, resultado de las decisiones y las estrategias que emprenden sus participantes. Esto significa que los asuntos políticos son sistemas cerrados; se explican por las condiciones que están contenidas en ellos (preferencias dadas y jerarquizadas, individuos egoístas e instituciones que restringen la maximización de beneficios).

Desde esta perspectiva, al no haber condiciones externas que la modifiquen, la política es autorreferencial, como la lógica. Los fenómenos sociales son una expresión distinta de la información que ya estaba contenida en las premisas. Como en las matemáticas, no puede haber sorpresas, nada se descubre; ambos lados de la ecuación contienen los mismos datos, sólo se expresan en términos distintos. Precisamente ésta es la razón por la que en la teoría el cambio sólo es posible mediante “choques exógenos” y nunca por lo que sucede al interior del problema de acción colectiva. En un sistema cerrado no puede haber novedad, y por tanto tampoco desarrollo, historia, vida. No en vano recuperamos antes (n. 37) la observación de Oswald Spengler en que asevera que el principio de la *ley* —la búsqueda de leyes— rige la física, la matemática y la muerte; el principio de la *forma*, en cambio, permite una posibilidad infinita de expresiones, por lo que acompaña a la historia, la poesía y la vida.

Para ejemplificar lo que he calificado como institucionalismo insuficiente basta revisar los números recientes de las revistas más afines a la teoría elección racional. Encuentro un artículo en *Public Choice* en torno a la posible relación entre corrupción y asesinatos de periodistas.²⁰⁷ Al analizar las herramientas teóricas de los autores, se observa con facilidad que intentan explicar el fenómeno teniendo en cuenta sólo las

²⁰⁷ Christian Bjørnskov y Andreas Freytag, “An Offer You Can’t Refuse: Murdering Journalists as an Enforcement Mechanism of Corrupt Deals”, 2016, núm. 167, pp. 221-243.

decisiones de los individuos y que incorporan la importancia de las instituciones sólo en tanto variables capaces de limitar, en mayor o menor medida, las estrategias de los actores para maximizar sus beneficios.

Bjørnskov y Freytag exploran la relación potencial entre corrupción y asesinatos de periodistas mediante un modelo de teoría de juegos; elaboran el entramado lógico que debe seguir todo caso de corrupción para desembocar en el homicidio de un informador. La situación deber ser como sigue —siempre en cualquier país y en cualquier momento—: 1) una empresa (*F*) invita a un burócrata (*B*) a ser parte de un acto de corrupción; 2) *B* rechaza la oferta y denuncia el acto a un periodista; 3) *F* asesina al informador para que no publique la noticia.

F ofrece el soborno a *B* puesto que reduce sus costos de operación; al tomar la decisión considera dos condiciones institucionales. 1) La calidad del régimen legal. Un régimen robusto aumenta las probabilidades de ser descubierto y por tanto reduce los incentivos a incurrir en la falta. 2) Los costos regulatorios; mientras más altos sean, más incentivos habrá para ofrecer el soborno.²⁰⁸

B rechaza la oferta teniendo en cuenta los siguientes elementos: 1) el salario que recibe (mientras más alto, menos propenso a aceptar); 2) el valor monetario de la mejor alternativa a que podría aspirar si pierde el empleo (mientras más alto, más propenso a aceptar); 3) la probabilidad de ser descubierto (mientras más alta, menos propenso a aceptar) y 4) el costo moral de ser identificado por participar en una transacción ilegal (mientras más alto, menos propenso a aceptar).

²⁰⁸ ¿Recuerda el lector que apuntamos en el segundo capítulo la legitimidad que confieren las formas de la economía neoclásica al neoliberalismo? No elaboro al respecto porque no es el asunto del que busco ocuparme en este punto.

Apuntan los autores que estudios similares al suyo suelen considerar que para el burócrata el costo de rechazar el soborno es igual a cero. Bjørnskov y Freytag no concuerdan con tal aseveración y hacen una propuesta teórica para mostrar la estructura del costo moral que debe calcular este actor al tomar la decisión. Básicamente, el costo está determinado por un referente institucional: la libertad de prensa, que miden con la cantidad de periodistas dispuestos a publicar la noticia; mientras mayor sea la oferta, menos incentivos tiene el burócrata para aceptar el soborno (puesto que mayor riesgo de ser descubierto y de sufrir la humillación pública que ello implicaría).

El modelo continúa. Hay más elementos que encauzan el comportamiento de los actores por algún camino u otro. Hay más premios y castigos para sobornadores, burócratas y periodistas. Es innecesario desglosar el modelo completo. Lo que interesa es llamar la atención sobre el papel que desempeñan las instituciones y la capacidad de los individuos para definir las circunstancias. Como se observa, el fenómeno en su conjunto, los asesinatos de periodistas por casos de corrupción en cualquier país y en cualquier momento histórico se explican mediante las decisiones que toman las empresas que sobornan, los burócratas a quienes se invita al ilícito, los periodistas a quienes se informa del cohecho.

El texto de *Public Choice* muestra el tipo de institucionalismo que constituye la teoría de la elección racional, si acaso puede llamárselo tal. Es un institucionalismo somero, tímido, insuficiente. Como es claro, las instituciones no configuran el fenómeno; lo hacen sólo en tanto incentivan o amenazan el comportamiento de los individuos. Se considera en el análisis las siguientes instituciones: 1) régimen legal, cuya calidad aumenta o disminuye los incentivos de sobornadores y burócratas para cometer el delito; 2) costos

regulatorios, que, en caso de ser altos, incitan a las empresas a ofrecer sobornos; 3) costo moral, pues los burócratas arriesgan su reputación al participar en el ilícito; 4) la situación de la libertad de prensa es una variable que los burócratas tienen en cuenta para aceptar o no el soborno, pues, si puede ejercerse con holgura, aumentan las probabilidades de que se descubra su participación en el delito.

Las decisiones que toman los actores en el juego (para los autores constituyen las únicas posibles) son la explicación completa de los homicidios de informadores relacionados con la corrupción. No necesitamos saber más; no es necesario indagar sobre las condiciones particulares en que se dio el asunto; conocer a los actores específicos, de qué periodista se trata, conocer su trayectoria, saber si “una empresa corrupta” es responsable del asesinato o es cualquier otro actor, y es así porque —según los autores—, el responsable siempre es una empresa y el homicidio de informadores sólo puede suceder cuando éstos conocieron el caso por boca de un burócrata que rechazó el soborno.

Tampoco importan otras condiciones estructurales. ¿Cuáles son los procesos de violencia pública que enfrenta el país? ¿En qué sectores de los ámbitos público y privado hay más corrupción? ¿Qué tipo de instituciones participan en qué tipo de corrupción? ¿oficinas burocráticas en beneficio de un gobierno, partidos políticos, organizaciones no gubernamentales, agencias informativas? ¿El homicidio del periodista se explica por riñas personales completamente ajenas a su profesión? Ante una propuesta teórica como la de Bjørnskov y Freytag la lista de preguntas podría seguir; sería difícil detenerla puesto que el trabajo académico en cuestión no ha aclarado algo, cualquier cosa, sobre los homicidios de informadores. Si investigáramos alguno bajo este esquema, limitaríamos la

búsqueda a comprobar una hipótesis que, en caso de resultar falsa (lo cual no parece difícil), tan sólo significaría descartar una alternativa de entre una hojarasca infinita de explicaciones posibles.

En menos palabras, la teoría de la elección racional no reconoce todo el peso de las instituciones. A diferencia de lo que piensan los artífices y practicantes de esta escuela de pensamiento, las instituciones no son sólo equilibrios que estructuran las relaciones sociales como piensan Jack Knight y Randall Calvert; tampoco un conjunto de reglas, incentivos y castigos que condicionan el desarrollo de la racionalidad, como propone Guy Peters.²⁰⁹ Estas definiciones tan propias de la teoría del *rational choice* no reconocen la importancia de las instituciones en la configuración de los fenómenos, pues ignoran que la serie de decisiones que se despliegan en la interacción y el resultado a que éstas llevan sólo son posibles en tanto son parte de desarrollos históricos, culturales, económicos, políticos, lo que las vuelve elementos explicativos en sí y no sólo premios y castigos de un juego de decisiones.

Fundamentos filosóficos

Para muchos de sus seguidores, adoptar la teoría de la elección racional no se justifica únicamente por la utilidad epistemológica que encuentran en ella; hay detrás también una inclinación filosófica, un compromiso ético. Se explicó en el capítulo anterior que los postulados ontológicos fundamentales de la teoría son el reconocimiento de la libertad de los individuos y de su capacidad para actuar según sus convicciones, es decir, su racionalidad. Baste recordar que William Riker, uno de los padres fundadores del *rational*

²⁰⁹ Ver *supra*, n. 132.

choice, encontró en ella una defensa de la libertad frente a los modelos analíticos deterministas que dominaron prácticamente todo el siglo XX.

La disposición es loable, pero la teoría de la elección racional resultó un mesías bastante torpe como paladín de la libertad humana y, peor aún, fraudulento. Los supuestos y los métodos que construyen la teoría anulan la libertad de los individuos. Me explico y empiezo por el objetivo general que se propone el *rational choice*: encontrar las normas que rigen el comportamiento humano. Una ley social significa que un fenómeno (transición a la democracia, por ejemplo) se comportará de la misma manera cada vez que se manifieste o al menos seguirá alguno de los caminos preestablecidos que le corresponden. La ley requiere que las variables explicativas se comporten siempre de la misma manera. Los individuos somos parte de esas variables; más aún, somos la más importante (recuérdese que el *rational choice* es una forma de individualismo metodológico, estilo académico que supone que los fenómenos son, sobre todo, resultado de las decisiones de cada persona, de cada jugador). No es difícil ver que el supuesto de las personas como variable que se comporta siempre de la misma manera (o a partir de una lista definida de posibilidades) anula la libertad; para que la aspiración nomotética sea viable, es necesario que los individuos actúen siempre igual. Así, la búsqueda de leyes sociales que emprendió el *rational choice* restringe la libertad tanto cuanto el materialismo histórico que combatieron.

Esta escuela de pensamiento no sólo atenta contra la libertad del hombre y de los pueblos a lo largo del tiempo, también cercena la capacidad de autodeterminación en el transcurso vital de cada persona. Nuestras preferencias individuales, dicen, son eminentemente estables. Esto quiere decir que el devenir humano no consta nada más de

la repetición de uno en el otro *ad infinitum*; también nuestro devenir personal consiste en la repetición de nosotros mismos a lo largo de la vida. No somos —y no podemos ser— más que nuestro reflejo multiplicado en una serie de espejos que descubrimos en el pasado; es la misma imagen que nos promete el futuro.

La idea de racionalidad del *homo oeconomicus* también transgrede el ejercicio de la libertad. El hombre racional define sus estrategias *a priori* y en el desarrollo del juego es capaz de elegir la más conveniente de ellas según las decisiones que tome el resto de los actores. Esto equivale a decir que somos incapaces del aprendizaje, de idear nuevas posibilidades para alcanzar nuestras metas o para sortear alguna dificultad. Al ser capaces de vislumbrar todos los caminos que puede tomar un fenómeno, la libertad queda restringida a elegir alguna de las posibles respuestas que elaboramos *a priori* y, con ello, la libertad creativa desaparece. Sin reparar en ello, la teoría que defiende la libertad y que proclama respetar la capacidad para autodeterminarse supone que los individuos somos esclavos de nuestra razón.

REPERCUSIONES DE UNA IDEA

Consecuencias en la práctica científica

Se ha señalado en este trabajo la importancia de ver el éxito del *rational choice* como fenómeno social. La teoría se ha autoproclamado la mejor de todas en politología y la única verdaderamente capaz de desentrañar científicamente los fenómenos políticos, y, más importante aún, este discurso ha permeado la conciencia de buena parte del gremio. Irremediablemente, esta situación tiene consecuencias en la ciencia política como espacio social, como ámbito de interacción humana.

Como toda área de la vida en comunidad, los mundos académicos se rigen y se han regido por reglas particulares que cambian a lo largo de la historia. Estas normas tienen la función de ordenar la realidad social; demarcan, por ejemplo, las fronteras de pertenencia o la exclusión de los individuos a la academia en general o a alguno de sus espacios en particular; también establecen los criterios de reconocimiento, prestigio, remuneración, *inter alia*. Como apunta Pierre Bourdieu, estas normas son los criterios de pertenencia y de jerarquía que logran consagrarse como legítimas y, por tanto, regulan el acceso a los beneficios específicos que un campo de interacción social puede proveer.²¹⁰

²¹⁰ Homo academicus, trad. A. Dilon, México, Siglo XXI, 1.^a reimpr., 2013, p. 23. Refiero recurrentemente a la obra de Pierre Bourdieu en este apartado —en alguna medida lo construyo con base en sus ideas—, lo que para algunos puede resultar extraño. La sorpresa vendrá de la conocida afinidad del sociólogo con el estructuralismo, “el proyecto durkheimiano de una ciencia total de la sociedad y la cultura”, como lo define Loïc Wacquant. Este modelo aspira a alcanzar saberes eminentemente objetivos y perennes que se alojen en un gran *corpus* de conocimiento exacto y coherente. Como es claro, no es una idea muy distinta de la que caracteriza a la teoría de la elección racional y que critico en esta tesis. Echo mano de Bourdieu puesto que, a pesar de su afinidad con el estructuralismo (más acentuada en sus primeros años de trayectoria), también es cierto que su pensamiento se nutrió de muchas otras fuentes intelectuales, varias de cuales se alejan de esta concepción limitada del conocimiento; entre estas influencias Wacquant destaca a Ernst Cassirer, a Maurice Merleau-Ponty y al propio Ludwig Wittgenstein. De hecho, este estudioso del afamado sociólogo destaca como una de las virtudes de la obra bourdiana la capacidad de reunir en un solo entramado conceptual rasgos de “corrientes intelectuales y tradiciones académicas que típicamente se han concebido como discordantes o incompatibles”.

Aún más, Bourdieu se distancia de la rigidez del estructuralismo en la construcción epistemológica de uno de los conceptos teóricos más importantes que legó a las ciencias sociales: *habitus* (en palabras de Wacquant “el sistema de disposiciones durables y transportables mediante las cuales percibimos, juzgamos y actuamos en el mundo”). Según el crítico, en esta elaboración Bourdieu supera la supuesta antítesis entre, por un lado, las perspectivas que apoyan sus explicaciones principalmente en variables objetivas (las escuelas estructuralistas, por ejemplo) y, por otro, las que se recargan más en variables subjetivas (las escuelas constructivistas, *v., gr.*). Para las perspectivas de la primera categoría, “la realidad social consiste en conjuntos de relaciones y fuerzas que se imponen sobre los agentes, ‘independientemente de su conciencia y voluntad’”. Las perspectivas del segundo conjunto toman las representaciones sociales como base y “la realidad social no es sino la suma total de innumerables actos de interpretación por medio de los cuales la gente construye conjuntamente líneas significativas de (inter)acción”. Es decir, el concepto de *habitus* requiere elementos heurísticos objetivos y subjetivos: primero es estructurado, puesto que se forma a partir de patrones de las fuerzas sociales existentes que lo reproducen (componente objetivo), pero también es estructurante puesto aloja el conjunto de elementos a partir de los cuales cada individuo confiere sentido a su experiencia, experiencia con la cual ayuda a formar la realidad social (componente subjetivo), y ambas partes son indispensables para comprender el comportamiento (Loïc Wacquant, “Claves para leer a Bourdieu”, en Isabel Jiménez [coord.], *Ensayos sobre Pierre Bourdieu y su obra*, México, UNAM-Plaza y Valdés, 2005, t. 1, pp. 54, 57 y 61-63).

En este apartado intento explicar que, al instaurarse como perspectiva predominante, la teoría de la elección racional se vuelve uno de los criterios que estructuran las relaciones humanas al interior de la academia, de este espacio social que conocemos como academia. Por tanto, arguyo que, prescindiendo de las preferencias intelectuales —que de ninguna manera descarto—, adscribirse a la teoría de la elección racional resulta sumamente atractivo para los politólogos, ya que puede ayudar a conseguir beneficios concretos a quienes la practican: publicaciones en revistas prestigiosas, una plaza en un centro de investigación, estatus como figura intelectual, financiamiento para proyectos, etc. En breve, pertenecer a la escuela dominante en ciencia política puede ayudar a construir una carrera académica exitosa.

En tanto tienen la capacidad de ordenar las relaciones sociales en la academia, las teorías dominantes se vuelven capital —para usar los términos de Bourdieu—, puesto que permiten acceder a los beneficios que ofrece el campo. El fenómeno no es exclusivo de la ciencia política. Alban Bensa explica que sucede lo mismo en antropología; relata que durante su participación en un seminario en Bélgica cayó en cuenta de que Lévi-Strauss sigue siendo el eje que articula la mayoría de los discursos y, más aún, constituye el núcleo de la legitimidad, a pesar de que, en palabras de Bensa, “su obra no proponga ninguna herramienta para comprender nuestra época”.

Se puede estar de acuerdo o no con este juicio sobre el estructuralismo lévi-straussiano; para fines de este texto, esa discusión es irrelevante. Lo que interesa señalar es que hay una perspectiva teórica que domina la disciplina y que muchos antropólogos prefieren por conveniencia profesional. Dice Bensa, “Hay una relación innegable entre la carrera académica y la clonación de teorías eruditas... Repetir un esquema simple... a

partir de ejemplos canónicos retomados incansablemente en los manuales universitarios, permite ocupar posiciones importantes, así como el aprendizaje del catecismo es indispensable para una carrera eclesiástica”.²¹¹

El mundo académico, explica Bourdieu, ofrece beneficios personales de diversa índole. A partir de los apuntes que hace el autor en *Homo academicus*, puede elaborarse la siguiente división. En primer lugar, las prerrogativas y los atributos de poder estrictamente universitarios, como la pertenencia al campo de la ciencia —normalmente asociado a una plaza en una universidad o centro de investigación y una remuneración fija—, membresía a comités editoriales y jurados calificadores de concursos, juntas de profesores que deciden la admisión de estudiantes y nuevos investigadores, acceso a la difusión de las ideas propias en libros, revistas y coloquios, ocupación de un puesto de decisión en los órganos de gobierno de las instituciones de educación superior. En segundo lugar, atributos de poder menos institucionalizados y que pueden denominarse simbólicos: el prestigio científico (que además de la reputación en el campo puede reflejarse, *v. gr.*, en la referencia del trabajo propio en investigaciones de otros o en la traducción de la producción intelectual a lenguas extranjeras), la publicación en colecciones prestigiadas y la vinculación con instrumentos de amplia difusión, como periódicos, radiodifusoras y programas de televisión.²¹²

Grosso modo, estos son los beneficios personales que ofrece la estructura académica. La teoría de la elección racional, al ser uno de los criterios de pertenencia, de jerarquía y de prestigio, puede facilitar a sus seguidores el acceso a cualquiera de ellos. Me detendré

²¹¹ *Después de Lévi-Strauss. Por una antropología de escala humana. Una conversación con Bertrand Richard*, trad. L. Padilla Villagómez, México, FCE, 2015, pp. 63 s.

²¹² Ver, sobre todo, “Especies de capital y formas de poder”, pp. 99-169.

en un aspecto específico de tipo de poder simbólico: el que deriva de participar en la vida pública. La apertura de los espacios de discusión a científicos sociales se explica por sus objetos de estudio, por las áreas de conocimiento de las que forman parte. Los medios de comunicación y las audiencias están abiertos a los científicos sociales porque interesa su opinión autorizada sobre temas de interés público, como el ejercicio de poder, el origen y destino de grandes sumas de dinero, las políticas con que se pretende mejorar la vida de las personas. Ya que los politólogos se ocupan de estudiar el ejercicio del poder, el vínculo entre sus objetos de estudio y los temas de interés mediático es más directo que en el caso de los astrofísicos, por ejemplo.

Ser el sujeto social que investiga el poder se traduce en poder, ya que en los medios de comunicación hay espacios dispuestos casi *ex professo* para científicos sociales. Hay una ventana siempre abierta para que las ideas propias formen parte de la discusión pública; se alcanza una posición desde la que se puede impulsar algunos temas o ayudar a bloquear otros; se conquista un estrado desde el que, en algunos casos, puede penetrarse las conciencias de la ciudadanía. Desde luego, los politólogos que logran acceso a estos espacios son escasos, pero es innegable que siempre hay varios con capacidad de incidencia.

Hay otra forma muy común mediante la cual los científicos sociales participan en la vida pública, principalmente economistas, politólogos y especialistas en política pública: los servicios profesionales de consultoría, mediante los cuales se ejerce influencia —de manera directa y en virtud de la autoridad que confiere la ciencia— en toda clase de ámbitos: diseño o evaluación de programas, diagnóstico de un problema, comunicación

social. El negocio, sabemos, es diverso y los servicios reciben remuneraciones considerables.

Finalmente, hay otra vía de influencia a la que se puede acceder en tanto estudioso del poder, una a la que accede un número de académicos mucho menor: la consejería política; es sustancialmente distinta de la consultoría, porque no hay una relación laboral, sino, antes bien, un vínculo de confianza. Me refiero a las relaciones de afinidad entre académicos y políticos y —en algunos casos— de amistad que permiten conversaciones en que se discute la vida pública y de las que pueden surgir ideas que, en ocasiones, cristalizan en acciones de gobierno o en decisiones oficiales.

Para alcanzar el ejercicio de poder en cualquiera de estos ámbitos, es necesario consolidar primero el prestigio académico, pues esto es, precisamente, lo que legitima la ocupación de estos espacios. Busco señalar que los beneficios a que potencialmente se puede acceder siendo un politólogo exitoso favorece que muchos se decanten por la teoría dominante, por la teoría de la elección racional, pues hacerlo puede favorecer, primero, sus carreras académicas y, segundo, su posible influencia en los asuntos de la vida en comunidad. Además, la participación en la vida pública puede conferir mayor influencia en el ámbito estrictamente universitario. Como establece, Bourdieu, el capital llama al capital.²¹³

A un lector desprevenido podría parecer que uso la lógica de elección racional para criticar la misma escuela, pues señalo una suerte de posibles “incentivos” para adscribirse a la teoría y alcanzar beneficios personales. Es completamente cierto que hago este señalamiento, pero no desde una perspectiva de *rational choice*, pues no explico el asunto

²¹³ Homo academicus, p. 116.

que me interesa —la predominancia de este enfoque en ciencia política— únicamente a partir de este factor. Suponerlo equivaldría a ignorar los argumentos que se ofrecen en este trabajo en los apartados anteriores y posteriores que explican el fenómeno (el desarrollo de la modernidad científica, que supone hay un método único para conocer los fenómenos, el prestigio de la economía neoclásica y su emulación posterior en la ciencia política, el impulso que recibió la economía neoclásica del neoliberalismo, que es la etapa histórica que vivimos).

Tampoco supongo (ni lo he aducido) que el interés personal es la única razón que puede inclinar a los politólogos a guiar su investigación con base en la teoría de la elección racional —como haría un análisis propio del *rational choice*—; otras razones, por mencionar algunas, pueden ser la afinidad intelectual, pues la consideran útil; la perspectiva les resulta familiar y es la que mejor conocen; ofrece un esquema de trabajo muy estructurado y relativamente fácil de seguir.

Además de las pasiones burdas —el dinero, la seguridad laboral, la fama y el poder político—, hay motivos de otra naturaleza que pueden alentar la adscripción de algunos académicos a la teoría dominante; recaen en el área de la identidad. Todos estos motivos resultan de la filiación de la elección racional como hija de la modernidad científica. Se trata de establecer los criterios de demarcación, de definir fronteras entre quienes entran en ciertas categorías y los que no. En primer lugar, se busca distinguir entre quienes son científicos y quienes no lo son.

Se explicó en el primer capítulo que la modernidad se construye sobre la ilusión de que la historia consiste en el *progreso*, es decir, en el mejoramiento gradual e ininterrumpido de las circunstancias en que se desarrolla la humanidad. Suponemos,

además, que esta odisea es posible en virtud de los avances de la ciencia. No debe sorprender que estas premisas moldeen en el imaginario la certeza de que los responsables del desarrollo científico son los prodigiosos hijos de la modernidad que la construyen con su esfuerzo diario. Adscribirse a la perspectiva teórica cubierta con el velo de la superioridad científica debe ser sumamente seductor para quienes buscan consagrarse como científicos y distanciarse así de la gran masa que vive en el mundo de la *doxa* y no la del *episteme*. Michel Foucault encierra este mensaje en unas cuantas líneas con peculiar elegancia: “¿Qué sujeto hablante, qué sujeto discursivo, qué sujeto de experiencia y de conocimiento pretendes menospreciar cuando dices: *yo, que poseo este discurso, poseo un discurso científico y soy un erudito?*”²¹⁴

En segundo lugar, se busca establecer la diferencia entre quienes son verdaderamente científicos y quienes no lo son al interior de la academia con base en la científicidad que puede atribuirse a cada disciplina y a cada perspectiva teórica. Algunos politólogos pueden sentirse atraídos al *rational choice* por la satisfacción personal que puede acarrear la identificación con la teoría que encabeza los estándares de científicidad. De esta manera, los individuos pueden considerarse miembros del grupo mejor encaminado, el más autorizado y el que domina la disciplina por encima del resto que se aferra, en su mayoría, a prácticas anticuadas, obsoletas y de carácter protocientífico.

²¹⁴ Reproduzco las palabras en francés para no perder el sentido estético que Foucault imprime en ellas: « Quel sujet parlant, quel sujet discourant, quel sujet d’expérience et de savoir, voulez-vous minoriser du moment que vous dites : "Moi qui tiens ce discours je tiens un discours scientifique et je suis un savant"? » (« Il Faut Défendre la Société », en su libro *Cours au Collège de France*, París, Hautes Études-Gallimard-Seuil, 1997, p. 11, *apud* Éric Chauvier, *Anthropologie de l’ordinaire : Une Conversion du Regard*, Toulouse, Anacharsis, 2011, p. 50 [en adelante, *Anthropologie de l’ordinaire*]). En un ánimo cercano, dice Pierre Bourdieu: “La ‘metodología’ [es] esa serie de recetas o de preceptos que hay que respetar no para conocer el objeto sino para ser reconocido como conocedor del objeto” (“Conversación: *El oficio de sociólogo*”, entrevista de Beate Kraus con Pierre Bourdieu, en Pierre Bourdieu, *Capital cultural, escuela y espacio social*, comp. y trad. I. Jiménez, México, Siglo XXI, 2.ª ed., 2011, p. 56).

Un apunte más sobre las consecuencias que tiene el predominio del *rational choice* en la ciencia política. Al apearse al paradigma disciplinar, los politólogos no sólo procuran posibles beneficios personales de diversa índole; también confirman la legitimidad del *statu quo*, la validez de las estructuras que norman el campo académico. Para los fines que ocupan a este trabajo, baste señalar que validan el lugar predominante que ocupa la teoría de la elección racional.

Intentaré aclararme en este punto recapitulando un poco. Los mundos académicos, el de la ciencia política incluido, tienen un sistema propio de reconocimiento y jerarquización, y uno de los criterios que lo ordenan es el valor simbólico de cada perspectiva teórica. La elección racional es una de las perspectivas que dominan la disciplina, por lo que adscribirse a ella puede traducirse en beneficios concretos. Es decir, el *rational choice* es uno de los elementos que norman las relaciones en la ciencia política y que, por tanto, define al menos parcialmente el papel que corresponde a cada escuela de pensamiento, a cada centro de investigación, a cada coloquio y, muy particularmente a cada politólogo.

Esta estructura motiva a los investigadores a ceñirse al *establishment*, y la perspectiva de la elección racional es uno de los elementos que lo componen. Al echar mano del *rational choice* para construir sus carreras, los académicos no sólo procuran el beneficio personal; también legitiman la preeminencia de la teoría en la disciplina. Al usar esta perspectiva —como sucede con cualquier otra— los politólogos validan implícitamente su utilidad heurística.

El caso del *rational choice* es singular. Ya que se trata de la teoría que domina amplios sectores de la disciplina y que propugna una supuesta superioridad científica, su uso

ayuda a construir y confirmar esta preeminencia; representa la obediencia aquiescente a un discurso aleccionador y ayuda a reproducir el *statu quo*. En una relación simbiótica entre el individuo y el sistema que el valor de cambio es el poder: los politólogos que se adscriben a la teoría de la elección racional legitiman su predominancia en la disciplina, al tiempo que la usan para construir trayectorias académicas exitosas. En palabras de Bourdieu, “uno sólo es apoyado mientras apoye algo”.²¹⁵

Con estas ideas en mente, no es difícil entender la tentación que representa adscribirse a la teoría dominante. Más aún, resulta comprensible que muchos de los seguidores de la teoría de la elección racional se aferren a ella a pesar de las refutaciones que numerosos autores han demostrado en su contra. Deshacerse de ella podría comprometer la estabilidad laboral, los ingresos económicos, el acceso a puestos de autoridad y el prestigio académico; representa también una amenaza a la construcción de la identidad personal como científico y, por tanto, como adalid de la modernidad y edificador del progreso.

Políticas para predadores

Propone Paul Feyerabend que la libertad en las sociedades recaerá también en la diversidad de tradiciones epistemológicas que ejercen influencia en diversos ámbitos de la vida en comunidad.²¹⁶ Hemos visto que la pluralidad entre perspectivas heurísticas no es el caso en nuestra civilización, que sostiene un compromiso férreo con el positivismo y con la ilusión de que es la única forma legítima de entender los fenómenos, ya naturales, ya sociales.

²¹⁵ Homo academicus, p. 121.

²¹⁶ *La ciencia...*, p. 29.

El monopolio del conocimiento que detenta el positivismo sobre los procesos de política pública resulta particularmente relevante, pues éstos tienen la capacidad de transformar la vida de las personas directa e indirectamente, positiva o negativamente. En nuestros días, el neoliberalismo es la tradición en que cristaliza el positivismo en el área de política pública, y el neoliberalismo, recuérdese, diseña, implementa y evalúa políticas a partir de las formas de la economía neoclásica, las mismas que, por herencia, son propias de la teoría de la elección racional.

Consultar la prensa resulta útil para ilustrar la traslación de los fundamentos del *rational choice* a recomendaciones de política pública y a potenciales decisiones de acción gubernamental. En su columna en el *Excélsior*, la doctora por la Universidad de Harvard Viridiana Ríos intenta abonar al debate sobre estrategias de combate a la pobreza; en particular, busca ayudar a definir el problema, determinar sus causas. En sus palabras,

El gran problema de que el 42.9% de los mexicanos no pueda alimentarse con el ingreso laboral que se genera en su hogar, no es la pobreza. Al menos, no sólo es la pobreza. El gran problema es cómo esta cruda situación afecta los incentivos de las personas por trabajar, por invertir en su educación y por responsabilizarse de su situación económica. El gran problema son los incentivos.²¹⁷

Escribe la autora que cuatro de cada diez pesos que reciben los hogares en el decil más bajo provienen de transferencias y pagos en especie, lo que para ella “supone una enorme perversión porque estos mexicanos saben que una parte importante de su ingreso total continuará fluyendo independientemente de si se trabaja o no, o de si invierte en educarse o no, o de si es o no productivo”. En breve, los mexicanos más pobres prefieren no trabajar porque les faltan incentivos; viven de regalos y caridad o

²¹⁷ “El gran problema y dos soluciones”, *Excélsior*, México, 8 de marzo de 2015 (sec. Opinión).

viven del trabajo de otros. La ilación argumental revela con claridad la filiación teórica de quien escribe al *rational choice*.

Ríos cae en uno de los errores más frecuentes de esta escuela de pensamiento: no analiza el fenómeno en su circunstancia porque aspira a encontrar una especie de ley que explique una serie de casos “parecidos”. Supone que la gente, en general, elige el ocio sobre el empleo (premisa recurrente en las políticas neoliberales) y que su preferencia por el primero es enorme, pues ser incapaz de satisfacer las necesidades alimentarias con la remuneración laboral no es razón bastante para ocuparse. Así, concluye que si las personas tienen asegurado 40% de su ingreso, la decisión más razonable es el desempleo. No importa si hablamos de pobreza extrema o no. Es irrelevante si se trata de un hogar que sobrevive con menos de 400 pesos mensuales *per capita* o de una familia de multimillonarios.

Bajo el mismo influjo conceptual, propone Ríos que “toda transferencia monetaria o en especie por parte del gobierno esté condicionada a acciones que requieran de los individuos que las reciban inviertan en mejorar sus capacidades en los mercados laborales. Los programas sociales no deben ser caridad”. En muchas ocasiones, estipular requisitos para obtener el beneficio llevará a mejores resultados, pero no siempre. De nuevo, no es válido generalizar la idea; sostenerla es, de hecho, peligroso. Bajo este entendimiento, habría que desaparecer varios programas sociales, como el de Pensión de Adultos Mayores de la Secretaría de Desarrollo Social, pues regalar 525 pesos mensuales a quienes no tienen percepciones por jubilación mejorará poco o nada su capacidad productiva.

La simplicidad argumentativa no es inquietante por mero rigor intelectual, sino porque el texto se inscribe en un debate sobre estrategias de combate a la pobreza, cuyas propuestas triunfantes tendrán consecuencias en la vida de las personas. Si esos argumentos terminan por legitimarse entre los tomadores de decisiones, se estaría tratando el asunto con un diagnóstico equivocado, lo que normalmente lleva a herramientas de política incorrectas.

Es claro que, prescindiendo del interés estrictamente intelectual que despiertan, las ideas que se discuten en ciencia política y en política pública son relevantes porque tienen la capacidad de transformar para bien o para mal la vida de las personas si se las usa para diseñar e implementar programas. Por ello, es particularmente importante en estas áreas del conocimiento atender el llamado de Paul Feyerabend para abrir los espacios de influencia mediática, política y profesional a distintas perspectivas teóricas, lo que permitiría contar con un abanico amplio de opciones del cual se puede echar mano según los retos que imponga cada asunto.

Perspectiva teórica sin perspectiva moral

Un breve apunte sobre las consecuencias que puede tener sobre la moral la ambición positivista de generalización. Cavila Hanna Fenichel Pitkin que la conquista de la objetividad científica y el distanciamiento puede representar que veamos a las demás personas como objetos. Recupera la filósofa a A. I. Melden para señalar que si consideramos las acciones abstrayéndolas por completo de las circunstancias en que ocurren, las privamos de significado, de sentido y en consecuencia dejamos de ver un sujeto actuante, una persona para ver una cosa. Nos volvemos incapaces de la empatía.

El resultado no es que empecemos a considerar la situación del otro inmoralmemente, sino amoralmemente, pues lo hemos deshumanizado. Así, las relaciones sociales se convierten en problemas técnicos, y “el gobierno de los hombres se reemplaza por la administración de las cosas”.²¹⁸

Con esta transformación de la mirada hacia el otro, no debe sorprender que se diseñe e implemente políticas públicas sin dedicar atención a la circunstancia específica en que viven las personas. Esta eliminación de la perspectiva moral a que puede llevar la confianza en una perspectiva teórica que ignora las circunstancias particulares explica la siguiente memoria que relata Erik S. Reinert, economista no ortodoxo y asesor para países pobres en materia económica. Cuenta el pensador noruego que en mayo de 2003 repasaba en Arusha, Tanzania, la conferencia que daría ante el Parlamento de África Oriental (que reúne a los de Kenia, Uganda y Tanzania) sobre los efectos empobrecedores que la globalización y el libre comercio han tenido en sus países. Entró en el despacho uno de los legisladores, un general tanzano, y dijo al economista: “He leído su artículo y sólo tengo una pregunta para usted... ¿Nos subdesarrollaron a propósito?”.²¹⁹

El general se refería a los efectos que producen las medidas del famoso Consenso de Washington, que, entre otras cosas, establece desde 1990 que los sistemas económicos de todos los países —sin importar ya las condiciones de bienestar de la población, ya el tamaño de su economía, ya sus recursos naturales, ya el desarrollo de su tecnología o cualquier otra consideración— deben: liberalizar el comercio, no limitar el flujo de las

²¹⁸ H. F. Pitkin, *op. cit.*, pp. 32 s. A. I. Melden, *Free Action*, Nueva York, Humanities Press, 1961, p. 192, *apud ibid.*, p. 321.

²¹⁹ *How Rich Countries Got Rich... And why Poor Countries Stay Poor*, Nueva York, Carroll & Graf, 2007, p. 203.

inversiones extranjeras directas, desregular los mercados y privatizar los activos públicos. Estos mecanismos prometen, entre otras cosas, fijar precios óptimos, con lo que las naciones alcanzarán tasas de crecimiento elevadas.²²⁰

La respuesta de Reinert al general, y más aún la parte de la misma que confiesa no haber sido capaz de enunciar, es conmovedora y dolorosa: “parece haber sólo dos alternativas... lo hicieron por ignorancia o lo hicieron por maldad; es posible, desde luego, una combinación de ambas. Tal vez se pueda decir también que el sistema los llevó a hacerlo”. El legislador tanzano devolvió un “gracias”. Dice Reinert que no añadió que después de los juicios de Núremberg “el sistema me obligó a hacerlo” ha dejado de ser una respuesta aceptable.²²¹

Una idea de la sociedad

Imaginar que hay una esencia que define el carácter de nuestra especie no es un mero error ontológico; tampoco es sólo una idea falsa que funge como sustento de explicaciones equivocadas de los fenómenos políticos. Creer que por definición somos seres egoístas y maximizadores tiene repercusiones mayores. Volvamos al teorema de Thomas: lo que es real en la imaginación es real en sus consecuencias. Si suponemos que —igual que al resto de la humanidad— animan nuestras acciones la mezquindad y el cálculo, construiremos nuestra disposición ante el mundo en estos términos, interiorizaremos que eso nos define y buscaremos protegernos de la rapacidad de nuestros congéneres.

²²⁰ *Ibid.*, p. 204.

²²¹ *Loc. cit.*

Thomas Hobbes ofrece el ejemplo perfecto de la cavilación política y las recomendaciones sobre el diseño institucional que derivan de esta idea de naturaleza humana. Recurro al inglés por ser el defensor más reconocido de estas ideas. Como apuntó Marshall Sahlins, las cavilaciones de Hobbes, de Tucídides y de los pensadores que comparten su creencia sobre la voracidad del hombre no importan únicamente por el peso que tienen en el archivo de las ideas políticas; importan, aún más, por las consecuencias que tienen en el desarrollo de la humanidad.

Sahlins ejemplifica las repercusiones que tiene la ilusión de la naturaleza humana en el nacimiento de Estados Unidos como nación independiente. Explica el antropólogo que a pesar de haber desacuerdos entre los padres fundadores (algunos sustanciales) sobre el poder que debía ejercer el gobierno federal o sobre cómo proteger las libertades individuales, por ejemplo, había un consenso general: los hombres somos egoístas y rapaces por naturaleza. Escribió Hamilton en *The Federalist Papers*: “A juzgar por la historia de la humanidad, deberíamos estar obligados a concluir que las pasiones ardientes y destructivas de la guerra reinan en el pecho del hombre con mucho más influjo que los afables y benéficos sentimientos de la paz”. John Adams, a propósito de las impresiones que causó en él la lectura de Tucídides: “La naturaleza humana es tan incapaz ahora de embarcarse en revoluciones dando prueba de carácter y seriedad, de paciencia y prudencia, sin dejarse llevar por la furia y locura, como lo era entre los griegos hace mucho tiempo”.²²²

Al diseñar el gobierno de su Estado con las restricciones de la circunstancia, pero también con amplia capacidad para establecer cimientos, este grupo de notables decidió

²²² *Apud* M. Sahlins, *op. cit.*, pp. 87 y 90 s.

no omitir la naturaleza del hombre. Si la abyección es la constante, ¿cómo alcanzar el bien común? La respuesta: explotando el egoísmo, aprovechándolo como virtud. De la mano de las cavilaciones de Adam Smith, los padres fundadores supusieron que el interés colectivo se construye cuando cada quien se ocupa de los intereses individuales. Así lo defendió John Marshall en los debates de la convención de Virginia en que se ratificó la Constitución de los Estados Unidos: “El interés de la comunidad está combinado e inseparablemente conectado con el del individuo. Cuando promueve su propio bien, promueve el de la comunidad. Cuando tomamos en consideración el bien común, tomamos en consideración el nuestro”.²²³

Uno de los atributos más reconocidos del sistema político estadounidense es el sistema de pesos y contrapesos (*checks and balances*). No suele decirse, sin embargo, que su institución responde a la certeza de que las personas buscaremos siempre el beneficio personal. Para hacer frente a esta disposición innata, era necesario el equilibrio entre fuerzas egoístas. Decía John Adams que el poder debe oponerse al poder y el interés al interés; James Madison aseguraba que “es necesario hacer que la ambición contrarreste la ambición... Si los hombres fueran ángeles, no se necesitaría gobierno alguno”. Por ello, eran necesarios distintos tipos de equilibrio: para empezar, el más tradicional, entre los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, pero también entre los estados y la federación, lo mismo que entre el pueblo y sus representantes y entre las legislaturas locales y la nacional.²²⁴

Las ideas importan; tienen la capacidad de configurar la experiencia humana. La idea del hombre predador no ha sido excepción, pues ha sido un componente

²²³ *Ibid.*, pp. 94 s.

²²⁴ *Ibid.*, pp. 90 y 92.

fundamental de la idea que tenemos sobre nosotros y sobre el resto; ha regido los principios que elegimos para ordenar la vida en comunidad. Baste recordar que los fundamentos de un sistema de gobierno —el del país que establece las tendencias culturales y que posee el ejército más poderoso— se construyó al menos parcialmente animado por una certeza que los padres fundadores de Estados Unidos adquirieron de Hobbes, de Tucídides y del espíritu que creyeron reconocer en sus compatriotas.

Homo oeconomicus y principio de rendimiento

La introyección de que somos egoístas y calculadores tiene consecuencias en el desarrollo de la civilización de que formamos parte; en particular, es uno de los elementos que permiten el funcionamiento del capitalismo de nuestro tiempo. Intentaré explicar por qué con base en ideas de Freud y de Marcuse.

Estableció el padre del psicoanálisis que los humanos nos regimos por dos fuerzas principales: el principio del placer y el principio de realidad. Muy esquemáticamente, el inconsciente está regido por aquél y nos llama a satisfacer instintos y deseos de forma inmediata y a evitar toda experiencia desagradable. El segundo representa los límites del primero, pues demuestra a los individuos que la satisfacción plena y libre de sufrimiento de sus necesidades es imposible. Esta represión de los impulsos es la lógica que permite la vida en comunidad y la empresa civilizatoria. “Dejados en libertad para perseguir sus objetivos naturales, los instintos básicos del hombre serían incompatibles con toda asociación y preservación duradera... Por tanto, los instintos deben ser desviados de su

meta, inhibidos en sus miras. La civilización empieza cuando el objetivo primario —o sea la satisfacción integral de las necesidades— es efectivamente abandonado”.²²⁵

El principio de realidad se impone sobre el del placer, pero eso no significa que las pulsiones desaparezcan; se modifican, cristalizan en expresiones que no atentan contra el proceso civilizatorio y que, por el contrario, lo construyen. La transfiguración específica de los deseos depende de la organización social vigente; es decir, “los diferentes modos de dominación... dan lugar a varias formas históricas del principio de realidad”.²²⁶

Marcuse denomina al principio de realidad de nuestro momento histórico *principio de rendimiento* (también traducido como *principio de actuación*), que se distingue por estratificar a los individuos y a los grupos sociales según el lugar que ocupen en los procesos productivos (según su “actuación económica”). La sublimación interpuesta de las pulsiones en esta forma de organización se basa en el intercambio de satisfacción inmediata por satisfacción retardada, de gozo (juego) por fatiga (trabajo), de receptividad por productividad.

En este sistema, la gran mayoría satisface sus pulsiones transfiguradas mediante los beneficios que obtiene de un empleo, que esencialmente es un trabajo enajenado, pues reproduce las necesidades de un sistema sin procurar las propias. A cambio, el individuo recibe de su ocupación económica un conjunto de mercedes que ha aprendido a desear, como diferentes bienes y servicios y la tranquilidad de cumplir las expectativas que de él

²²⁵ Tomo la explicación clara y sucinta que hace Herbert Marcuse de las ideas freudianas en su *Eros y civilización. Una investigación filosófica sobre Freud*, trad. J. García Ponce, México, Joaquín Mortiz, 3.^a ed., 1968, pp. 27 ss.

²²⁶ *Ibid.*, pp. 49 ss. y 55 ss.

se esperan en tanto miembro de la sociedad.²²⁷ En pocas palabras, un principio de realidad exitoso logra empatar las necesidades del sistema con las que crea en y para el individuo, como hace el principio de rendimiento.

Intento argumentar que una de las precondiciones para que se lleve a cabo este mecanismo en el “modo de dominación” actual, *id est* en el capitalismo contemporáneo, es que los individuos interioricemos que somos egoístas y maximizadores. La transfiguración de las pulsiones que llevamos a cabo mediante el principio de rendimiento es posible en vista de que hay un conjunto de supuestos sobre los que se construye la civilización tal como la vivimos, y uno de ellos es la certeza de que nuestra naturaleza es la del *homo oeconomicus*. La introyección de que somos egoístas y calculadores es necesaria para que funcione una cultura que se ha construido en muchos ámbitos sobre la idea de que estamos indefectiblemente marcados por estas características.

Baste como ejemplo el que probablemente es el más importante: la vida laboral. Primero, hay que tener en mente, que, como explica Marcuse el empleo es el mecanismo que permite sublimar en él y en otros objetos a los que éste da acceso (el consumo, principalmente) las pulsiones que no pueden satisfacerse de manera directa. Segundo, tenemos una actividad remunerada puesto que el trabajo se ha organizado como un mercado, “el mercado laboral”, el cual se rige, como todos los demás, por la lógica de competencia, en la que los mejores oferentes lograrán vender su servicio. La convicción de que somos egoístas y maximizadores permite que funcione adecuadamente un sistema

²²⁷ *Ibid.*, pp. 28 y 59 ss. Marcuse no niega que haya formas de trabajo que permitan alcanzar una satisfacción libidinal considerable, pero insiste en la necesidad de reconocer que son excepciones al conjunto de relaciones de trabajo que edifican la civilización (*ibid.*, p. 97).

que necesita que los individuos rijan su comportamiento por inclinaciones egoístas y estén determinados a maximizar beneficios.

En breve, la introyección de que somos un *homo oeconomicus* es uno de los elementos que dan vida al principio de rendimiento, pues ayuda a transfigurar las pulsiones de los individuos en deseos que no sólo no atentan contra la vida en sociedad, sino que sostienen las estructuras económicas y culturales del capitalismo contemporáneo.

Individuo ahistórico

El supuesto reconocimiento de la libertad que intenta la teoría de la elección racional lleva el argumento demasiado lejos, ya que construye un individuo filosófico tan libre y tan capaz de autodeterminarse que no necesita del mundo para construir su identidad. Defiende esta escuela de pensamiento que para fines analíticos las preferencias de las personas deben tomarse como dadas, por lo que innecesario indagar en su origen. Parece, antes bien, que las preferencias no vienen de lugar alguno, sino que nacen del interior del individuo, de su infinita capacidad de autodefinirse. Aunque todo apunta a que ésta es la noción que subyace en su conceptualización de los humanos, dejaré de lado esta parte del análisis, puesto que los seguidores del *rational choice* no dicen explícitamente que el individuo forma sus deseos fuera de la interacción humana, sólo aseguran que es irrelevante determinar de dónde vienen. Shepsle y Bonchek, por ejemplo, afirman que las fuentes de que surgen las preferencias deben estar en algún sitio, pero que corresponde a biólogos, psicólogos o sociólogos encontrarlas.²²⁸

²²⁸ *Op. cit.*, pp. 16 s.

Me centro entonces en la aseveración de que las preferencias son estables, es decir, no suelen cambiar en el tiempo. Adoptar este supuesto implica que la interacción del individuo con otros y su desarrollo en los sistemas sociales no lo modifica. Ni los éxitos o fracasos, ni el contacto con ideas nuevas, ni nuestra experiencia a lo largo de los años son capaces de enseñarnos algo, cuando menos no lo suficiente para transformarnos, para incitarnos a tener deseos distintos en diferentes momentos. Esta característica revela un sujeto filosófico tan libre que no depende de nada y que, por tanto, es capaz de conformar su identidad en autonomía plena. Este ser inmutable es un individuo ahistórico. Desde luego, es una idea falsa que representa la anulación de la vida en todo sentido. El ser y la historia son permanente evolución. Norbert Elias pone en evidencia la falsedad del sujeto ahistórico en pocas líneas:

Todo individuo presupone la existencia de otros hombres que estaban antes de él. Un niño que se desenvuelve y convierte en adulto, creciendo en un grupo, aprendiendo un lenguaje que existía antes que él; o una pauta civilizadora para regular sus instintos y afectos. Y todo esto resulta imprescindible no sólo para convivir con los demás, sino para vivir consigo mismo, para sobrevivir y para desarrollarse y llegar a ser un individuo humano.²²⁹

El hombre ahistórico es un ser enajenado del mundo que interactúa con quienes lo rodean, pero que no se inserta en una sociedad; no es parte del mundo, sino un mundo en sí; es autónomo y goza de una capacidad irrestricta para autodefinirse. Los otros, en consecuencia sólo son un límite a la maximización de beneficios o una herramienta para alcanzarlos.

Permítaseme una breve digresión. Todo apunta a que el asunto de que hablamos es la identidad, en particular de una aparente aspiración a ser capaces de controlar todo lo que somos, de autodefiniros. La elaboración de un sujeto filosófico autosuficiente puede

²²⁹ *Op. cit.*, p. 42.

estar animada por una necesidad epistemológica, pero también por la búsqueda de cimientos ontológicos que permitan confirmar la ilusión de que cada uno es autosuficiente, que no necesita del mundo exterior para definirse y, por tanto, para ser.

Entender que somos seres históricos, no espontáneos y que nuestra libertad está condicionada por lo que deseamos significa renunciar a la conceptualización de cada uno de nosotros como dioses completamente autónomos, todopoderosos e inexorables. Entendernos como producto de la historia rompe con una ideal de sí y, al mismo y tiempo, termina con la conceptualización del mundo como el escenario en que seres enajenados compiten por maximizar sus beneficios.

RUTAS ALTERNATIVAS

Thomas S. Kuhn llamó la atención sobre la importancia de los paradigmas científicos hace varios decenios. Como él explica, son importantes porque conducen el desarrollo de la ciencia, del área de conocimiento sobre el que se erigen como canon. A partir de ellos se definen los métodos, los problemas de que se ocupará el campo y los procedimientos legítimos para tratarlos.²³⁰

Teniendo clara la relevancia de los paradigmas, Paul Feyerabend hizo otra aguda observación sobre ellas al denunciar la pobreza indagatoria de limitarse a un solo método científico, el que consiste en observación, hipótesis, comprobación o cualquier otro. Explica el austriaco que, en primer lugar, es falso que la ciencia, se guíe en la práctica a partir del compromiso irrestricto con un solo procedimiento, con una sola “racionalidad científica”. Feyerabend llama, entonces, a reconocer la importancia de que la ciencia se

²³⁰ *La estructura de las revoluciones científicas*, trad. C. Solís Santos, México, FCE, 3.^a ed., 4.^a reimpr., 2012, p. 202.

desarrolle a partir de una pluralidad de tradiciones, métodos, teorías y cualquier herramienta que resulte útil.²³¹

Como resulta claro, que una teoría monopolice el ejercicio legítimo de una disciplina resulta pernicioso, pues aniquila la capacidad creativa para idear nuevas posibilidades heurísticas. Este problema es grave en cualquier campo, pero es aún más preocupante cuando la teoría predominante, como sucede con el *rational choice*, está construida sobre supuestos del hombre, de la sociedad y de la política que la impiden para dar cuenta de los fenómenos sociales.

Conviene ahora hacer algunos apuntes sobre alternativas heurísticas que han demostrado ser mucho más efectivas en esta empresa. Saber que la elección racional con todas sus fallas es el paradigma que moldea mucho de lo que se escribe en la disciplina es preocupante. El panorama, sin embargo, es menos desolador si decimos también que hay tradiciones, perspectivas, métodos que ofrecen herramientas de análisis mucho más sofisticadas y que se han mostrado capaces de develar la realidad social con mayor precisión. Concentro los apuntes que siguen en ideas que cubren algunos errores de la teoría de la elección racional que se enumeraron en este trabajo.

Los fenómenos y su circunstancia

He insistido en el error en que incurre la teoría de la elección racional al prescindir en sus explicaciones de la circunstancia en que se dan los fenómenos. Aseguran sus seguidores incorporar la importancia de las instituciones al análisis; sin embargo, sólo las consideran

²³¹ *Tratado contra el método*, pp. XV, 1 *et passim*.

premios y castigos que motivan al comportamiento individual y dejan de lado el verdadero peso que tienen en la configuración de sus objetos de estudio.

Un análisis más completo de las interacciones sociales y más fiel a las condiciones en que suceden necesita trabajar a partir de conceptos como el de *representación perspicua* de Ludwig Wittgenstein —que presenté en el primer capítulo—, el cual exige entender los fenómenos en su conjunto, observar las relaciones que guardan los elementos que lo componen, las lógicas que en ellos conviven, las cuales en ocasiones difieren entre sí e incluso se contraponen. De esta manera, es posible ver sistemas, conjuntos de ambientes y características que confieren sentido a lo que se observa. Volvamos a Wittgenstein: “La atmósfera es *inseparable* de la cosa. —No es, por lo tanto, una atmósfera”,²³² sino que conforma al fenómeno.

En su crítica al formalismo en estudios literarios (que es una especie de expansión del positivismo a este campo), Mijaíl Bajtín llama la atención sobre la necesidad de analizar las cosas en su circunstancia. “Efectivamente —dice el teórico—, no se puede comprender siquiera un enunciado concreto sin participar en su atmósfera axiológica, sin comprender su orientación valorativa en el medio ideológico”. Para hacerlo, propone un concepto que desempeña la misma función que la representación perspicua de Wittgenstein, la *valoración social*, que es la “actualidad histórica que une la existencia singular del enunciado con la plenitud y el carácter general de su sentido, actualidad que individualiza y concreta el sentido”. Así pues, “el elemento valorativo introduce

²³² *Filosofía de la psicología*, t. 1, §337.

ininterrumpidamente la obra de arte en el tejido general de la vida social, de una época histórica determinada y en un grupo social concreto”.²³³

Por su parte, Éric Chauvier explica que las nociones subyacentes (*connaissances d'arrière-plan*) son un cúmulo de información que permite a los individuos participar en las interacciones sociales de que forman parte y es también una herramienta que debe tenerse en mente para comprender los intercambios que en ellas se dan.²³⁴ Él mismo ofrece un ejemplo extraordinario en que demuestra la importancia de prestar atención a las sutilezas, ya que éstas se desarrollan a partir de las nociones compartidas entre quienes interactúan; pueden revelar, entonces, cuáles son esas nociones, las actitudes de cada sujeto, las estrategias, los valores que están en juego, etc. Se trata de un estudio antropológico original y perspicaz en el que el autor analiza su propia familia durante un periodo marcado por cambios en las relaciones de sus miembros como resultado de la lucha contra el cáncer que enfrentó su madre.

Uno de los elementos de análisis del libro es una breve conversación telefónica entre Chauvier y su madre en la que el primero anuncia que iniciará en breve la visita a casa de sus padres en Alto Viena, Francia. Ella pregunta si irá con la que en el momento era pareja sentimental de Éric, a lo que él contesta “No, ha terminado”, y ella “Qué lástima; era agradable”. La reacción del hijo: “Mmm. Bueno, hasta mañana, entonces”.

²³³ *El método formal en los estudios literarios: introducción crítica a una poética sociológica*, trad. T. Bubnova, Madrid, Alianza, 1994, pp. 195 s. y 200. En un sentido cercano, dice Valentín Nikólaievich Voloshinov, discípulo de Bajtín, que “la comprensión del signo es el proceso de relacionar un signo dado que tiene que ser comprendido con otros signos ya conocidos; en otras palabras, la comprensión responde al signo con otros signos” (*El marxismo y la filosofía del lenguaje. [Los principales problemas del método sociológico en la ciencia del lenguaje]*, trad. T. Bubnova, Madrid, Alianza, 1992, p. 34, *apud* Domingo Sánchez-Mesa Martínez, *Literatura y cultura de la responsabilidad. [El pensamiento dialógico de Mijaíl Bajtín]*, Granada, Comares, 1999, p. 131.

²³⁴ *Anthropologie de l'ordinaire*, p. 62.

Finaliza la llamada con la despedida de vuelta que hace la madre: “Bueno, hasta mañana”.²³⁵

Esta conversación, dice Chauvier, sólo pudo desarrollarse de tal manera por la circunstancia en que se inscribe, es decir, por el tipo de relación que entre ambos sujetos se ha configurado durante toda una vida de intimidad; se da en un periodo extraordinario de la trayectoria familiar. Además, demuestra el autor también que uno de los rasgos objetivos del intercambio, la entonación, es mucho más que eso; es un elemento de comunicación, un componente cargado de significado que ayuda a los hablantes a conducir la interacción. Sin este elemento resultaría imposible comprenderla, pues, explica el antropólogo, “la apreciación de la enunciación de un hablante depende siempre de un proceso de contextualización en el que negocia su línea de conducta”.²³⁶

Durante todo el curso de la conversación telefónica, mi madre y yo pudimos confiar en nuestras respectivas entonaciones de voz... En virtud de mi posición nativa, es posible relacionar la voz de mi madre con un conjunto de expresiones habituales... En esta secuencia, cada intervención de mi madre está relacionada con ciertos hábitos lingüísticos que identifican su discurso... En esta secuencia, por la novedad del tema sobre el que hablamos, es decir mi ruptura con A, que en ese momento era mi novia, hay un primer dato que concierne al laconismo general del intercambio... Es necesario señalar la distancia entre lo que es posible decir y lo que en efecto se enuncia... La configuración del intercambio, basado en la iteración, indica que ella busca obtener más información sobre mi relato, mientras yo esquivo cada uno de sus intentos... Yo he aprendido a evitar mediante la timidez los temas que no quiero tratar. Es por ello que reconozco una regularidad en los intercambios con mi madre.

La enfermedad de mi madre se puede mencionar sólo en tanto noción subyacente. En consecuencia, no la evoco en momento alguno durante nuestro intercambio. No quiero evocarla. Esta situación en la que dos hablantes deben entenderse, por iniciativa de uno de los dos, para evitar hablar de un tema que se impone (en este caso la enfermedad de mi madre, pero también la ruptura con A) necesita analizar otros momentos en los que es posible reconocer las estrategias. La interpretación de las conversaciones ordinarias e íntimas en ningún caso puede reducirse a la coherencia semántica en la que alguno de los hablantes considere únicamente el sentido general de las palabras. La intimidad descansa en un conjunto de codificaciones entonativas en la que los

²³⁵ Reproduzco la conversación completa para evitar perder el sentido de lo que dice Chauvier. « Moi : Bonjour... C'est moi. Je rentre demain. Ma mère : Bonjour mon grand. Tu viens avec A. ou elle te rejoint ? Moi : Non, c'est fini. Ma mère : Comment ça 'fini' ? Moi : Fini quoi. On n'est plus ensemble. Ma mère : C'est dommage, elle était gentille A. Moi : Humhm. Bon, allez à demain. Ma mère : Bien écoute, à demain » (*Fiction Familiale. Approche Anthropolinguistique de l'ordinaire d'une Famille*, Burdeos, Universidad, 2003, p. 28; en adelante, *Fiction Familiale*).

²³⁶ *Ibid.*, pp. 28 s.

locutores reiteran una forma de comunicación hasta que la elevan al rango de hábito. Mi madre y yo encontramos en este intercambio la ocasión de asociarnos mediante un rasgo que nos distingue. Inventamos la regularidad de nuestras formas de asociación íntima.²³⁷

Búsqueda de leyes vs. búsqueda de sentido

Hemos visto que los seguidores de la elección racional concentran sus esfuerzos en buscar las leyes que, según ellos, deben explicar los fenómenos sociales. Como apuntaron Green y Shapiro,²³⁸ esta ambición nomotética ha resultado en escaso trabajo empírico en la producción académica de esta teoría. Desde una perspectiva positivista, se entiende que sea así, puesto que al encontrar —supuestamente— las normas que rigen el comportamiento humano a partir de un fenómeno particular es innecesario analizar con evidencia empírica cualquier otro, ya que tienen la misma estructura; además, los hombres en esencia también son iguales y se comportarán de manera muy similar en circunstancias parecidas, por lo que parece innecesario detenerse a observar cómo son, quiénes son y cómo se condujeron en el caso que interesa más allá de una matriz de decisiones.

Es, pues, necesario reconocer que todo fenómeno es único, por lo que exige que se estudien sus particularidades y no se lo subsuma en una categoría conceptual que intenta explicarlo a partir de una lista de variables medibles. Reconocer la individualidad de cada caso requiere una disposición heurística muy distinta a la del positivismo; exige, de hecho, una transición muy parecida a la que vivió Ludwig Wittgenstein entre sus dos

²³⁷ *Ibid.*, pp. 28-30. A propósito dice Mijaíl Bajtín que la entonación expresiva, a diferencia de la entonación sintáctica “matiza cada palabra de un enunciado, refleja su irrepitibilidad histórica. La expresividad no se determina por el esquema lógico del significado, sino por toda su plenitud y totalidad individual, y por toda la situación histórica concreta. La entonación expresiva matiza igualmente el sentido y el sonido, acercándolos íntimamente en la irrepitible unidad del enunciado. Desde luego, la presencia de la entonación expresiva no es en absoluto obligatoria, pero donde existe constituye el ejemplo más patente de la valoración social” (*op. cit.*, p. 196).

²³⁸ *Supra*, p. 81.

célebres fases intelectuales: percibir la realidad como es y no como un sistema rígido preestablecido nos compele a ver; entender que el mundo es un conjunto de posibilidades, pero no las que puede prever la lógica, sino las que construyen los individuos y las colectividades. Esta transformación requiere abandonar la búsqueda de leyes de los fenómenos sociales para emprender la búsqueda del sentido que encierran.

Sólo al cambiar la dirección de los esfuerzos de las aspiraciones universalistas al análisis de lo particular es posible preguntar por el sentido, por lo que representa un proceso histórico para quienes participan en él y para quienes quedan excluidos. Asir el sentido de una acción, de un sentimiento o de un proceso requiere conocer el ambiente en que se desarrolla, la cultura de la que forma parte; fuera de ellos no tiene significado.

Resulta evidente que para lograrlo se necesitan formas de trabajo que permitan conocer a profundidad el asunto que se busca explicar y, a partir de ello, reconstruir la circunstancia en que se desarrolla. Buena parte del trabajo como científico social consiste en la búsqueda de sentido de lo que se observa. Jalar los hilos de elementos que en una primera aproximación parecen inconexos es entretejer el cuadro de la circunstancia que hace del objeto de estudio lo que es.

Interpretar para comprender

Alban Bensa defiende también la importancia de centrar la atención en los asuntos particulares; afirma que es necesario “mantenerse paralizado frente a la palabra, la frase, la actitud, manteniendo los ojos bien abiertos de asombro, hasta lograr comprender su sentido en donde éste se manifieste, sin ir a buscarlo en otro lugar”. Bensa complementa esta afirmación con una sentencia de la que discrepo, pues asegura que hay que describir,

pero no interpretar y se apoya en Wittgenstein para ello, quien, como se elucidó en el primer capítulo de este trabajo, también rechazaba la utilidad de las interpretaciones y las explicaciones frente a las virtudes de las descripciones.²³⁹

Como se explicó antes, la negativa de Wittgenstein a explicar equivale a renegar de una de las aportaciones más importantes que hizo en su segunda etapa filosófica. El vienés alcanzó la conclusión de que las cosas sólo se entienden en su circunstancia porque reconoció que la complejidad de los fenómenos recae tanto en lo observable cuanto en lo inasible, en el sentido, en la carga de significados. Si nos limitáramos a describir, quedarían fuera todos los elementos no objetivos, pues corresponden al acontecer empírico, y cualquier intento por describir ideas, sentimientos, intenciones caería en el campo de la especulación —de la interpretación. Negar la interpretación y la explicación implica regresar al Wittgenstein que veía en el lenguaje un sistema que sólo transmite la literalidad, por lo que únicamente da cuenta de lo observable; es el Wittgenstein que en el momento ignoraba que el lenguaje comunica lo inefable porque condensa cargas significativas muy densas. La comprensión total, cabal, plena de lo que un asunto significa para otro individuo es imposible; es cierto y lleva a autores como Bensa a rechazar las interpretaciones; sin embargo, la interpretación informada, inteligente, empática y responsable es la herramienta con que contamos para acercarnos a la explicación más precisa posible. La objetividad total del investigador es imposible; ya lo dijo Paul Feyerabend, “entender un objeto significa transformarlo”.²⁴⁰ En

²³⁹ *Op. cit.*, p. 102.

²⁴⁰ *La conquista de la abundancia. La abstracción frente a la riqueza del ser*, comp. Bert Terpsrta, trad. R. Molina y C. Mora, Barcelona, Paidós, 2001, p. 33.

consecuencia, hay que buscar perspectivas que permitan, como invita a pensar, *v. gr.* Michel Crozier, un vaivén entre la empatía y la distancia.

Sólo una posición heurística que defienda la necesidad de interpretar para comprender explica la respuesta de Germaine Tillion a la pregunta de Alison Rice sobre posibles cambios en su concepción de los fenómenos sociales y sus prácticas como etnógrafa después de su paso por campos de concentración en la Segunda Guerra Mundial: “Absolutamente. Sin duda. Fui capaz de comprender que un momento de silencio podía estar cargado de significado. La experiencia me enseñó a *descifrar el silencio*”.²⁴¹ Es posible reconocer que sólo es posible descifrar el silencio, éste en particular y no otro, puesto que se conoce la circunstancia en que ocurre, puesto que se lo interpreta en relación con los elementos que lo anteceden y le confieren sentido.

Han subrayado la importancia de la interpretación incluso pensadores a los que suele identificarse con tradiciones poco propensas a reconocer el peso de las dimensiones subjetivas de los fenómenos sociales. Es el caso de Pierre Bourdieu, quien, a pesar la influencia del estructuralismo, elucida que los fenómenos sociales no se componen únicamente de rasgos observables, sino también de representaciones sobre ellos y sobre nociones abstractas con todas las cargas de significado que les corresponden.²⁴²

Explica el sociólogo que el orden social se define por relaciones tanto materiales cuanto simbólicas, y las segundas no pueden determinarse empíricamente, por lo que se requiere la interpretación del analista para identificar el lugar que confieren a cada

²⁴¹ “*Déchiffrer le silence*: A Conversation with Germaine Tillion”, entrevista, *Research in African Literatures*, 2004, núm. 35, pp. 167 s.

²⁴² Anotaciones como ésta confirman la diversidad de tradiciones intelectuales que nutren el pensamiento bourdiano, como se detalla *supra*, n. 210, entre las que destacan, como apunta Loïc Wacquant.

elemento del orden social en relación con el resto de los componentes que lo conforman. Así, por ejemplo, los individuos y los grupos “son definidos no solamente por lo que son, sino también por lo que tienen la reputación de ser, por un *ser percibidos*”,²⁴³ y esa reputación no puede comunicarse si únicamente se echa mano de la descripción, puesto que, por definición, tiene rasgos no observables que rebasan las posibilidades expresivas de la literalidad.

La antropología como espejo

El discurso positivista ha seducido a prácticamente todas las disciplinas que estudian los asuntos sociales. Desde luego, el problema se ha expresado de formas distintas en cada una y los intentos por resolverlo y las formas de ignorarlo también han sido diversos. Me concentro en el caso de la antropología porque este campo se ha esforzado por encontrar soluciones. De ninguna manera me refiero a ella por sugerir que es en esencia superior al resto; lo hago, en cambio, puesto que se ha ido despojando con éxito del despropósito de encontrar las leyes que rigen el comportamiento social y también porque ha logrado extirpar de buena parte de sus investigaciones un método que resulta poco útil para explicar los fenómenos humanos. Sirve, pues, la antropología como punto de referencia en este ámbito particular.

Explica Alban Bensa que en la ambición de consolidarse como ciencia, la antropología tomó a las ciencias naturales como modelo. El proceso de asimilación comenzó con el “organicismo social” de Herbert Spencer, que supone a las sociedades como un gran todo compuesto por instituciones, de la misma manera que los cuerpos

²⁴³ *El sentido práctico*, trad. A. Dillon, México, Siglo XXI, 2009, p. 217.

biológicos están conformados por órganos. Posteriormente, Émile Durkheim decretó que debíamos *tratar los hechos sociales como cosas*, con lo que se instauró “un positivismo calcado de las ciencias naturales”.²⁴⁴

Si bien éstos son los antecedentes, el científicismo que se combate desde hace algunas décadas es el que propugna el estructuralismo lévi-straussiano: “Lévi-Strauss quería poner orden y mostrar que la vida social tenía una cierta estabilidad formal. Por ende, no se interesó en los contenidos, sino en las formas; no en los individuos concretos, sino en las totalidades: intenta mostrarnos que las estructuras formales de un mito son homólogas a aquellas de otro mito, simétricas e inversas a las de un tercero, etc.”.²⁴⁵ Dice Bertrand Richard en el prefacio a su entrevista con Bensa que en el afán de poner “un poco de orden”, Lévi-Strauss puso mucho orden, quizá demasiado, pues asentó en la disciplina la creencia de que todos los sistemas sociales se ordenan bajo los mismos principios generales, lo que, además, niega la historia, ya que ancla las sociedades a un estado perenne. Se pierde así conocimiento sobre las acciones individuales y colectivas; hay, en síntesis, un déficit de realidad.²⁴⁶

De esta manera, Lévi-Strauss presenta en *Las estructuras elementales del parentesco* los principios que moldean las relaciones familiares en todas las sociedades, por lo que las distintas formas de casarse son sólo expresiones particulares de estas líneas generales.²⁴⁷

Frente a este esquema, cavila Bensa:

No obtenemos en absoluto las mismas respuestas si le preguntamos a un padre acerca de las reglas de matrimonio que se siguen en su aldea, que al preguntarle “¿cómo casó usted a su hija el año pasado?” En este segundo caso aflora una gran variedad de consideraciones circunstanciales que convocan en la escena social a un gran número de actores y de factores (autoridades políticas o

²⁴⁴ *Op. cit.*, p. 32.

²⁴⁵ *Ibid.*, p. 38.

²⁴⁶ *Ibid.*, pp. 28 s.

²⁴⁷ *Ibid.*, p. 40.

religiosas, la belleza de los potenciales cónyuges, la historia de los clanes, etc.) que la mera “lógica de parentesco” (matrimonio de tipo iroqués u omaha) deja inevitablemente de lado. Observamos individuos concretos que fabrican lo social y que no se consideran como los “representantes” de una cultura o los actores secundarios de una regla que los sobrepasaría.²⁴⁸

Paulatinamente, buena parte de la antropología ha dado nueva dirección a sus afanes y ha cambiado la búsqueda de material etnográfico que ilustra leyes preconcebidas por la observación y descripción de sucesos de los que puede concluir “lógicas circunstanciales de acción y de sentido”. La cura se ha encontrado, *inter alia*, mediante la comprensión de que la antropología es —como toda empresa heurística, como todo fenómeno en el mundo— producto de la historia. Al tener claro su carácter contingente, la disciplina ha sido capaz de analizarse, capaz de tomarse como objeto de estudio y de reconocer sus errores para enmendarlos.²⁴⁹

Antropología de lo ordinario

De este proceso de reconstrucción autocrítica en la antropología, han surgido formulaciones interesantes e innovadoras como la de Éric Chauvier, a la que él ha denominado antropología de lo ordinario. Se trata de una propuesta heurística de reciente creación que se adentra en las profundidades de los fenómenos y, a partir de ello, logra asir el sentido que los sujetos confieren a sus acciones y a los hechos sociales de que forman parte. Interesa recuperar de Chauvier la forma de entender la realidad social; de sus textos puede colegirse que para él es la creación permanente de un mundo compartido con base en convenciones pasadas; es el proceso mediante el cual los individuos acuerdan una definición común de la situación en que se encuentran; es el desarrollo permanente de una vida interior recíproca, de un conjunto de nociones que los

²⁴⁸ *Ibid.*, p. 81.

²⁴⁹ *Ibid.*, pp. 61 y 82.

hace miembros del mismo grupo.²⁵⁰ En eso consisten los fenómenos sociales y no son, por tanto, problemas de acción colectiva que se configuran a partir de las estrategias que emprenden los sujetos para maximizar beneficios y que resuelven en equilibrios llamados instituciones.

De esta concepción de la realidad social surge una forma de trabajo que se sustenta en la observación. Chauvier se ocupa de registrar sucesos concretos y, a partir la información que obtiene, identifica su sentido, el conjunto de significados que se pusieron en juego. Así, por ejemplo, el antropólogo se concentra en el uso del lenguaje para estudiar a su propia familia y hace de conversaciones muy puntuales su materia prima de análisis, como se mostró algunas páginas más arriba. Procede así el autor ya que encuentra en el habla cotidiana un campo privilegiado para observar cómo los hablantes se descubren mutuamente y llegan a una definición compartida de la situación. El objetivo es reconocer con la mayor precisión posible, *v., gr.*, los temas de fondo que, sin evocarlos, son los que verdaderamente preocupan a los hablantes en una interacción específica; descifrar las intenciones de cada uno; determinar el papel que en ese momento desempeña un sujeto social frente al otro, dar cuenta de la identidad que cada uno conforma o reafirma mediante la interacción, también la identidad que potencialmente construyen como grupo.²⁵¹

Así pues, explica su creador, la antropología de lo ordinario representa una disposición epistemológica que concentra la atención en las personas que son objeto de estudio y en la capacidad que éstas tienen para conferir sentido a sus acciones y a los fenómenos en que participan. En consecuencia, esta forma de trabajo se aleja de las

²⁵⁰ *Fiction Familiale*, pp. 21, 30 *ss.*, 122 *ss.*, 235 *ss. et passim*.

²⁵¹ *Ibid.*, pp. 21 y 122 *et passim*.

tradiciones intelectuales que, al esforzarse por “confirmar un modelo teórico, un aparato conceptual o un argumento *a priori*, alejan los hechos sociales de las condiciones ordinarias en que suceden y de las cuestiones antropológicas específicas que encierran”.²⁵²

CONCLUSIÓN

Al releer este capítulo, caigo en cuenta de que cumple un propósito que no estaba considerado en su diseño original. El texto ofrece elementos que dejan ver cómo la construcción de una disciplina académica depende de la traza cultural en la que se inscribe. La influencia, sin embargo, no es unidireccional del gran sistema de la modernidad hacia la ciencia política; como se observa, hay elementos en este texto que sugieren que los procesos de desarrollo interno en la disciplina tienen la capacidad de influir el devenir de la civilización.

Detallo en el primer apartado los errores epistemológicos que identifiqué en los fundamentos de la teoría de la elección racional y en su producción académica. Como puede observarse, todos ellos son resultado de ideas fijas sobre lo que la ciencia es, sobre cómo debe proceder y sobre su utilidad. Las ilusiones de que la ciencia es el motor del progreso de la humanidad y de que la estructura de los asuntos humanos puede repetirse en el espacio y en el tiempo lleva a la teoría de la elección racional a usar un método incapaz de asir la complejidad de la experiencia humana; la lleva a buscar leyes donde no puede encontrarlas, a prescindir del trabajo empírico y a basar sus proyectos en meras suposiciones sobre el desarrollo de los fenómenos; la conduce también a circunscribir las

²⁵² *Anthropologie de l'ordinaire*, p. 159.

investigaciones a aceptar o refutar una hipótesis y a empeñarse en condensar la política y la cultura en modelos matemáticos. En breve, las ideas que tenemos sobre la ciencia establecen los rieles sobre los que corre el desarrollo de la práctica científica.

Sucede algo similar con los supuestos del *rational choice* que analizo en el segundo apartado. Se defiende su uso en la práctica de las ciencias sociales al aducir que son certezas absolutas de carácter científico; en realidad, son traslaciones de prejuicios y fantasías sobre el hombre y sobre la vida en sociedad a teorías y métodos heurísticos. Nuestra civilización se ha construido, dice Marshall Sahlins, sobre la ilusión de que los hombres somos egoístas y rapaces. Los seguidores de la elección racional han dado la idea por buena y la han hecho fundamento de sus explicaciones sobre el comportamiento humano. De la misma manera, el firme compromiso con la libertad y la capacidad para autodeterminarse que distingue a nuestro tiempo deriva en el *rational choice* en la elaboración de un sujeto filosófico con capacidad titánica para definir las circunstancias y para construir su identidad.

Apuntaba unas líneas arriba que no sólo las características de la civilización influyen el diseño y desarrollo de las disciplinas que en ella surgen; la relación es recíproca, pues éstas participan en la configuración del espíritu de la época. Como se aprecia en el tercer apartado del capítulo, las ideas sobre las que se construye la ciencia tienen repercusiones en diversos ámbitos; para empezar, en el propio campo de la producción científica, que naturalmente es también un espacio de interacción social. Al establecerse que hay una teoría superior al resto en la ciencia política, se transforman las relaciones interpersonales al interior de la academia, pues se forman nuevos criterios de legitimidad científica y, por lo tanto, también nuevos criterios para acceder a los beneficios concretos que ofrece el

campo, como el prestigio intelectual, la estabilidad laboral y la participación directa en la discusión pública.

Quizá el ejemplo más claro de cómo las ideas en ciencias sociales transforman la realidad social son las políticas públicas, pues en la mayoría de los casos tienen consecuencias directas —muchas veces también indirectas— en las circunstancias en que viven las personas. Ya que el método científico dominante exige ignorar las particularidades de los fenómenos en el afán de encontrar las leyes que los rigen, una de las repercusiones de esta ambición es poner en peligro la posibilidad de la empatía. El problema es grave de suyo, pero lo es aún más al tratarse del área del conocimiento con que el Estado intenta mejorar las circunstancias de la población. Se compromete, pues, la capacidad moral de reconocer que no estamos ante retos técnicos, sino ante problemas concretos que enfrentan personas, familias, grupos sociales específicas.

Otra repercusión del devenir de la ciencia política en el desarrollo civilizatorio recae en la afirmación de que los hombres somos egoístas y maximizadores por naturaleza. Al hacerlo, la ciencia política ayuda a reproducir esta noción en nuestro ideario cultural y contribuye a que los individuos configuremos nuestra experiencia vital a partir de esta certeza. Desde luego, la politología no es el origen de esta idea sobre la naturaleza humana, pero sí es una de las fuerzas que la confirman y lo hace, además, desde la posición de legitimidad que le confiere la ciencia. La teoría de la elección racional y la ciencia política, al fomentar que los individuos introyecten que son egoístas y calculadores —cualquiera sea la dimensión de su aportación—, contribuyen al funcionamiento de estructuras económicas y sociales que requieren sujetos que se piensen a sí mismos en estos términos.

Las lecciones son claras. Tomar la ciencia como objeto de estudio permite identificar aciertos y errores, con lo que es posible enmendar los caminos que lo requieran. El resultado es mayor claridad sobre las formas en que debemos conducir las prácticas indagatorias si buscamos entender los fenómenos sociales de manera genuina. No nada más. Estudiar la ciencia ayuda a entender mejor la cultura de que somos parte, pues para analizarla es necesario comprender las circunstancias en que se desarrolla la producción del conocimiento. La práctica científica revela aristas de la estructura social que la sostiene, de las aspiraciones individuales y colectivas, de las razones que motivan nuestra existencia y la vida en comunidad.

TEORÍA DE LA ELECCIÓN RACIONAL: ¿CIENCIA O RELIGIÓN?

Reflexión final



En estas páginas me he referido a métodos heurísticos, a entramados conceptuales que intentan explicar la vida en comunidad, a la historia y estado actual de la ciencia política, a la perspectiva que se ha constituido, para muchos, como la única perspectiva legítima para estudiar la política, la teoría de la elección racional. He indagado sobre los errores epistemológicos en que incurre y las consecuencias que éstos tienen en las prácticas científicas y en el desarrollo de la cultura a la que pertenecemos.

Llega el momento de hacer una confesión. Todo el tiempo estuve hablando de otra cosa, intentando aclararme, aunque de manera tangencial, sobre una de las cuestiones que me preocupan más íntimamente. Me refiero a la construcción de certezas, a las ideas enraizadas que nos permiten vivir, a esas nociones de realidad que, como estableció Ortega y Gasset, nos tienen y nos sostienen.

Desde luego, una de las certezas más importantes, una de las piedras angulares sobre las que se articula la experiencia vital es la identidad individual y compartida. Explorar la teoría de la elección racional ha significado vislumbrar algunas luces para

entender la civilización de que somos producto y que reproducimos con nuestra existencia, lo que somos en tanto sujetos de la modernidad. ¿Quiénes somos? ¿Qué dice de nosotros el lugar que ocupa la producción de conocimiento en nuestras sociedades? ¿Qué nos lleva a convenir en que hay una sola forma válida de conocimiento? ¿Qué idea de nosotros y del mundo afirmamos al defender que hay un entramado conceptual predilecto como el *rational choice* para dar cuenta de los fenómenos políticos?

Ludwig Wittgenstein tiene respuestas más o menos directas para algunas de estas preguntas; más importante aún, ofrece una perspectiva para analizar la estructura interna de la ciencia y para cavilar sobre el lugar que ocupa en nuestra cosmovisión. La primera lección del filósofo en este trabajo radica en el reconocimiento de una de las certezas sobre la que se construye nuestra civilización: suponemos que la historia de la humanidad consiste en la superación gradual de etapas de desarrollo. Cada una de ellas se caracteriza por abrazar una conceptualización del conocimiento. En esta lógica, a la modernidad — la etapa que hoy vivimos y que, se supone, es la más alta a que podría aspirarse— corresponde el conocimiento científico, es decir los hechos verdaderos, verificables, objetivos, en oposición a las opiniones y a las experiencias meramente subjetivas. Además, todos estos hechos son coherentes y compatibles entre sí, por lo que componen un gran *corpus* articulado de conocimiento científico.

Estas certezas se acompañan de otras: la creencia de que contamos con un método capaz de desentrañar los secretos del universo, que consiste en observación, elaboración de hipótesis, comprobación y teorización. Este esquema heurístico ha ganado para sí la legitimidad monopólica de ser llamado método científico. Algo más. Al habilitarnos para dar respuesta a cualquier cuestionamiento, la ciencia no sólo es el único recurso

indagatorio válido; también es la fuerza que construye el progreso, que permite avanzar de una etapa de desarrollo hacia una más elevada.

Este trabajo sobre la ciencia política y, dentro de ella, sobre la teoría de la elección racional ilustra cómo estas certezas —estas ilusiones— propias de la modernidad cristalizan en una disciplina, cómo estas ideas fijas sobre el mundo y su funcionamiento constituyen los cimientos sobre los cuales nuestra civilización elabora su forma de explicar los fenómenos políticos.

Así, bajo el encantamiento de la modernidad, algunos politólogos de mediados del siglo XX se asignaron la tarea de participar en la construcción del gran edificio de la ciencia, el gran *corpus* de conocimiento exacto y objetivo del universo. Estos entusiastas iniciaron la búsqueda de bases epistemológicas que hicieran del estudio de la política una verdadera práctica científica, pues hasta el momento —consideraban— la disciplina se caracterizaba por una vocación descriptiva y deontológica, y no una explicativa. En esta empresa, como confiesa uno de ellos, William Riker, encontraron la perspectiva económica, que con la lógica de mercado y algunos instrumentos matemáticos parecía capaz de explicar científicamente cualquier hecho social; nació entonces en ciencia política la teoría de la elección racional y, paulatinamente, fue asentándose como perspectiva predominante.

Como se apuntó en este trabajo, esta ilación de hechos es una historia incompleta y por tanto falsa de la ciencia política; es un relato que hace parecer el *statu quo* resultado de una evolución gradual en la calidad del conocimiento de la opinión subjetiva hacia la explicación objetiva. En realidad, recurrir a las formas de la economía neoclásica para el estudio de la política es consecuencia de un proceso complejo que se inscribe en un

período histórico, en una cosmovisión y un conjunto de ideas sobre lo que es y debe ser el conocimiento.

En breve, la adopción de la perspectiva económica en politología y con ella el predominio que ha alcanzado la teoría de la elección racional en nuestros días se debe también a las siguientes razones. 1) Víctima de la modernidad científica, parte considerable del gremio de la ciencia política creyó en el discurso de superioridad heurística que propagaba la economía neoclásica (que equivocadamente ofrecía una perspectiva capaz de explicar los asuntos humanos). 2) La perspectiva económica erigió su legitimidad sobre la apropiación espuria del modelo de ciencia de la física energética del siglo XIX, el cual los propios físicos descubrieron descaminado unos decenios más tarde, pues cayeron en cuenta de que los fenómenos se consideraban reversibles en el tiempo, lo que equivalía a negar el cambio y anular la historia. 3) Vivimos un período histórico, el neoliberalismo, que dio a la economía neoclásica el impulso definitivo que necesitaba para confirmar su prestigio, pues volvió parte de nuestro sentido común ideas que la disciplina había defendido durante décadas: el mundo se ordena según la lógica del mercado —la política incluida—, los individuos que en él participamos somos egoístas y maximizadores, además de que aseguraba que la libertad económica era garante de la libertad política. En estas circunstancias, no debe sorprender que la gran ciencia que estudia el mercado, y por tanto cualquier asunto humano, se erija como modelo para el resto de las disciplinas sociales.

Resulta claro que son las certezas propias de la modernidad las que han conducido al error general que se analiza en este trabajo: adoptar en ciencia política un método heurístico inapropiado para explorar los fenómenos humanos. Este gran tropiezo se ha

manifestado de distintas maneras en las ciencias sociales y en politología ha alcanzado su expresión más evidente con la teoría de la elección racional.

Algunos de los errores epistemológicos particulares más preocupantes en que ha incurrido esta escuela de pensamiento son: buscar leyes en ámbitos en que nada es definitivo; relegar el trabajo empírico en pos de la universalidad y la comprobación de modelos teóricos, es decir, retirar la vista de los hechos sociales tal como suceden y, en una expresión de Alban Bensa, limar la realidad (*ibid.*, p. 50); usar modelos matemáticos que no pueden contener la complejidad social, los cuales en la mayoría de los casos son sólo ficciones codificadas, puesto que, como se apuntó, los modelos ni siquiera intentan contener la realidad, sino las suposiciones de los autores sobre ella; reducir las investigaciones al ejercicio de admitir o refutar una hipótesis, la cual requiere relaciones causales de comprobación empírica, conceptualización normalmente imposible en el estudio serio y completo de los asuntos humanos.

Las certezas de la modernidad científica también han moldeado supuestos equivocados sobre los que se erige la teoría de la elección racional, como la ilusión de la naturaleza humana egoísta y predatoria, que por lo demás es necesaria para que funcione el entramado analítico de la economía neoclásica, en la que todo fenómeno humano se explica bajo la lógica del mercado, lo cual, a la vez, permite encontrar patrones y entonces, se dice, descubrir las leyes del comportamiento.

A partir de esta idea de la naturaleza humana y de una idealización de la libertad propia de la modernidad, desde luego falsa e ingenua, se elabora un sujeto filosófico con capacidad autárquica para construir su identidad y con capacidad titánica para definir los hechos sociales en que participa. Este ser es un individuo ahistórico, con preferencias

estables, es decir, incapaz de aprender de su experiencia y del contacto con quienes lo rodean; no es, en consecuencia, parte del mundo, sino un mundo en sí.

La conceptualización del falso individuo ahistórico explica que la teoría de la elección racional no sea, como asegura, una escuela institucionalista; no puede serlo puesto que en esencia es una forma de individualismo metodológico. *Id est*, no explica la configuración de los fenómenos teniendo en cuenta la capacidad de las instituciones para definirlos, sino sólo a partir de las interacciones entre individuos. Se trata, pues, de un institucionalismo insuficiente, para el que las instituciones son sólo restricciones a las estrategias de los jugadores, pero no una variable explicativa *per se*.

Otro de los supuestos descaminados, y que se inserta en el anterior, es la noción de racionalidad de nuestra especie, que exige capacidades intelectuales y divinatorias imposibles de alcanzar, como la adquisición y procesamiento de toda la información con que entramos en contacto, el diseño de todas las estrategias posibles al tomar una decisión, la determinación de objetivos claros, transitivos e invariables, resolución sinóptica de problemas en lugar de una progresiva, maximización de beneficios en lugar de alcanzar umbrales mínimos de satisfacción.

Este conjunto de errores epistemológicos y de supuestos descaminados que caracterizan a la teoría de la elección racional, en otras palabras su sustento intelectual y su *praxis*, tienen consecuencias de diversa naturaleza. Para empezar, en la ciencia política como ámbito de interacción social. Al consagrarse entre buena parte del gremio como la mejor de las perspectivas, el *rational choice* se convierte en uno de los elementos que estructuran las relaciones sociales en el ámbito académico del que participa la politología;

primero, porque se vuelve un criterio para definir qué trabajos son rigurosos y cuáles no, a qué académicos puede considerarse verdaderamente científicos y a cuáles no.

A partir de ello, se convierte también en una herramienta conveniente para construir trayectorias académicas exitosas. Resulta sumamente conveniente adherirse a la teoría de la elección racional, pues confiere legitimidad científica y por tanto se vuelve un recurso que ayuda, *inter alia*, a obtener una plaza laboral en un centro de investigación, financiar un proyecto, publicar un texto, alcanzar posiciones de poder en las estructuras de gobierno de las instituciones, influir en los asuntos públicos mediante participación en la prensa, consultoría por contratación y, en algunos casos, consejería política. La teoría de la elección racional también puede resultar atractiva —tal vez por vía inconsciente— porque, al proclamarse genuinamente científica, sus seguidores pueden identificarse como auténticos constructores del progreso, además de la posible satisfacción de creer que pertenecen a la mejor de todas las perspectivas.

Están también las consecuencias que tiene esta idea de ciencia en las políticas públicas. Las certezas de la civilización sobre el conocimiento llevan agrupar en una misma categoría problemas que parecen similares y que por tanto pueden y deben resolverse con iguales procedimientos; es innecesario atender particularidades, pues son sólo minucias de un esquema que se repite en uno y otro lugar. La consecuencia en muchas ocasiones es el fracaso en los objetivos de las políticas o efectos perversos que derivan de introducir mecanismos poco apropiados para las circunstancias específicas del país, comunidad, industria, idiosincrasia, etc. Una implicación grave de trabajar con base en una perspectiva teórica de ambiciones nomotéticas es prescindir de la perspectiva moral. Al ignorar las necesidades particulares en que viven las personas que se busca

beneficiar, surge el riesgo de perder empatía y entonces ver retos técnicos en lugar de problemas humanos.

Entre las repercusiones que tiene esta idea de la ciencia en nuestro espectro cultural está la legitimidad que confiere a la ilusión de que los humanos somos seres egoístas y maximizadores por naturaleza. Al afirmar desde el estrado de la autoridad académica que somos calculadores y rapaces, la teoría de la elección racional confirma la idea y ayuda a mantenerla viva en el ideario de nuestra civilización. *Ergo*, en alguna medida la ciencia política y la teoría de la elección racional ayudan a que el gran público interiorice la certeza de que su naturaleza es, en efecto, egoísta y orientada a maximizar beneficios. Lo hacen de forma directa, pero sobre todo indirecta al ser una fuente de validación científica de los argumentos que difunden actores con la capacidad de reproducir e influir las consciencias de las masas, desde el discurso político, los medios de comunicación o las campañas de publicidad, por ejemplo. Y este hecho resulta particularmente conveniente para el desarrollo de estructuras económicas y sociales que suponen y requieren individuos que interpreten su existencia a partir de estos estándares.

Para concluir esta enumeración de las consecuencias que tiene una idea estrecha de la ciencia y esta recapitulación de la tesis a la luz de importancia de las certezas sobre el conocimiento en la configuración de nuestra realidad, me refiero al papel que corresponde a la libertad en este asunto. Atestiguamos el enfrentamiento entre dos certezas que confieren sentido a la modernidad. Por un lado está la fe en el positivismo, con las convicciones de que cualquier asunto natural o social es perfectamente cognoscible y de que el único método que puede denominarse científico es capaz de

desentrañarlo. Por otro lado está el compromiso firme que sostiene nuestra cultura con la libertad.

El positivismo y la libertad son principios mutuamente excluyentes. El primero consiste en la búsqueda de leyes en los fenómenos que estudia; suponer que es posible encontrarlas en los asuntos humanos equivale *ex definitione* a negar la libertad. Es así puesto que estas “leyes sociales” exigirían que el comportamiento colectivo e individual se repitiera sin cesar en el archivo del tiempo y en los registros de todas las latitudes; exigirían un *ceteris paribus* en el que el comportamiento de los individuos fuera una de las constantes. Las exigencias epistemológicas de esta perspectiva académica no niegan únicamente la libertad del hombre en el transcurso de la historia; lo hace también en cada trayecto personal, pues el supuesto de las preferencias constantes nos ata a la configuración de la personalidad en un momento determinado; no admite, pues, el cambio, la posibilidad de explorar nuevos derroteros o el cambio de opiniones. En suma, sencillamente es falso que, como se asegura, el *rational choice* reconozca la libertad de los individuos para autodeterminarse; no podría hacerlo, pues las exigencias de su modelo heurístico lo impiden. Así, la certeza que nace de la necesidad de sortear la ansiedad que causan el desconocimiento de nuestro origen y destino se impone sobre la defensa de la libertad.

Conviene ahora, ya muy cerca del cierre, anotar algunas ideas, algunas inquietudes que surgen al concluir la tesis. El paso siguiente, casi natural de este trabajo sería una investigación empírica sobre un grupo de seguidores de la teoría de la elección racional. Me explico. En el segundo capítulo intenté dar cuenta de las condiciones generales, estructurales, que permiten a la teoría de la elección racional ocupar un lugar

predominante en la ciencia política. Sería útil conocer los motivos que llevan a sujetos particulares a inclinarse por esta tradición académica. Por ejemplo, podría emprenderse una investigación que se sustente en la prosopografía, para conocer sus trayectorias académicas y personales, lo que permitiría identificar si hay o no rasgos compartidos que los llevan a abrazar la teoría de la elección racional. ¿Su disposición a hacerlo está marcada por su condición de sujetos de la modernidad? ¿creen en esta perspectiva por haber aprendido a respetar el positivismo en general? ¿Reciben algún beneficio íntimo, como creer que pertenecen a la mejor de todas las perspectivas o pensarse como constructores del progreso? ¿Hay elementos compartidos en su origen sociocultural que podrían explicar, al menos en parte, que se adhieran a esta escuela de pensamiento?

También resultaría interesante un estudio etnográfico sobre un centro de investigación en el que haya practicantes del *rational choice*. ¿Son mayoría o minoría? ¿cómo influye su trabajo la conciencia de pertenecer al grupo más numeroso o a uno más reducido (incluso minoritario)? ¿La preferencia de teorías es uno de los elementos que estructura las relaciones sociales entre los académicos? ¿Cómo se distribuyen los recursos de toda índole entre seguidores de la elección racional y de otras perspectivas, como el uso del espacio físico (oficinas, auditorios), dinero para coloquios y publicaciones, ocupación de cargos directivos? En general, un trabajo de esta naturaleza ayudaría a echar luz sobre la capacidad de las perspectivas teóricas predominantes para estructurar el campo social de la academia y, en consecuencia, la producción de conocimiento, asunto de interés general.

Considero que también podría continuarse la conversación sobre algunas ideas que se desarrollan en esta tesis en planos más estrictamente filosóficos. En filosofía política,

por ejemplo, podría profundizarse en la actitud reverencial que tiene nuestra civilización hacia la ciencia. Resultaría interesante, *v. gr.*, estudiar el fenómeno a la luz del pensamiento de Hannah Arendt sobre la dominación. Nuestras certezas sobre la ciencia parecen no sólo tenernos y sostenernos, en la expresión de Ortega y Gasset; quizá nos tienen demasiado, tanto que nos enjaulan en una sola forma de concebir el mundo y explorarlo. Es posible que estas certezas tan enraizadas sean útiles como mecanismos de dominación de unos grupos sobre otros (que incluso pueden ejercerse inconscientemente, *id est*, sin pretenderlos como herramienta de control). El triunfo del positivismo no es un asunto meramente epistemológico, también es un problema político, cultural; representa el triunfo de una cosmovisión. Podría explorarse la singularidad de esta forma de dominación, de la que puede decirse que es una de sus versiones más exitosas, en tanto ha penetrado profundamente las conciencias de los pueblos, se ha instalado como una de las certezas que confieren sentido a nuestras existencia y, en consecuencia, *no se vive como dominación*, pues no nos percatamos del control que ejerce sobre nuestra vida.

El positivismo ha permeado prácticamente todas las áreas de conocimiento; queda este texto como invitación a insistir en el autoanálisis en todas las disciplinas. Este trabajo se centra en la ciencia política, pero podría servir, tal vez, como espejo para autoanálisis en otras áreas, particularmente en algunas escuelas de la economía, la psicología, la lingüística, las relaciones internacionales.

Apuntaba unas líneas más arriba que la libertad, el valor más apreciado de nuestra civilización, sucumbe ante la búsqueda de sentido. No es cosa menor. El hecho revela la importancia absolutamente fundamental que tiene la ciencia para nosotros. Es uno de los

pilares de nuestra cosmovisión, asidero que nos explica el mundo y confiere sentido a nuestra experiencia. El papel que desempeña la certeza científica no es distinto del que corresponde a la creencia religiosa: explica de dónde venimos, por qué estamos en el mundo y para qué. Aunque tal vez no entendamos las respuestas científicas, sabemos que hay un ente superior llamado Ciencia tan omnisciente cuanto el dios judeocristiano e igualmente todopoderoso; así como éste fue capaz de crear el universo mediante el Verbo, aquél es capaz de construir el progreso con sus descubrimientos.

La disposición religiosa que tenemos hacia la ciencia explica que los fieles creyentes del positivismo se aferren al uso de sus teorías y métodos para explicar los fenómenos sociales a pesar de que, durante siglos, tantas voces hayan denunciado con claridad el error y hayan prevenido sobre los peligros que esta apropiación espuria representa. En palabras de Wittgenstein, el juego de certeza religioso no admite evidencia lógica o empírica; es una creencia que se sostiene en la fe.

Auguste Comte nos hizo creer que la modernidad representaba un estado en que el pensamiento de los hombres sería racional y lógico, que se sustentaría en el establecimiento de relaciones causales y comprobación empírica, en virtud de lo cual quedarían superados períodos de explicaciones mágicas y teológicas. No sabemos siquiera si este estado es posible o al menos deseable, pero sí sabemos que no corresponde a la realidad que vivimos. El estudio de la teoría de la elección racional ha fungido como un ejemplo para vislumbrar que la modernidad no ha extirpado de sus cimientos el pensamiento religioso; no descansa menos en el misticismo que los períodos que la antecedieron. Sólo hemos adoptado una nueva fe, una que se disfraza de objetividad y precisión para camuflar su carácter religioso.

Estará Nietzsche decepcionado de nosotros. La ciencia resultó sólo un intento tímido de matar a Dios, pues no lo aniquilamos; sólo le cambiamos el rostro. No eliminamos la idea de Dios, sino que erigimos a la Ciencia como divinidad capaz de explicar cualquier fenómeno, combatir la ansiedad de la incertidumbre y construir un futuro prometedor. Dios se enmascara para no morir y se burla de nuestro pueril intento de deicidio y de nuestra necesidad de autosuficiencia. Peor aún, hemos sido quienes lo enmascararon para engañarnos y vivir la ilusión de que podemos prescindir de una figura que explique todo. Desde luego, no es engaño, sino cobardía, miedo a hacernos cargo de nosotros mismos.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Villanueva, Luis, “La política después de las ilusiones”, *Nexos*, 1981, núm. 38, pp. 3-11.
- Alarcón Olguín, Víctor (coord.), *Metodologías para el análisis político. Enfoques, procesos e instituciones*, México, UAM, 2006.
- Archer, Margaret S. y Jonathan Q. Tritter (eds.), *Rational Choice Theory: Resisting Colonization*, Londres, Routledge, 2000.
- Bajtín, Mijaíl, *El método formal en los estudios literarios: introducción crítica a una poética sociológica*, trad. T. Bubnova, Madrid, Alianza, 1994.
- Bensa, Alban, *Después de Lévi-Strauss. Por una antropología de escala humana. Una conversación con Bertrand Richard*, trad. L. Padilla Villagómez, México, FCE, 2015.
- Berlin, Isaiah, *Árbol que crece torcido*, trad. J. Moreno Villarreal, México, Vuelta, 1992.
- Bjørnskov, Christian y Andreas Freytag, “An Offer You Can’t Refuse: Murdering Journalists as an Enforcement Mechanism of Corrupt Deals”, *Public Choice*, 2016, núm. 167, pp. 221-243.
- Borges, Jorge Luis, *El otro, el mismo*, Buenos Aires, Emecé, 1969.
- Bourdieu, Pierre, *Capital cultural, escuela y espacio social*, comp. y trad. I. Jiménez, México, Siglo XXI, 2.^a ed., 2011.
- _____, *El sentido práctico*, trad. A. Dillon, México, Siglo XXI, 2009.
- _____, *Homo academicus*, trad. A. Dillon, México, Siglo XXI, 1.^a reimpr., 2013.

- Bouveresse, Jacques, *Wittgenstein: la modernidad, el progreso y la decadencia*, trads. J. C. González y M. M. Valdés, México, UNAM, 2006.
- Calvert, Randall L. e Itaid Sened (eds.), *Explaining Social Institutions*, Ann Arbor (Michigan), The University of Michigan Press, 1995.
- Camus, Albert, *El mito de Sísifo. Ensayo sobre el absurdo*, trad. L. Echávarri, Buenos Aires, Losada, 15.^a ed., 1997.
- Caruso, Igor, *La separación de los amantes. Una fenomenología de la muerte*, trad. A. Suárez y R. Tanco, México, Siglo XXI, 27.^a reimpr., 2010.
- Cavell, Stanley, *The Claim of Reason: Wittgenstein, Skepticism, Morality, and Tragedy*, Nueva York, Oxford University Press, 2.^a ed., 1999.
- Chauvier, Éric, *Anthropologie de l'ordinaire : Une Conversion du Regard*, Toulouse, Anacharsis, 2011.
- _____, *Fiction Familiale. Approche Anthropolinguistique de l'ordinaire d'une Famille*, Burdeos, Universidad, 2003.
- Coleman, James S. y Thomas J. Fararo (eds.), *Rational Choice Theory: Advocacy and Critique*, Newbury Park (California), 1992.
- Corintios.
- Crozier, Michel y Erhard Friedberg, *El actor y el sistema. Las restricciones de la acción colectiva*, s. t., México, Alianza, 1990.
- Cruz de la, sor Juana Inés, *Obras completas*, t. 1: *Lírica personal*, ed. Antonio Alatorre, México, FCE, 2.^a ed., 1.^a reimpr., 2009.
- _____, *Obras completas*, t. 4: *Comedias, sainetes y prosa*, ed. Alberto G. Salceda, México, FCE, 6.^a reimpr., 2012.
- Downs, Anthony, *An Economic Theory of Democracy*, Nueva York, Harper and Row, 1957.

- Elguea, Javier, *Razón y desarrollo: el crecimiento económico, las instituciones y la distribución de la riqueza espiritual*, México, Colmex, 2008.
- Elias, Norbert, *Sobre el tiempo*, trad. G. Hirata, México, FCE, 3.^a ed., 2.^a reimpr., 2015.
- Elster, Jon (ed.), *Rational Choice*, Nueva York, Universidad, 1986.
- Escalante Gonzalbo, Fernando, curso “Introducción a las ciencias sociales”, México, El Colegio de México, agosto-diciembre de 2010.
- _____, *Historia mínima del neoliberalismo*, México, Colmex, 2015.
- _____, *Se supone que es ciencia. Reflexiones sobre la nueva economía*, México, Colmex, 2016.
- Feyerabend, Paul, *La conquista de la abundancia. La abstracción frente a la riqueza del ser*, comp. Bert Terpsrta, trad. R. Molina y C. Mora, Barcelona, Paidós, 2001.
- _____, *La ciencia en una sociedad libre*, trad. A. Elena, Madrid, Siglo XXI, 1982.
- _____, *Problems of Empiricism. Philosophical Papers*, Nueva York, Cambridge University Press, 1981, 2 t.
- _____, *Tratado contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*, trad. D. Ribes, Madrid, Tecnos, 6.^a ed., 2010.
- Freud, Sigmund, *El malestar en la cultura*, trad. L. López-Ballesteros, Madrid, Colofón-Biblioteca Nueva, 2007.
- Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*, trad. A. L. Bixio, Barcelona, Gedisa, 23.^a reimpr., 2005.
- Gentile, Emilio, *El culto de Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, trad. L. Padilla López, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
- Goodin, Robert E., *The Theory of Institutional Design*, Nueva York, Cambridge University Press, 1996.

- _____ y Hans Dieter Klingemann (eds.), *A New Handbook of Political Science*, Oxford, University Press, 1996.
- Green, Donald P. e Ian Shapiro *Pathologies of Rational Choice Theory: A Critique of Applications in Political Science*, New Haven, Yale University Press, 1996.
- Gunnell, John G., *Political Theory and Social Science: Cutting against the Grain*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2011.
- Hacker, P. M. S., *Wittgenstein: Connections and Controversies*, Oxford, University Press, 2001.
- Hale, Henry E., *The Foundations of Ethnic Politics: Separatism of States and Nations in Eurasia and the World*, Nueva York, Cambridge University Press, 2008.
- Hall, Peter A. y Rosemary C. R. Taylor, “Political Science and the Three New Institutionalisms”, *Political Studies*, 44 (1996), pp. 936-957.
- Harvey, David, “Neoliberalism as Creative Destruction”, *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 2007, núm. 610, pp. 22-44.
- Hindmoor, Andrew, *Rational Choice*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2006.
- Hume, David, *Investigación sobre el conocimiento humano*, trad. J. de Salas Ortueta, Madrid, Siglo XXI, 5.^a reimpr., 1988.
- Janik, Allan y Stephen Toulmin, *Wittgenstein's Vienna*, Nueva York, Simon and Schuster, 1973.
- Jiménez, Isabel (coord.), *Ensayos sobre Pierre Bourdieu y su obra*, México, UNAM-Plaza y Valdés, 2005, 2 t.
- Kenny, Anthony, *Wittgenstein*, Oxford, ed. rev. de Blackwell, 2006 [1.^a ed. Harvard University Press, 1973].
- Knight, Jack, *Institutions and Social Conflict*, Nueva York, Cambridge University Press, 1992.

- Krugman, Paul, “How Did Economists Get it so Wrong?”, *The New York Times Magazine* (suplemento dominical), 30 de agosto de 2009.
- Kuhn, Thomas S., *La estructura de las revoluciones científicas*, trad. C. Solís Santos, México, FCE, 3.^a ed., 4.^a reimpr., 2012.
- Levi, Primo, *Trilogía de Auschwitz*, trad. P. Gómez Bedate, Barcelona, Océano, 2005.
- Márai, Sándor, *El último encuentro*, trad. J. Xantus Szarvas, Villatuerta (Navarra), Salamandra, 4.^a ed., 2014.
- March, James G. y Herbert A. Simon, *Teoría de la organización*, trad. J. Maluquer Wahl, 5.^a ed., Barcelona, Ariel, 1981.
- March, James G. y Johan P. Olsen, *Rediscovering Institutions: The Organizational Basis of Politics*, Nueva York, The Free Press, 1989.
- Marcuse, Herbert, *Eros y civilización. Una investigación filosófica sobre Freud*, trad. J. García Ponce, México, Joaquín Mortiz, 3.^a ed., 1968.
- Mirowski, Philip, *Against Mechanism: Protecting Economics from Science*, Totowa (Nueva Jersey), Rowman & Littlefield, 1988.
- _____, *More Heat than Light. Economics as Social Physics: Physics as Nature’s Economics*, Nueva York, Cambridge University Press, 1989.
- _____ y Dieter Plehwe (eds.), *The Road from Mont Pelerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2009.
- Moliner, María, *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos-Colofón, 3.^a ed., 2007, 2 t.
- Monk, Ray, *How to Read Wittgenstein*, Nueva York, W. W. Norton, 2005.
- _____, *Ludwig Wittgenstein: The Duty of Genius*, Nueva York, Penguin, 1990.
- Nandy, Ashis, *Imágenes del Estado. Cultura, Violencia y Desarrollo*, trad. G. Cuevas, México, FCE, 2011.

- Padilla Gálvez, Jesús (ed.), *Philosophical Anthropology. Wittgenstein's Perspective*, Fráncfort, Ontos Verlag, 2010.
- Padura, Leonardo, *El hombre que amaba los perros*, México, Tusquets, 2013.
- Persson, Torsten (ed.), *Nobel Lectures, Economics 1991-1995*, Singapur, World Scientific Publishing, 1997.
- Peters, B. Guy, *Institutional Theory in Political Science. The 'New Institutionalism'*, Londres, Continuum, 2000, 1.^a reimpr.
- Pitkin, Hanna Fenichel, *Wittgenstein and Justice. On the Significance of Ludwig Wittgenstein for Social and Political Thought*, Berkeley, University of California Press, reimpr., 1993.
- Przeworski, Adam, *Democracy and the Market. Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*, Nueva York, Cambridge University Press, 1991.
- Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe, 22.^a ed., 2001, 2 t.
- Reinert, Erik S., *How Rich Countries Got Rich... And why Poor Countries Stay Poor*, Nueva York, Carroll & Graf, 2007.
- Rice, Alison, “‘Déchiffrer le silence’: A Conversation with Germaine Tillion”, entrevista, *Research in African Literatures*, 2004, núm. 35, pp. 162-179.
- Ríos, Viridiana, “El gran problema y dos soluciones”, *Excélsior*, México, 8 de marzo de 2015 (sec. Opinión).
- Robinson, Christopher C., *Wittgenstein and Political Theory: The View from Somewhere*, Edimburgo, Universidad, 1.^a reimpr., 2011.
- Rodríguez Uría, María Victoria y Elena Consuelo Hernández, “Elección social. Teorema de Arrow”, Universidad de Oviedo-Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, doc. de trabajo 108, 1996.
- Sahlins, Marshall, *La ilusión occidental de la naturaleza humana*, trad. L. Andrade Llanas y V. Schussheim, México, FCE, 2011.

- Samuelson, Paul A., "A Note on the Pure Theory of Consumer's Behaviour", *Economica*, 5 (1938), pp. 61-71.
- _____, "Maximum Principles in Analytical Economics", en Assar Lindbeck (ed.), *Nobel Lectures, Economics 1969-1980*, Singapur, World Scientific Publishing, 1992.
- Sánchez Ferlosio, Rafael, *Mientras no cambien los dioses, nada ha cambiado*, Madrid, Alianza, 2.^a reimpr., 1987.
- Sánchez-Mesa Martínez, Domingo, *Literatura y cultura de la responsabilidad. (El pensamiento dialógico de Mijaíl Bajtín)*, Granada, Comares, 1999.
- Schumpeter, Joseph, "The Common Sense of Econometrics", *Econometrica*, 1 (1933), pp. 5-12.
- Scola, Ettore, *Una giornata particolare*, película, Italia-Canadá, Compagnia Cinematografica Champion-Canafox, 1977.
- Shepsle, Kenneth A. y Mark S. Bonchek; *Analyzing Politics: Rationality, Behavior, and Institutions*, Nueva York, Norton, 1997.
- Simon, Herbert A., *El comportamiento administrativo. Estudio de los procesos de adopción de decisiones en la organización administrativa*, trad. A. Lázaro Ros y E. B. Messina, Buenos Aires, Aguilar, 3.^a ed., 1988.
- _____, *Naturaleza y límites de la razón humana*, trad. E. Guerrero Tapia, México, FCE, 1989.
- Thomas, William I. y Dorothy Swaine Thomas, *The Child in America. Behavior, Problems and Programs*, Norwood (Massachusetts), Alfred A. Knopf, 1928.
- Vargas Llosa, Mario, "Breve discurso sobre la cultura", Universidad de Granada, junio de 2009.
- Weintraub, E. Roy (ed.), *Toward a History of Game Theory*, Durham, Duke University Press, 1992, (suplemento anual de *History of Political Economy*, 24 [1992]).
- Wilde, Oscar, *The Collected Works*, Ware, Hertfordshire, Wordsworth, 1997.

Winch, Peter, *Comprender una sociedad primitiva*, trad. M. J. Nicolau y G. Llorens, Barcelona, Paidós-Universidad Autónoma de Barcelona, 1994.

_____, *Idea of a Social Science and its Relation to Philosophy*, Melksham (Wiltshire), Routledge & Kegan Paul, 2.^a ed., 1990.

Wittgenstein, Ludwig, “Algunas observaciones sobre la forma lógica”, trad. A. Tomasini Bassols y F. Alvarez Ortega, en Ludwig Wittgenstein *et al.*, *Homenaje a Wittgenstein*, México, Universidad Iberoamericana, 1991 (Cuaderno de Filosofía n.º 15).

_____, *Culture and Value*, trad. P. Winch, San Bernardino (California), The University of Chicago, 1980.

_____, *Estética, psicoanálisis y religión*, trad. E. Rabossi, Buenos Aires, Sudamericana, 1976.

_____, *Investigaciones filosóficas*, trad. A. García Suárez y U. Moulines, México, UNAM, 1.^a reimpr., 2003.

_____, *Observaciones a La rama dorada de Frazer*, trad. J. Sádaba, Madrid, Tecnos, 3.^a ed., 2008.

_____, *Observaciones filosóficas*, trad. A. Tomasini Bassols, México, UNAM, 1.^a reimpr., 2008.

_____, *Observaciones sobre la filosofía de la psicología*, trad. L. F. Segura, México, UNAM, 2.^a ed., 2006, 2 t.

_____, *Observaciones sobre los fundamentos de la matemática*, trad. I. Reguera, Madrid, Alianza, 1987.

_____, *Sobre la certeza*, trad. J. L. Prades y V. Raga, Barcelona, Gedisa, 4.^a reimpr., 2006.

_____, *Tractatus logico-philosophicus*, trad. J. Muñoz e I. Reguera, Madrid, Alianza, 3.^a ed., 2012.

_____, *Últimos escritos sobre la filosofía de la psicología*, trad. E. Fernández, L. M. Valdés Villanueva *et al.*, Madrid, Tecnos, 2008.

_____, *Una conferencia sobre la Ética*, trad. A. Tomasini Bassols, México, UNAM, 2005.

Wright von, Georg Henrik, *The Tree of Knowledge and Other Essays*, Leiden, E. J. Brill, 1993.

Xirau, Ramón, *Introducción a la historia de la filosofía*, México, UNAM, 13.^a ed., 19.^a reimpr., 2014.